JEAN GUITTON

de la Academia francesa

Retrato del Padre Lagrange



PALABRA

Retrato del Padre Lagrange

El que reconcilió la ciencia con la fe

EDICIONES PALABRA
Madrid

El Padre Bernard Montagnes está preparando un estudio exhaustivo sobre el Padre Lagrange, que será en un futuro próximo la culminación de su obra.

Le agradezco el que me haya proporcionado documentación, consejo, y su valiosa iconografía. Le ruego que acepte la manifestación de mi gratitud.

Este libro no habría llegado a término sin la ayuda de mi editor Charles Ronsac, siempre presente, atento y cordial. Desde aquí le expreso mi profundo agradecimiento.

Me permito dar las gracias también a mi amigo Bruno Lagrange, que lleva el mismo nombre que el Padre y que tanto me ha ayudado en este trabajo.

Y a Véronique de Bure.

PRÓLOGO

Y el Verbo se hizo carne

He escrito esta obra a petición del Papa Juan Pablo II. El 12 de diciembre de 1990, el Santo Padre me escribía desde Castelgandolfo:

«Está Vd. escribiendo un libro sobre el Padre Lagrange con objeto de preparar su canonización. He sido yo quien le ha encargado ese trabajo».

Los obispos de la región apostólica de Provenza-Mediterráneo se unieron a Monseñor Joseph Madec, obispo de Fréjus-Tolon, para solicitar la introducción de la «causa de canonización» del Padre Marie-Joseph Lagrange, el 19 de marzo de 1990[1].

En 1671, Leibniz (uno de los más grandes pensadores de Occidente) había escrito estas líneas proféticas: «Una ciencia religiosa más profunda es hoy una imperiosa necesidad. ¿Por qué? Porque comienza un siglo filosófico en el que, por el curso natural y legítimo de las cosas, va a extenderse un mayor afán por lo verdadero, no sólo en las escuelas, sino en las mentes de los hombres de todas las clases».

Problema y misterio de Jesús

Entre todos los personajes que surgen a lo largo de la his-

[1] El 4 de julio de 1991, con ocasión de mis noventa años, el Papa me escribía: «Me siento feliz al saber que ha terminado Vd. la redacción de su libro sobre el Padre Lagrange; me complacerá conocer un ensayo que ayudará a nuestros contemporáneos a reconocer en ese religioso un precursor de la exégesis y una gran figura de la Iglesia».

toria, Jesús es el que más une pero también el que más desune. A los ojos de los creyentes, Jesús no goza exclusivamente de una realidad histórica, es «Aquel en quien se despliega toda la historia», «Aquel por quien fueron hechos los siglos». Es Dios, Dios hecho hombre. Es el Verbo hecho carne.

Para los otros, Jesús no es más que un oscuro profeta judío, que ha sido objeto de un mito.

Mientras en la tierra haya inteligencias y corazones, Jesús continuará siendo, como decía Goethe, *un problema para el que piensa.* Y aún más, como decía Pascal, *un Misterio para el que cree.*

Este diálogo entre Goethe y Pascal proseguirá hasta el fin de los tiempos, bajo formas cambiantes, según las lenguas y las mentalidades. Como consecuencia del desarrollo de la cultura, el problema de Jesús es más dramático que nunca en los finales de este siglo XX después de su venida al mundo.

El problema de Jesús ante la inteligencia

Desde mi infancia, me encontré encima de la mesa, «a la luz de la lámpara», los «escritos» que me iban a dar a conocer a Jesús. Aprendí de memoria algunos pasajes de los que los cristianos llaman «la Escritura». ¿Cómo evitar plantearme, a partir de los ocho años, la veracidad de la Escritura cuando narra «la vida de Jesús»?

Ya de estudiante, decidí ir a consultar a «personas competentes» en cuanto me fuera permitido. Una de esas «personas competentes» se llamaba Padre Lagrange. Desgraciadamente, Lagrange vivía en Jerusalén. Además, tanto por prudencia como por no-conformismo, yo no quería limitarme exclusivamente a exégetas cristianos. Me interesaba consultar también (y aún más) con los maestros de la negación. Por este motivo seguí el curso de Loisy en el Colegio de Francia.

Lo que yo deseaba averiguar del sistema de cada exégeta –fuera o no favorable a Jesús– era su modo de razonar, su dialéctica, su *método.* Esta curiosidad nos es común a los europeos desde el famoso *Discurso* de Descartes sobre el

método. También fue, en el siglo XIX, el tema de Paul Valéry, cuando escribió un sutil tratado sobre «El método de Leonardo de Vinci».

Era también la idea de ese genial precursor americano, Edgar Poe, al declarar que, sin ninguna inspiración, se puede componer *por cálculo* el más bello de los poemas.

Y es que resulta grato ver funcionar una máquina (un minitel, un ordenador, un satélite) examinando previamente su *mecanismo.* Tres siglos antes de nuestra era, Aristóteles había definido las diferentes maneras de razonar. Las había llamado «figuras». Y había creado la *lógica formal.* En mi juventud, se enseñaba esa lógica a los futuros bachilleres. Yo me ejercité en ella. En ese espíritu he intentado establecer una «lógica de Jesús», que definiría la actitud permanente, intemporal, de la inteligencia frente al enigma que plantea Jesús.

Esta *lógica* de Jesús estará continuamente como en sordina en esos diálogos con el Padre Lagrange. El Padre era filósofo, discípulo de Santo Tomás por su vocación de dominico. Pero había renunciado a su afición por la filosofía para consagrarse a la erudición, a la arqueología, a las excavaciones, *a la historia de Jesús en la tierra.* Cuando yo charlaba con Lagrange el erudito, me imaginaba ser Sócrates escuchando a Tucídides. O, para poner un ejemplo moderno, me comparaba a un Descartes geómetra y lógico, que hubiera aceptado la tesis de Richard Simon, o el pensamiento de Pascal.

Y, como ocurre en una larga amistad, reaparecen las mismas conversaciones, sobre los mismos temas; como se asemejan los combates de un estratega (Napoleón aseguraba no haber aprendido nada desde su primera batalla); como nuestros destinos repiten un único *punto indivisible;* como un escritor no dice nunca más que una sola cosa; como la Iglesia no se conoce a sí misma a través de los concilios más que diciendo lo que no es, sin poder expresar su misterio, así este libro se repite al modo de las olas y la espuma para plantear incesantemente un solo problema: el de la verdad *histórica* de Jesucristo.

Jesús ante la inteligencia

¿Pero Jesús no es un *mito*?

He leído a Alain; he conversado con su discípulo más perfecto: André Maurois. Uno y otro sentían una profunda admiración por la persona de Jesús. Uno y otro pensaban, como Renan había enseñado a todo el mundo de su época, que Jesús era el más hermoso de los hijos de los hombres; que su leyenda es la fuente de nuestra civilización; que todo lo que se haga al margen de Jesús será estéril; que Jesús ha fundado la religión de la humanidad (como Sócrates fundó la filosofía, como Aristóteles fundó la ciencia); que Jesús es un hombre de «proporciones colosales»; que Jesús es el ser sublime que, dada día, preside el destino del mundo; que Jesús merece ser llamado divino, pues ha hecho dar a su especie los mayores pasos hacia lo divino; y que su leyenda provocará lágrimas sin fin; que todos los siglos proclamarán que no ha habido, entre los hijos de los hombres, ninguno más grande que Jesús.

Pero «que no me hagan admitir que esta historia ha *sucedido*». Esto, me decía André Maurois, no puedo hacerlo.

Examinemos esa actitud de la inteligencia. Y no temamos expresar en voz alta lo que da por supuesto con voz baja.

La fe proclama que Jesús recobró vida después de su muerte, que «resucitó». Esta fe se fundamenta en el *testimonio* de un reducido número de personas.

Para quienes no creen (cualesquiera que sean sus motivos), Jesús no es más que un hombre mal conocido, de donde ha surgido la cronología que nos rige todavía. Desde esta perspectiva, Jesús es un accidente de la historia, un punto cualquiera de la circunferencia. Mi amigo el Dr. Couchoud, que llevaba su razonamiento hasta el absurdo, pretendía que Jesús no había propiamente *existido*. Aceptaba todo el *Credo*, excepto las palabras *«bajo Poncio Pilato»*. Para tantos de nuestros contemporáneos, Jesús no es más que la Humanidad doliente, orante, sufriente, *proyectada* en la pantalla de la historia. Al adorar a Jesús, es el hombre quien adora al hombre: *Homo hominans*.

La opinión de Renan, de Alain, de Maurois es que esta fe descansa sobre un error; que es indigna de la inteligencia; que, si se presenta como fruto de un testimonio, es un testimonio falso, y puede ser un falso testimonio; que, como pensaba San Pablo hablando de sí mismo, el cristiano engañado sin saberlo, engañador sin quererlo, es el más desgraciado de los hombres, al ser el menos razonable.

Renan, que era leal, vio lo que se jugaba. En el prólogo a la *Vida de Jesús,* tuvo el valor de escribir: «Si el milagro tiene alguna realidad, mi libro es un tejido de errores».

¿En nombre de qué, niega el negador? ¿En nombre de un razonamiento *a priori*? ¿Acaso en nombre de los *hechos*?

La obra del Padre Lagrange en Jerusalén, continuada por sus discípulos, consiste en decir: No negáis en nombre de los hechos, en nombre de las excavaciones. Porque nosotros hemos demostrado que los hechos, las excavaciones, el conocimiento profundo de las lenguas y los lugares, no contradicen el testimonio. Vuestra negativa no se fundamenta en la ciencia, sino en un axioma que consideráis extraído de la razón y que consiste en prohibir por anticipado «el milagro».

Lagrange y Renan

He encontrado en Renan una «profecía» que anuncia el trabajo del Padre Lagrange.

«Los estudios críticos relativos a los orígenes del cristianismo sólo dirán su última palabra cuando sean cultivados con espíritu puramente laico y profano, según el método de los helenistas, de los arabizantes [...]. Día y noche he reflexionado en esas cuestiones que deben ser agitadas sin más prejuicios que los que constituyen la esencia misma de la razón».

El proyecto del Padre Lagrange era revolucionario. Para los «integristas» (ya sean católicos o musulmanes), la Escritura es intocable. Si se ejercita el espíritu crítico, se comete un sacrilegio contra la Biblia o el Corán.

Lagrange pensaba de una manera totalmente distinta.

Según él, «no podía haber más ciencia católica de la Biblia que biología marxista de los sapos». El único criterio de verdad reside en la conformidad con la experiencia. Tal era la idea que el Padre Lagrange aplicó toda su vida y que afirmaba haberla sacado de Lacordaire. La llamaba a veces, con estilo de Lacordaire, el liberalismo. Cuando puso la primera piedra de la Escuela Bíblica de Jerusalén el 5 de junio de 1891, enterró en el suelo un fragmento de la túnica del Padre Lacordaire.

Teología y exégesis

Ya he dicho el primer motivo de mi adhesión al método Lagrange.

Tenía otra intención, más importante. Preveía que la relación entre la *teología* y la *exégesis* iba a cambiar profundamente en el tiempo que se avecinaba.

Durante los veinte primeros siglos de su historia, la teología fundó, alimentó y controló la exégesis.

En los primeros tiempos de la Iglesia, la palabra, la doctrina, el martirio de los apóstoles y de sus sucesores, es decir, el testimonio histórico, fue el fundamento de la fe, la prueba de la Buena Nueva, el motivo de la «conversión». Los Padres de la Iglesia enseñaban la doctrina «como sucesores de los apóstoles»: ya no eran propiamente testigos. Hablaban en nombre de la Iglesia fundada por Jesús y por los apóstoles. El mismo San Agustín escribía: «Yo no creería en los Evangelios, si la autoridad de la Iglesia no me obligara a ello».

Se podría decir que, hasta en los teólogos más preocupados por ser fieles a la razón (como el propio Santo Tomás de Aquino), la fe precedía y fundamentaba a la razón. La Escritura era tenida por «inspirada por Dios», garantizada por la Verdad misma.

Se puede decir que en nuestro siglo (sobre todo después del concilio) vemos que se invierte la relación de la teología con la exégesis. En adelante, y cada vez más, la exégesis controlará a la teología.

Lagrange bajo sospecha

Si admitimos que Dios es verdad (no puede engañarse ni engañar), e impensable que se contradiga cuando se nos da a conocer; impensable que, si elige dos vías para revelarse, esas vías se opongan la una a la otra.

La historia del pensamiento humano en Occidente presenta sin embargo ciertos episodios dramáticos de ese conflicto cruel. El más célebre es el de la condena de Galileo por parte de la Iglesia. Por enseñar que la Tierra no es el centro inmóvil del mundo, Galileo fue condenado por la Inquisición como herético en filosofía, sospechoso en teología.

En esta obra veremos que el Padre Lagrange conoció una ligera prueba comparable. Fue censurado por el Vaticano, a pesar de tener razón.

Este libro expone el conflicto patético de una conciencia que ve cómo Dios se opone a Dios, la Palabra divina a la palabra humana.

El papel de todo precursor es un papel ingrato; los que se anticipan a su tiempo lo pagan con el sacrificio. A ojos de sus contemporáneos, son unos extravagantes; de hecho, avanzan por fuera de los caminos admitidos, contrarían a la opinión. Cuando Newman abandonó la Iglesia anglicana, en la que era un líder, para convertirse a la Iglesia romana, se le hizo pasar por el más peligroso de los conversos. Al Padre Lagrange le sucedió una aventura parecida. Este libro la da a conocer con todo detalle.

Que no se trate de hallar en este libro de recuerdos y de pensamiento una «abundancia». Busco al final de mi vida, como Vauvenargues, la «belleza de la omisión». Tacho. Cultivo la elipsis. Para castigarme por haber emborronado demasiado durante mi larga vida, me siento tentado por la concisión. Y en el límite, por el silencio, que es el secreto de toda palabra. Lo mismo en lo que se refiere a los juicios que formulo sobre las personas. Jean Rostand me dio este consejo: «La más inmensa lisonja es vana. Y en la más menuda se contiene toda la gloria». Y Valéry: «Entre dos palabras, hay que escoger la mínima».

Adviierto a mi lector que, si hubiera que definir el «gé-

nero literario» al que pertenece este libro, sería el género (desconocido en los Libros sagrados) llamado *retrato.*

Sobre todo en su segunda parte, este libro es un retrato. Tiene sus inconvenientes, pues un retrato, como se puede observar en los museos de pintura, es una ósmosis; el pintor se desvela en su obra sin saberlo, mientras que cree captar a su modelo.

El lector deberá, pues, borrar en este escrito lo que procede del Lagrange autor, para no conservar más que la estatua: el Padre Lagrange, solo. Cuando intenté el *Retrato de Marthe Robin,* sometí su esquema al juez de la NRF, Jean Paulhan, cuyas sentencias son irrevocables en nuestras letras. Y Paulhan me escribió: «Un retrato es bueno cuando se ve al hombre en el lugar en que coinciden la esencia y el destino». La idea de este libro sobre un hombre (quizá, mañana, un «santo») es la de mostrar la presencia de la eternidad de un ser en su existencia corporal: a esta presencia yo la llamo un destino.

«Dios ha hecho el mundo, decía Joubert. Pero, ¿y si no lo hubiera hecho, y solamente hubiera hecho almas? No es al autor de todo, es al creador de los espíritus, es al dueño de nuestros destinos al que más que nada estamos dispuestos y obligados a adorar».

La causa del Padre Lagrange

Los «santos» son los fieles que, después de su muerte, entran en comunión eterna con Dios: en ese sentido previo, es evidente que todos los fieles están llamados a llegar a ser «santos». ¿Cuál es el número de los santos? Nadie lo sabe: el 1 de noviembre la Iglesia celebra la fiesta de *todos los santos.*

Pero la palabra *santo* se emplea en un sentido restringido. Los católicos llaman *santo* a un difunto que, habiendo dejado de elegir, se ha fijado para siempre en Dios. Y entonces, después del juicio de la Iglesia, se le debe no sólo tener por un modelo ejemplar, sino también por un intercesor; es decir, un ser a quien se puede rezar.

¿Cómo puede la comunidad eclesial estar segura de

que una pobre persona pecadora merece esa gloria? Y si la merece, ¿es oportuno dedicarle un culto?

La Iglesia ha cambiado frecuentemente de método para designar a los «intercesores». Yo no tengo nada que ver en este asunto. Digamos que cuando un personaje había derramado su sangre por la fe, era mártir, era considerado santo.

El obispo de la diócesis emite una «sentencia». La transmite a la Congregación de Ritos, que tiene su sede en Roma. Roma decide en última instancia. He dicho que Roma, esencialmente lenta y paciente, podía esperar varios siglos antes de formular su sentencia. Lo mismo que en el orden del mal el único método equitativo para condenar a un culpable es un proceso regulado por un «código penal», los jueces eclesiásticos han tratado a los candidatos a la santidad como se trata a los criminales. Pero el *proceso de canonización* es el inverso de un proceso criminal: en éste se trata de definir un mal extremo; en aquél se desea sacar a la luz un bien extremo.

Antoine Guillaumont, miembro del Instituto, me apunta una confidencia del cardenal De Lubac, muerto recientemente: «Desde el comienzo de mis estudios de teología, yo no había cesado de formarme con colecciones como la *Revue biblique* y los *Etudes bibliques.* He dicho con frecuencia que el Papa debería hacer cardenal al Padre Lagrange y que ese gesto tendría un elevado alcance simbólico y produciría un maravilloso efecto estimulante».

Juan Pablo II ha ido aún más lejos al introducir esta causa.

Divisiones de este libro

Esta obra se divide en dos partes. Una es una *memoria,* y la otra es un *memorial.*

En la *memoria* he hecho hablar sobre todo a los otros, a los que conocieron al Padre Lagrange, antes de que yo me encontrara con él: en primer lugar a quien lo conocía me-

jor que nadie, *él mismo,* el Padre que se rindió a los amigos que le pedían sus «confesiones».

Es muy cierta la aseveración de San Agustín: «Me he convertido en un enigma para mí mismo» –*Factus sum mihi magna quaestio.*

La segunda parte de este libro es la historia de nuestras conversaciones, en Francia y en Palestina. Esas conversaciones observan un orden ascendente: van de lo exterior a lo interior, de lo interior a lo superior. Culminan con el problema de la «vida eterna».

En el último capítulo, abro *perspectivas* sobre el futuro, el siglo XXI, la reevangelización.

He elegido de entre los escritos del Padre Lagrange, para colocarla en el umbral de este libro, como un diamante que lo anuncia y resume, una sola página:

«Existe un libro, de mediana extensión, que reúne en sus páginas todos los géneros literarios: historia, poesía, legislación, moral; a veces sencillo, a veces risueño, a veces sublime: gime, suspira, llora; amenaza, truena, suplica; expresa todos los sentimientos del alma humana, desde los más corrientes a los más raros, mejor que ningún otro libro, y es el único entre los libros que refleja los pensamientos del Espíritu de Dios. Sabe del encanto de la vida de los campos bajo un cielo cuya luz da color a todas las cosas, se embriaga del ardor de los guerreros, se estremece bajo el soplo de la inspiración divina, se doblega como un corcel fatigado y abatido, incapaz de soportar el impulso que lo arrastra, y, por muy elevado que sea su estilo, confiesa no poder describir lo que nos hace entrever. Le fue entregado al mundo en el momento en que Jesucristo, por su Encarnación, venía a cumplir sus sueños, y cuando parecía que iba a cerrarse sobre un pasado cuya tranquila belleza nada podría igualar, San Juan recibió el mandato de mirar hacia el futuro y no poner el sello a la revelación divina más que sobre los últimos tiempos del mundo predicho y sobre la segunda venida del Salvador».

En el momento actual de la historia

Toda «Escritura» supone un acuerdo entre una llamada y un azar, una *instancia,* diría yo, y una *circunstancia.* Esta obra tiene el matiz de lo que se ha llamado «el conflicto del Golfo».

Fue el enfrentamiento sobre este planeta de Oriente y Occidente como en el tiempo de las Cruzadas, fue (como toda guerra) una guerra religiosa entre hombres que rezaban al mismo Dios. Y ello, en el desierto donde vivió Abraham, en el país bíblico donde trabajó el Padre Lagrange.

Oriente y Occidente se necesitan el uno al otro para completarse. Hello lo dijo de modo magnífico; yo aplico esas palabras a la época actual: «En los momentos más vulgares de la historia humana, Oriente y Occidente parecen olvidarse mutuamente. En los momentos solemnes de la historia humana, Oriente y Occidente se miran. En los momentos decisivos, Oriente y Occidente se tocan. Si se uniesen, Occidente entraría en el descanso y Oriente en el trabajo».

Este libro se termina en el momento en que una evolución acelerada, más imprevisible todavía, tiene lugar en Rusia donde la fe ortodoxa del gran pueblo ruso recobra su libertad, cuando Leningrado ha recuperado el nombre de San Petersburgo, la ciudad de Pedro.

Ciertamente, incluso en sus momentos de esperanza suprema, el Padre Lagrange no pudo profetizar lo que vemos que hoy se cumple. Pero no hay una línea de este libro, ni una palabra de estos diálogos que no refleje la sombra que el pasado proyecta sobre este futuro incierto que es el nuestro.

PRIMERA PARTE

LA VIDA

1.
AÑOS DE APRENDIZAJE

Un domingo de mayo de 1990, la televisión retransmitía una misa celebrada en la iglesia de Bourg-en-Bresse, donde el 12 de marzo de 1855 había sido bautizado Albert Marie Henri Lagrange.

El Padre Vesco, director de la Escuela Bíblica de Jerusalén, pronunció la homilía. Entonces Francia se enteró que el nombre banal de Lagrange iba a ser aureolado. Subrayo el hecho de que la iglesia de Bourg-en-Bresse estaba próxima a la parroquia de Ars donde Juan María Vianney fue cura. El Padre Lagrange no olvidó nunca aquella mística vecindad. En 1858 su madre lo llevó junto al hombre santo para sanarlo de una «fatiga de las entrañas». En 1878, fue a Ars en peregrinación, antes de ingresar en los dominicos. En 1891, en los cimientos de la Escuela Bíblica de Jerusalén, depositará un fragmento de la sotana de quien sería canonizado en 1925.

«Vuestro nacimiento, escribía Pascal al primogénito del duque de Luynes, depende de un matrimonio, o mejor, de todos los matrimonios de quienes descendéis. Pero, ¿de dónde dependen esos matrimonios? De una visita hecha por casualidad, de una conversación en el aire, de mil ocasiones imprevistas».

No sé si el Padre Lagrange había meditado sobre este pensamiento de Pascal, pero adivino lo que habría dicho: «El encuentro aleatorio de dos series de genes explica quizá nuestra aparición en este mundo, ese azar cargado de eternidad. Ahí veo el efecto de mi predestinación».

En todos los casos, Lagrange nunca dejaba de anotar

las coincidencias y las fechas. Recordaba gustoso que había visto la luz un 7 de marzo, día en que la Iglesia romana celebraba la fiesta de Santo Tomás de Aquino. «He nacido, escribía, el 7 de marzo de 1855, en la primera fiesta de Santo Tomás de Aquino siguiente a la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción [8 de diciembre de 1854]».

Yo solía recordarle maliciosamente que Santo Tomás y San Bernardo, en su tiempo, habían sido los adversarios de la Inmaculada Concepción. Él contestaba que hacía falta mucho tiempo para que una verdad salga de la oscuridad de sus orígenes. El Antiguo Testamento no cesaba de hacérselo ver.

Pero continuemos la lectura de los recuerdos redactados en 1926 y publicados en 1967[1]. Lagrange observaba que después de su bautismo, que tuvo lugar el 12 de marzo en la fiesta de San Gregorio Magno, le habían llevado al altar de una Virgen negra para ofrecerlo a la Virgen María. Luego, leyeron sobre su frente el prólogo del Evangelio de San Juan donde se dice que el Verbo se hizo carne, axioma que habrían podido grabar sobre su tumba y que era el anuncio y el resumen de toda su obra en este mundo.

El Padre Lagrange en sus recuerdos personales nos ilumina sobre sus antepasados. Después de recordar que su abuelo era de origen campesino, nos explica que ese abuelo, en un periodo muy turbulento de la historia de Francia, había decidido su opción política. Nos enteramos de que en los cromosomas de Lagrange no había el menor átomo liberal. Todo lo contrario. «Los padres comieron agrazones y los hijos sufrieron la dentera» (*Jeremías,* 31, 29). El Padre Lagrange debió de sonreír cuando leyó este versículo bíblico. Su abuelo era un realista integral, fiel a las flores de lys y a los Borbones. Bajo la Restauración, a la que saludó como a una nueva aurora, consiguió que su pequeña parroquia quedara restablecida. El Padre recordaba que este abuelo,

[1] Ed. du Cerf, París.

en sus momentos de descontento, gruñía en voz baja: «Todo eso no vale lo que nuestro viejo Carlos X».

No sabemos más sobre su rama paterna. En cambio, lo que procede de su madre nos es revelado con una tierna satisfacción, como si la ascendencia femenina compensara y rescatara la rudeza campesina y legitimista. La madre del Padre Lagrange se apedillaba Aumônier. La familia Aumônier estaba emparentada con Margarita María, la mística de Paray-le-Monial, famosa en la Iglesia romana por su visión del Sagrado Corazón. «Uno de mis recuerdos de infancia es la ceremonia de las bodas de oro de mis abuelos. Yo oía repicar la campana del pueblo, echada al vuelo por los chicos que se relevaban incesantemente, subiendo al campanario para agitar el badajo.

»De mi abuelo sólo recuerdo la imagen de un viejo que recogía aún gavillas en su bosque de pinos. Mi abuela le sobrevivió. Aún veo su cara de ancianita bondadosa. Me llevaron junto a su lecho de muerte y éste fue mi primer contacto con ese gran misterio de la muerte».

El padre del Padre Lagrange había gozado de una educación privilegiada muy escasa en su época. Cursó estudios en un seminario que hoy calificaríamos de «progresista». En él, caso increíble, se estudiaban las lenguas vivas. Los alumnos recibían unas nociones de ciencias, incluso había un laboratorio de física y química. Se apasionaban por la botánica y la entomología. Paseaban por los bosques. Se iniciaban en la geología estudiando los terrenos tan variados de aquella comarca de Eduens descrita por César. El monte Beuvray, que se veía en el horizonte, traía el recuerdo de Bibracte, donde había un templo de Jano.

Lagrange padre salió del seminario menor y entró en el mayor, el equivalente a los actuales Institutos de enseñanza libre. Allí recibió su primera iniciación en las Letras sagradas: quiero decir que, según una tradición que se remonta a los orígenes cristianos, el descubrimiento de la fe no se separaba de la iniciación a la Belleza.

En el seminario, el padre del futuro exégeta, que llegará a ser notario, conoció también la literatura de los Padres

de la Iglesia.En la familia Lagrange estaban familiarizados con el latín. En el colegio se componían versos latinos, y en la liturgia el latín era todavía la lengua divina.

Que el lector me permita contar una anécdota. Hace algún tiempo, sucedí a Léon Bérard en la Academia. En mi discurso, en el que lo alababa, hube de explicar un episodio incomprensible de su carrera ministerial. En un ministerio presidido por Raymond Poincaré, Bérard tuvo la audacia de hacer obligatorio el latín a partir de sexto curso. El Cartel de las izquierdas no encontró ninguna dificultad para suprimir esa insolencia. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Los religiosos, a quienes se les supone despreocupados por las cosas de la tierra; se interesan con frecuencia en la procreación: les gusta organizar matrimonios felices. El Padre Lagrange cuenta que un dominico llamado Souaillard, discípulo de Lacordaire, se complacía en suscitar lo que antes se llamaba, muy exactamente, «entrevistas». Porque los futuros prometidos no hacían más que entreverse. (En nuestros días la cosa es diferente: ahora se conocen demasiado). Nos enteramos de que en Lyon, en un bateau-mouche que surcaba el lento Saona del que habla César, Souaillard había dicho al padre del futuro dominico Lagrange: «Es la Providencia la que hace que yo os encuentre. Esta tarde voy a ser recibido por la familia Falsan; y un pajarito me dice que usted se casará con Elisabeth». El otro respondió que había dos obstáculos radicales. El primero social, el segundo religioso.

Los Falsan pertenecían a la alta burguesía lionesa y nunca entregarían su hija a un pobre Lagrange. Pero el segundo obstáculo era irreversible, como el voto de virginidad de la Virgen. ¡Elisabeth «no podía conocer varón»! Deseaba abandonar el mundo por el claustro.

El Padre Souaillard no era hombre que se dejara vencer por tan ligeros obstáculos. Creía que aquella boda estaba escrita en las estrellas y, de hecho, se celebró el 1 de mayo de 1850.

No se puede comprender al Padre Lagrange sin recordar que era lionés de corazón. Había nacido en la tierra de San Potino –primer obispo de Lyon–, de Blandina y de los primeros mártires del siglo II. Lyon es una ciudad sagrada, austera, monacal, como Jerusalén de la cual era, en la mente del Padre Lagrange, una primera imagen.

Lamartine cantó el rostro preocupado de los lioneses que no se pierden en consideraciones ociosas, que se abordan con un gesto, que se separan tras unas breves frases intercambiadas al paso. (Así era el Padre Lagrange cuando yo lo veía en Jerusalén).

Lamartine añadía: «Es la ciudad de la regularidad, de la costumbre, del orden. Los monasterios de todas las Órdenes religiosas de hombres y de mujeres cubren sus colinas. Lyon recuerda haber sido la primera colonia del cristianismo en las Galias».

Hablando de la burguesía lionesa, que surgió del pueblo, Lamartine la compara con los gremios de la seda y de la lana que prosperaban en Florencia en tiempos de Maquiavelo. La población de esta república, decía, es «activa como el trabajo, sedentaria como la costumbre, parca como las ganancias».

Añadía: «Cualquier cambio de las cosas la inquieta».

Cerremos este paréntesis y continuemos el relato autobiográfico del Padre dominico.

«Paul Bourget no había afirmado todavía que no hay que quemar etapas. Mis padres tenían esa nobleza innata que caracterizaba a los campesinos cristianos de la antigua Francia. Me siento hijo de su unión moral y de sangre. Mi padre era realmente el cabeza de familia, cristiano hasta la médula, solamente comulgaba cuatro veces al año. Cuando se entraba en su despacho de notario, daba la impresión de que nunca tenía nada que hacer. Su lúcida inteligencia descifraba las liquidaciones más enrevesadas. Redactaba sin tachaduras». Al describir a su padre, el hijo se está describiendo a sí mismo.

Su madre era una mujer cándida y acogedora. Me enteré de que el futuro dominico se ejercitaba con ella en trabajos de aguja. Yo le vi hacer punto en Jerusalén.

Después de su iniciación escolar en un pequeño Instituto de Bourg-en-Bresse, el futuro dominico entró interno en el seminario de Autun. Echaba de menos el «dulce nido familiar» y sufrió en el internado. «Entré en séptimo curso. Nunca fui buen alumno. Trabajaba cuando quería, según mi capricho. Me escondía para leer *Los últimos días de Pompeya* de Lytton o *Ivanhoe* de Walter Scott».

Me resisto a creer en las confidencias de los futuros canonizables. El género literario inaugurado por San Agustín en sus *Confesiones* obliga a los santos a describirse como malos chicos. El Padre Lagrange nos cuenta que fue expulsado del catecismo de la Primera Comunión por revoltoso. Llega a decir que era un «mal estudiante». Afortunadamente, su *alter ego* en Jerusalén, el Padre Vincent, asegura que, ya en el seminario menor, estudiaba en secreto alemán, inglés e italiano. Su padre soñaba para él con una carrera en la industria y lo llevó a visitar las minas de Montceau, en Creusot. «Me quedé asombrado, escribe el hijo, de la potencia de las máquinas y sobre todo, del encadenamiento de fuerzas que hacía del metal fundido una herramienta perfeccionada. Durante mucho tiempo estuve pensando en la plancha de hierro que sale de los altos hornos».

1870

«La guerra fue breve pero trágica. Francia creía dictar sus leyes a Europa. Fue un desmoronamiento. Yo era republicano como todos los jóvenes a los que disgustaba el Imperio. Pero no me gustaba Gambetta, ese vocinglero de la libertad que se opuso a unas elecciones libres, después de la capitulación de París. Me habría gustado alistarme, pero mi salud me lo prohibía. Así pues, regresé al seminario menor.

»Llegó la Comuna que fue una locura, un fiebre sangrienta, una locura incendiaria. Se puede imaginar mi estado de espíritu cuando me enteraba de que los comuneros habían fusilado a los rehenes y habían decidido prender

fuego a París sin respetar ni las obras de arte del Louvre ni la santidad de Notre Dame».

Ese auténtico fanático del trabajo se acusa incesantemente de ser un haragán, y para convencernos de ello cita una carta de su madre fechada en febrero de 1869: «Te felicitamos por ser el primero de la clase. Ya era hora, pues me parecía que te retrasabas demasiado. Ya sé que en invierno tienes que cuidarte mucho; pero con tu carácter blando, ten cuidado, hijo mío, de no acostumbrarte a escucharte demasiado y convertirte en un cobarde, en un vago, defectos que observo con pena en ti durante las vacaciones».

El 8 de mayo de 1872, el joven Lagrange escribía: «Pasaré el próximo invierno en casa, me dedicaré a la literatura, a la historia y a las artes. Cultivaré cada vez más la música, la poesía, la elocuencia, el placer estético. Jamás se ha abierto mi corazón a nadie. Quizá te ríes pensando en mi antigua vocación de dominico». Esta carta iba dirigida a Ravel-Chapuis, su compañero del seminario menor, a quien había confiado (en secreto) una temprana vocación de dominico.

Su padre quiso que se presentara a Saint-Cyr. Obedeció, montando a caballo, haciendo esgrima, deporte que no estaba permitido en el seminario. Y para fracasar en Saint-Cyr, hizo el papel de ser nulo en el examen oral.

«Cuando era pequeño, me gustaba fingirme enfermo para escapar del fastidio de un deber. La gramática se vengó cruelmente hasta el día en que comprendí que la gramática tiene siempre la última palabra. Podéis inventar los sistemas críticos más fantásticos, que se os perdonará. Pero una falta contra la gramática no se perdona jamás. Yo decía a mis alumnos de Jerusalén que una falta contra la gramática es el equivalente a una blasfemia contra el Espíritu Santo».

Lagrange en el mundo

En la vida de Pascal, se pone aparte un intervalo de tres años, al que se le llama «su período mundano». Se sugiere

que, durante ese período, Pascal conoció los atractivos del mundo y las *pasiones del amor.* Es posible que el período mundano de Lagrange haya sido semejante. Escuchemos al viejo asceta contarnos sus calaveradas:

«Eran los tiempos en que los bulevares de París eran los más animados. Se paseaba; paseábamos. En la Escuela de Bellas Artes escuché a Taine leer *El Centauro,* de Maurice Guérin. Oí al Padre Montsabré en Notre Dame y al duque de Broglie en la Cámara de Diputados. Vi a Sarah Bernhart en *Andrómaca.* Iba a la Ópera (que insistía con demasiada frecuencia en Gounod), ¡pero también había Mozart y *Don Juan*! Me gustaban las carreras, iba con frecuencia a Longchamp, a Chantilly. Y no obstante reservaba algún tiempo a las buenas obras, un tiempo muy corto. Era miembro de la sociedad de San Vicente de Paúl. De vocación, ni hablar».

En París, cursa unos imprecisos estudios de derecho como diletante: «El derecho práctico no ejerció jamás el menor atractivo sobre mí, bastaba con empollar el examen el último mes». Sueña con una licenciatura en Letras y se matricula en el curso práctico de la Escuela de Altos Estudios. Entonces visita una exposición de manuscritos en la Biblioteca Nacional: «Esto es lo que me inspiró más tarde fundar una escuela práctica de estudios bíblicos».

Pero todavía falta mucho para eso. «No es difícil en París perder el tiempo, escribe, cuando se tiene un espíritu curioso y se abre uno con alegría a un mundo desconocido y seductor».

El joven estudiante encuentra en París una cordial acogida por parte de M. Beluze, que regenta una pensión para estudiantes. Traba una gran amistad con su hijo que, como él, estudia Derecho. Refiriéndose a Beluze, escribirá: «Si ser santo consiste en vivir animado por la más pura y universal caridad, consagrar su vida al bien, sin juzgar nunca a los que hacen el mal, y todo eso sólo por Dios, M. Beluze era sencillamente un santo». El joven Paul Beluze sucumbirá unos años más tarde, después de una corta enfermedad. Para Lagrange, aquello fue un desgarramiento.

Al servicio militar obligatorio, el Padre Lagrange le dedica veintidós líneas de sus recuerdos.

Se reanudan los estudios. Se matricula en el Instituto Católico de París: «Mi fe estaba, pues, entera, con un ardor combativo excitado por las amenazas que se acumulaban ya en el horizonte político». En su relato se incluye aquí una noble confidencia: «Puesto que me he decidido a escribir estas páginas, tengo que decir aquí la verdad. Yo caía: caídas poco numerosas, pero profundas, que provocaban en mí un estado nuevo, en el que quizá la fe podría verse comprometida. Lo paso por alto, pues no quiero dar a este relato el atractivo de una curiosidad malsana».

«Un día, estando en las carreras de Longchamp, me sentí tocado por la gracia y todo quedó resuelto. Me decidí a volver a mi antiguo camino. Me pusieron en contacto con M. Hogan, director del seminario de San Sulpicio, el cual me aceptó como seminarista externo. Recuerdo que me aconsejó leer a San Pablo y comenzar esa lectura por la primera Espístola a los Tesalonicenses.

»Mis padres se sintieron desolados al ver que ni yo ni mi hermano seríamos notarios, y aún más, al ver que yo no sería militar. Como mi hermano mayor era oficial en Fort-National, en Argelia, fui a verlo. Me recibió Monseñor Lavigerie, que aún no era cardenal. Un amigo me dijo: "Ya que quieres hacerte cura, deberías hacerte Padre Blanco". Yo, en efecto, había pensado en el hábito blanco. Sin embargo, el 21 de noviembre tomé la sotana negra en el seminario de Issy. Pero, aun permaneciendo en el seminario de San Sulpicio, estaba decidido a hacerme dominico. Y a pesar de la decepción de mis más fervientes amigos de San Sulpicio, a comienzos de curso, en octubre de 1879, tras un año de reflexión, tomé el hábito religioso en los dominicos de la provincia de Toulouse, en el convento de Saint-Maximin».

El Padre Lagrange fue recibido allí por el Padre Cormier, que fue después superior general de los dominicos en Roma y con quien mantuvo una correspondencia de interés capital, a la que me referiré más adelante.

«Saint-Maximin es el único convento antiguo que tienen los dominicos en Francia. Construido en el siglo XIII, conserva el gran empaque monástico». En este convento de Saint-Maximin moriría el Padre Lagrange.

¡Feliz exilio! En 1880, la comunidad de Saint-Maximin fue exiliada por las leyes frencesas contra los religiosos. Se reagrupó en Salamanca.

Y el futuro Padre Lagrange fue alumno de una sección de la Universidad española, dedicada a los estudios orientales. Quedó decidido que el joven teólogo siguiese un curso de hebreo. Estudió el hebreo con lentitud, mientras se apasionaba por el estudio de Santo Tomás de Aquino.

Se le destinaba a la Sagrada Escritura, pero él insistió en hacer el ciclo completo de los estudios teológicos, «comenzando, con escaso provecho, a estudiar por su cuenta el sirio y el árabe».

El 21 de septiembre de 1883 tiene el dolor de perder a su padre: «Lo amaba mucho, con un profundo respeto, que no excluía la ternura». Puede hacer el viaje de Salamanca a Bourg-en-Bresse para asistir a su muerte.

En diciembre de ese mismo año, Lagrange es ordenado sacerdote. En ese mismo tiempo, aprueba el lectorado en teología escolástica. «En una palabra, considerar a Santo Tomás como la conclusión armoniosa de toda la doctrina católica y no como el punto de partida de todas las sutilezas».

Empieza a enseñar historia de la Iglesia: es la ocasión de descubrir la Iglesia desde los primeros siglos, los Padres de la Iglesia, y familiarizarse sobre todo con Orígenes y San Agustín.

En agosto de 1886, al final de su exilio español, regresa a Toulouse donde se le encarga, cosa curiosa, de la cátedra de Filosofía. Digo que era curioso, porque, en Jerusalén, nunca me comentó que hubiera enseñado filosofía.

Reanuda sus estudios bíblicos en forma de clases particulares de filología y de crítica. A pesar de haber avanzado mucho por su cuenta, como autodidacta, en estas materias, se lamenta amargamente de tener que recomenzar desde el principio unos estudios que, según él mismo dice, ¡había comenzado mal!

La vida de los grandes hombres está hecha a menudo de contradicciones, sorpresas y casualidades. El acontecimiento imprevisto y decisivo que anuncia la carrera del Padre Lagrange fue el siguiente: el provincial de Toulouse, el

Padre Colchen, decidió en 1888, sin que se sepa por qué, que Albert Lagrange fuera a Austria, a Viena, donde debería permanecer tres trimestres estudiando lenguas orientales, en particular el asirio, el sirio y el árabe.

Lagrange tenía el proyecto de formar en Toulouse un equipo de dominicos dedicados a los estudios bíblicos. Cuando su superior, el Padre Colchen, le ordenó ir a Jerusalén a fundar una Escuela de Sagrada Escritura, el Padre Lagrange obedeció sufriendo. Pronto se enteró de que se trataba de crear una Escuela en un antiguo matadero municipal. Ese matadero había sido acondicionado por tres religiosos inválidos. En Jerusalén no había ni profesor, ni biblioteca, ni dinero. Hay que añadir que Jerusalén estaba inhabitable a causa de su clima extremado, caprichoso, tórrido. La perspectiva de vivir en Jerusalén en esas condiciones era para el Padre Lagrange la ruina de sus esperanzas. Sus superiores lo enviaban a Jerusalén, pensaba, para servir de guía a las peregrinaciones haciéndoles comentarios muy piadosos. El 9 de marzo de 1890, con un mar revuelto, Lagrange desembarcó en Jaffa. Después de una etapa nocturna, llegó a Jerusalén el 10 de marzo de 1890.

He encontrado en esta historia paradójica la ley que rige las fundaciones más duraderas. Esta ley exige que los comienzos sean adversos y motivo de contradicción y con frecuencia releo un pasaje del cardenal Newman que justifica esta ley de cualquier historia:

«Fatalmente, una gran idea conserva el sabor del terruño. Al principio nadie puede medir de lo que es capaz. Quizá permanece algún tiempo en reposo: prueba sus miembros, tantea el camino, hace intentos que fallan, vacila, los puntos de contradicción alteran su curso; hay partes que se elevan y caen a su alrededor; el peligro, la esperanza, se le aparecen ahora en una relación inédita. Viejos principios reaparecen bajo una forma nueva. Cambia con ellos para seguir siendo la misma. En un mundo superior quizá sea diferente, pero aquí abajo, y para ser perfecto, hay que haber cambiado con frecuencia».

Hubo consuelos, resplandores inesperados. El clima que tanto temía el Padre Lagrange le fue favorable. Es muy conmovedora su primera impresión:

«Nunca he tenido el don de describir los paisajes cuya belleza percibo tan profundamente. Debo decir que me sentí removido, verdaderamente captado, arrebatado por esta Tierra sagrada, abandonado con delicia a la sensación histórica de los tiempos lejanos. Había amado mucho el libro y ahora contemplaba el país. Ninguna duda subsistió en mi ánimo sobre la oportunidad de llevar a cabo los estudios bíblicos en Palestina».

Lagrange fue captado por la armonía del suelo y de la historia. Tuvo lo que él llamaba un «éxtasis histórico». Escribió al general de los dominicos un informe entusiasta después de un recorrido a caballo que duró varios meses.

Nueve meses más tarde, el 15 de noviembre de 1890, fiesta de San Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino, se inauguraba la Escuela Práctica de Estudios Bíblicos con un discurso de Lagrange. Sus amigos aplaudían contemplando perplejos las anillas del antiguo matadero sujetas a las paredes.

El Padre Vincent escribía en 1938: «¿Dónde estáis, oyentes de aquella generación inicial? ¿Habéis olvidado la sala de las anillas, el único mapa, la mesa alrededor de la cual nos apiñábamos durante dieciocho meses en un feliz codo con codo, la solitaria pizarra en la que se clavaban nuestros ojos? Allí, Lagrange, solo, enseñaba hebreo, árabe, asirio, historia y arqueología».

Y, a pesar de obstáculos innumerables, nacerá en enero de 1892 la *Revue Biblique.*

«Dios, al darnos la Biblia, no ha invitado a la inteligencia humana a la machaconería, sino a progresar», decía el Padre Lagrange. Durante los diez años siguientes a la fundación de la Escuela de Jerusalén, estará presente en todos los frentes. Organizar el programa de estudios, contratar maestros, hacer venir alumnos de las escuelas de las provincias dominicas, conseguir la autorización del sultán de Constantinopla para reconstruir el santuario de San Esteban, reforzar su propia enseñanza, crear la *Revue Biblique,* continuar sus investigaciones en Palestina para «conectar el monumento con el documento», son mil tareas que le

esperan y que lleva a cabo a pesar de su salud siempre precaria.

En una carta que el Padre Lagrange se complació en citar en sus recuerdos, el Abad Thomas le había trazado las grandes líneas de su acción. Se trata de crear en Oriente una casa científica permanente que anotará, centralizará los descubrimientos relacionados con la arqueología y la geografía bíblicas.

Servir también de interlocutor con los profesores de Sagrada Escritura de las universidades católicas y de los seminarios mayores que soliciten información para sus estudios. Crear un órgano especial para esta obra; y el Abad Thomas sugería: «No vaya usted a remolque de ninguna revista». Por último, abogaba por una observación y un estudio imparciales, científicos, que se mostrarían prudentes ante cualquier forma de apologética. La tarea emprendida recibirá el aliento del Papa León XIII en una carta del 17 de septiembre de 1892, precediendo muy poco a la encíclica *Providentissimus* (1893) sobre los estudio bíblicos.

Reproduzco ahora algunas anotaciones del Padre Lagrange sobre su viaje al Sinaí en 1893: nos lo muestran absorto en la investigación de la verdad científica por medio de su método enteramente nuevo, en busca de la verdad esencial y, en otro orden de cosas, de la Fe.

«La belleza del Sinaí –desierto árido, oasis, arenas coloreadas, granito rosa, majestad de la montaña de Dios– la he saboreado en medio de una luz celestial, no podría describirla. Pero lo que buscaba sobre todo era la huella de los israelitas, la confirmación del Pentateuco. En mi espíritu se produjo como un discernimiento en una cuestión compleja, y me pareció que también el suelo tenía algo que decir a propósito de la crítica literaria del Pentateuco. La realidad substancial de los hechos relatados en los cuatro últimos libros (del Pentateuco) me pareció en perfecta armonía con la naturaleza de la comarca, sus aspectos, sus culturas, sus tradiciones... Moisés se erguía en el horizonte de cada valle y sobre todo en la cumbre del Horeb. Nunca he dudado de que hubiera formado allí y luego en Cadés el pueblo de Dios, con una ley moral revelada».

En menos de un decenio, muy al comienzo de nuestro siglo, se descubre el código de Hammurabi, hoy en el Louvre, que iluminará de manera magistral a la ley mosaica. El monumento y el documento están próximos, explicándose, respondiéndose y complementándose; pero eso, mientras el Padre Lagrange explora el Sinaí no lo sabe todavía.

El Método histórico, que será publicado en 1903, tiene aquí sus raíces. En sus artículos de la *Revue biblique,* el Padre Lagrange muestra en aquella época que la Biblia, escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo, expresa igualmente un pensamiento humano en estilo humano sometido a las leyes de la interpretación aplicables a cualquier otro escrito de la Antigüedad.

El pionero de la exégesis contemporánea acostumbra a citar un versículo bíblico *(Levítico* 11, 6) para ilustrar su afirmación: «Creo que nadie está dispuesto a sostener que la Biblia ha incluido con toda exactitud a la liebre entre los rumiantes, o que la liebre no rumía, por lo tanto la Biblia pretende designar a otro animal».

En torno a la *Revue biblique* las controversias que lleva consigo toda publicación científica van a desencadenarse.

En agosto de 1895 participa en el congreso de Friburgo en calidad de presidente de la sección de exégesis. Su ponencia sobre el Pentateuco encuentra acérrimos detractores. Se dice que «el Padre Lagrange se ha anticipado en varios años. Estad seguro de que antes de mucho tiempo se pensará como él, pero caminando demasiado rápido con sus propias piernas, corre el riesgo de rompérselas... En cualquier caso, no publiquen el artículo (sobre el Pentateuco) antes de informar al Padre Lagrange de las dificultades del conjunto. En efecto, yo creo que una excesiva precipitación podría comprometer a la Revista (bíblica) y hasta a la Escuela». Este interlocutor quiso permanecer en el anonimato, como anota el Padre Lagrante en sus memorias. Los ataques se reanudan desde *L'Univers,* un periódico francés de la época. El Papa León XIII, informado del tema, responde que «está harto de esas extrañas ejecuciones de los grandes trabajadores de la Iglesia». Pero quizá no todos los «romanos» son de su misma opinión.

En abril de 1898, el patriarca latino de Jerusalén, Monseñor Piavi, denuncia en Roma al Padre Lagrange ante el cardenal Prefecto de Propaganda, acusándole de «racionalismo» e incluso de desviacionismo «protestante».

Durante quince años por lo menos, los detractores no cejan. El Padre Lagrange escribirá: «No creo haber empleado más de diez líneas para responder a cien páginas provocadoras». El ensayo sobre el Génesis, del que hablaré más adelante, seguirá en 1935 sin recibir la autorización de los superiores del Padre Lagrange para ser publicado, y ésa será precisamente la ocasión de nuestro encuentro.

En 1900, el Padre Lagrange es invitado a participar en el Congreso arqueológico de Roma.

En 1902, ante una pequeña asamblea de unas doscientas personas («las señoras estaban excluidas», anota el Padre) pronuncia en Toulouse las seis célebres conferencias sobre *El Método histórico,* editadas el año siguiente.

En 1899, en respuesta a las cuestiones que planteaban ciertos espíritus «modernos», la revista *Civiltà Cattolica* había escrito: «Los principios católicos no se modifican, ni con el paso de los años, ni por el cambio de país, ni a causa de nuevos descubrimientos, ni por razones de utilidad. Siguen siendo los que Cristo enseñó, la Iglesia ha proclamado, los Papas y los concilios han definido, los santos han mantenido, los doctores han defendido. Conviene tomarlos como son o dejarlos como son. Quien los acepta en toda su plenitud y rigor es católico; quien vacila, anda con rodeos, se adapta a los tiempos, transige, podrá darse a sí mismo el nombre que quiera, pero delante de Dios y delante de la Iglesia es un rebelde y un traidor».

Así es cómo, contra la transformación político-cultural surgida de la Revolución francesa y de la filosofía de las luces caracterizadas por el advenimiento de la burguesía y del liberalismo en el siglo XIX, se define un cierto «conservadurismo» opuesto a todo lo que pretende ser «moderno», mientras que los partidarios de un cierto progreso van a caer en un exceso contrario al que se llamará «modernismo». No faltarán abusos por una y otra parte.

Así, es cierto que la ciencia eclesiástica sufre entonces, según la expresión de Henri Marrou, un «subdesarrollo

cultural». La Biblia se expresa a través de una visión del hombre y del mundo que ya no es la de los hombres de finales del siglo XIX.

Los racionalistas van a denunciar las creencias católicas, y con ellos Loisy va a disociar la Revelación y la Historia. El Padre Lagrange mantiene que hay que responderles y refutarles en su propio terreno, con argumentos científicos y no solamente con argumentos de autoridad o de tradición. Para sus adversarios, echar mano de cualquier cosa de los enemigos de la Iglesia (quiero decir la argumentación científica moderna) es introducir al enemigo en casa (ser modernista).

Con los racionalistas, el Padre Langrange no considera acontecimiento histórico y científico la entrada en el arca de Noé de todas las especies animales –por parejas–, pero en vez de negar la realidad y de convertirla en simple leyenda, demuestra por medio de la crítica literaria la autoridad histórica del *texto* bíblico y su sentido obvio en la economía de la historia de la salvación del hombre tal y como Dios se la ha revelado por medio del autor inspirado. No obstante, a pesar del concordismo de siempre, que quería hacer que se admitiera por verdadero, y para siempre, lo inverosímil, advierte que «el primer deber de la crítica bíblica es el de estar sometida a la autoridad de la Iglesia católica». Incluso reconoce en su *Método histórico* que, en esas condiciones, «la obediencia no es una esclavitud irracional, precisamente porque el hecho sobrenatural es una parte de nuestro estudio y porque no hemos recibido de Dios la revelación particular». Aquí podemos preguntarnos qué «revelación particular» habían recibido sus detractores si recordamos los estímulos de León XIII a la obra del Padre Lagrange y la admiración que, en tiempos de prueba, despertó su espíritu de sumisión en Pío X, que en 1913 lo volvió a enviar a enseñar a Jerusalén. Como si esta obediencia casi sobrenatural, siempre serena y tranquila, fuera una prenda de autenticidad de sus investigaciones y de verdad para el presente y el futuro de sus estudios bíblicos. No comprendo de otro modo el capítulo que voy a abordar ahora, el de la «prueba», esos casi quince años en los que el fundador de la Escuela Práctica de Estudios Bíblicos

de Jerusalén fue sometido a sospecha, denunciado y condenado al silencio, como si, según sus adversarios, Pío X hubiera deshecho, por fin, lo que León XIII había «por desgracia» estimulado. El Padre Lagrange, con su espíritu de obediencia, dio lugar a que la Iglesia superase la crisis modernista y avanzase en la ciencia bíblica. Decía él mismo: «Nada se arregla en la Iglesia fuera de la obediencia».

Desde los treinta y cinco años hasta los ochenta y dos, el Padre Lagrange no emprendió la publicación de nada sin la autorización de sus superiores.

De 1913 a 1935, después de la prueba, lleva en cierto modo una vida escondida, recluido en la sombra estudiosa de su convento de Jerusalén. Él mismo interrumpe el relato de sus recuerdos en la fecha en que Pío X lo envía de nuevo a enseñar a Jerusalén. Desarrolla entonces una intensa actividad científica marcada esencialmente por sus traducciones en francés y sus comentarios de los cuatro Evangelios, que servirán para la formación de varias generaciones de sacerdotes, de exégetas y de creyentes. En los años 50, la Escuela bíblica que ha fundado y sus discípulos publicarán la Biblia de Jerusalén, primera traducción científica en francés, difundida desde entonces en millones de ejemplares, versión en la que muchos católicos han leído la Biblia por primera vez. El Padre Lagrange podía escribir: «Tal vez se llegue a hacer justicia, no a mis libros demasiado precipitados, sino al impulso dado».

El concilio Vaticano II, en la constitución *Dei Verbum,* texto oficial sobre la «Revelación divina», o sea, la Sagrada Escritura, la Biblia, halla una fórmula feliz para calificar el trabajo del exégeta que trata de comprender y explicar con mayor profundidad el sentido de la Escritura para que «por medio de un estudio que, por así decir la hubiera preparado de antemano, el juicio de la Iglesia pueda madurar. Pues todo lo que se refiere a la manera de interpretar la Escritura está sometido al juicio de la Iglesia» (*Dei Verbum,* cap. 3, parr. 12).

Los adversarios del Padre Lagrange se negaban a cambiar su lectura de la Biblia, en los lugares en que la ciencia contemporánea daba pie a los exégetas para desarrollarlos,

para madurarlos. Pero no habían leído a Newman. Si recuerdo todo esto antes de abordar el momento de la prueba que va a sufrir el Padre Lagrange de 1903 a 1913, es para hacer comprender mejor al lector de hoy lo que fueron su obediencia y su fidelidad a la Iglesia.

Disponemos para este período de un documento incomparable: la correspondencia intercambiada entre el Padre Lagrange y el Padre Cormier, general de los dominicos en Roma. Como señalo en el prólogo de esta obra, entramos en el drama de una conciencia que se enfrenta a la incredulidad que enarbola sus armas de la «crítica» contra la Iglesia y, al mismo tiempo, contra la Iglesia y las suspicacias romanas, hostiles a todo progreso científico, en la Iglesia, de las ciencias de la Escritura. ¿Será la tinta de los sabios hombres de Iglesia el equivalente de la «sangre» de los mártires? Repasaré aquí, año por año, los acontecimientos más importantes de esa larga prueba y todo lo que, en esta correspondencia brotada del corazón, desde la espontaneidad de lo cotidiano hasta la reflexión más profunda, dibuja los contornos del retrato que pretendo ofrecer del Padre Lagrange.

El modernismo

En mi obra me referiré con frecuencia al modernismo. Como es una palabra ambigua, que ha desencadenado tempestades, me propongo ilustrar al lector.

La palabra modernismo tiene varios sentidos y por ese motivo excita las pasiones.

En su significación más general y más vaga, la palabra *modernismo* designa una doctrina que se aparta de las doctrinas más antiguas y tiende a ponerse de acuerdo con los tiempos contemporáneos, es decir, con la modernidad. En este sentido, la disputa entre *antiguos* y *modernos* ha sido una constante en las Letras francesas. Inspiró a Fénélon su famosa *Carta a la Academia francesa.* Reapareció en la primera mitad del siglo XIX bajo el Romanticismo. Y se puede decir que, en nuestros días, nos divide más que nunca, por ejemplo, en la interpretación de Picasso en pintura y en la

música de jazz, en el itinerario del Tour de Francia, en la cocina, en las costumbres...

Si llamamos *modernismo* a la preferencia por lo moderno sobre lo antiguo, podemos decir que el modernismo está presente en todas las épocas y que todas las épocas tendrán la posibilidad de lamentarse del pasado y esperar el futuro.

Pero en nuestros días, lo que se llama modernismo en historia religiosa tiene un sentido muy particular. Con ese nombre se indica una doctrina y un partido que fueron condenados por el Papa Pío X en la encíclica *Pascendi*. El Papa Pío X –que ha sido canonizado– designa al modernismo como una herejía que tiene un doble carácter: el de ser una síntesis, un resumen de todas las herejías y el de ocultarse en el interior de la Iglesia como una traición.

El modernismo así definido estará siempre presente de una manera marginal en las controversias que voy a estudiar aquí a propósito del Padre Lagrante. Y deseo expresarme neta y libremente sobre este tema.

Cuando leo los documentos relacionados con el modernismo tal y como lo definió San Pío X y los comparo con los del concilio Vaticano II, no puedo por menos de sentirme desconcertado. Porque lo que en 1906 fue condenado como una herejía es y debe ser en adelante la doctrina y el método de la Iglesia. Dicho de otro modo: los modernistas de 1906 se me aparecen como precursores. Mis maestros formaban parte de ellos. Mis padres me lo enseñaron. ¿Cómo pudo Pío X rechazar a los que ahora se me aparecen como precursores?

Advierto que este fenómeno de la condena de los precursores es una constante en todas las sociedades y hasta en la Iglesia. En el siglo IV, la Iglesia católica condenó a los arrianos. Ahora bien, antes del concilio de Nicea, muchos teólogos a los que llamamos «Padres de la Iglesia» eran arrianos implícitos. Fue necesario un siglo de controversias para que, gracias a la influencia de Atanasio, la doctrina de Arrio fuera rechazada definitivamente.

He advertido el mismo fenómeno en la condena de los precursores a propósito del jansenismo.

En la obra de Newman sobre el *Desarrollo* he leído va-

rios comentarios que van en el mismo sentido. Newman demostraba que la doctrina de Montano sobre la inspiración del Espíritu Santo, considerada generalmente como una herejía, no era más que una anticipación de la que mil años más tarde expondría San Francisco de Asís. El hereje es, a menudo, aquel que se adelanta a su tiempo, el que tiene razón demasiado pronto.

Volvamos ahora a los problemas de la exégesis. Frente a un texto de la Biblia, se pueden hacer dos tipos de exégesis: la exégesis histórica y la exégesis teológica.

Llamo exégesis histórica al estudio de un texto bíblico hecho según las reglas del método histórico sin plantear el problema de saber si dicho texto tiene un contenido revelado. Se le estudia como otro cualquiera, griego o latino.

Se puede estudiar también el texto de un modo teológico buscando la enseñanza divina que contiene. Entonces se le considera como enseñado por Dios, defendido y comentado por una autoridad que viene de Dios y a la que se está sometido cuando se forma parte de una confesión judía o cristiana.

Veremos también cómo ese conflicto entre dos compromisos explica en gran parte el tormento secreto y el drama interior del Padre Lagrange, que era un precursor.

Debo también subrayar que el principal motivo de la acusación de San Pío X contra los modernistas era el de considerarlos como adversarios disimulados, enmascarados por decirlo así, cubiertos con el disfraz de la ortodoxia. El Papa tenía frente a los modernistas la misma actitud que un gobierno frente a los conspiradores y los traidores. Para justificar en alguna medida los documentos que aparecieron bajo Pío X contra los modernistas hay que recordar que éstos habían multiplicado sus escritos. Los autores modernistas como Loisy y Turnel se ocultaban bajo distintos pseudónimos con objeto de parecer una multitud, cuando no eran más que un puñado. Y mientras utilizaban aquella estrategia de guerrilla, Pío X había dado a su doctrina una coherencia, un tono sistemático del que realmente carecía. Cuando yo condeno el fascismo o el comunismo, voy mucho más del dato puramente histórico. Reúno en un solo sistema bien coordinado, bien documentado, plenamente

organizado, perfectamente integrado, lo que está disperso en las conciencias y en las publicaciones. Habrá quien diga que, cuando se quiere condenar, es necesario inventar un mito, designar un chivo expiatorio y cargar con todos los pecados de Israel al animal, que se arroja al desierto.

La Revista bíblica

A pesar de innumerables obstáculos (o más bien a causa de esos obstáculos insuperables), en enero de 1892 nació la *Revista bíblica.*

Como todos los fundadores, el Padre Lagrange sentía el atractivo por lo imposible. Y, en efecto, lanzar al espacio una nueva revista era una empresa imposible: componerla en Jerusalén e imprimirla en París. Y por último (algo casi impensable) conseguir que fuera controlada y aprobada en Roma. A pesar de todo, los superiores del Padre Lagrange lo autorizaron a ello con la condición de que los abonos a la revistas fueran «suscritos por anticipado: lo que «remitía el asunto a las calendas griegas».

Las dificultades surgieron inmediatamente: Loisy, para hacerle la competencia a la revista del Padre Lagrange llamada *Revue biblique,* creó una revista que tenía el mismo fin y a la que llamó *L'Enseignement biblique.*

En Roma, León XIII vigilaba ambas revistas. Pontificalmente, animaba al Padre Lagrange, escribiéndole que tenía que «aumentar su valor». Y, en noviembre de 1893, publicó su famosa encíclica sobre el problema bíblico: *Providentissimus Deus.* Como todos los Papas, avanzaba prudentemente, sopesando los pros y los contras, y haciendo prevalecer, con cautela, el pro sobre el contra. Y así, solicitaba de los exégetas que «conservaran la doctrina de la inerrancia de la Biblia y buscaran soluciones a las dificultades en una exégesis tradicional y progresista al mismo tiempo».

Mientras tanto, no faltaron incidentes y hasta accidentes. Uno de los más lamentables fue el asunto de los *tres testigos.* Ante el Santo Oficio se había planteado la siguiente pregunta: «¿Es posible negar o poner en duda la autentici-

dad de los versículos de la primera Epístola de San Juan sobre los "tres testigos"?» (*I Juan*, 5, 7).

He de advertir que para los auténticos exégetas, católicos o no, esos versículos son apócrifos. Sin embargo, los cardenales romanos afirmaban la autenticidad del pasaje; y León XIII cometió el error de refrendar su decisión. Este asunto, que reproducía, en un aspecto infinitamente menor, el error que en otro tiempo condujo a la condena de Galileo, no alteró la serenidad del Padre

Padeció algo aún peor: en octubre de 1897, el Padre Lagrange y su discípulo el Padre Vincent, fueron atacados con disparos de fusil al sur del Mar Muerto. Los guardianes los abandonaron; saquearon sus equipajes. Como creían que iban a morir, se dieron la absolución el uno al otro.

Ligera prueba, si la comparo con la que debía sufrir en su alma en 1899, cuando lo denunciaron en Roma por *modernismo.* Así se produjeron los hechos:

En abril de 1898, el patriarca latino de Jerusalén había ido a bendecir la basílica dominica de San Esteban. Se mostró muy amable. Aquella misma tarde, escribió a Roma diciendo que «los padres dominicos atacaban la enseñanza de los Padres de la Iglesia y tendían hacia el racionalismo alemán en circunstancias variadas y numerosas». «Se prevé, concluía, que la loable fundación terminará por perder crédito y los obispos europeos se abstendrán de enviar a sus jóvenes sacerdotes a un aprendizaje tan peligroso».

Mientras tanto, Monseñor Batiffol, rector del Instituto católico de Toulouse, invitaba al Padre Lagrange a pronunciar sus célebres conferencias sobre «El método histórico en los estudios bíblicos», de las que ya he hablado. Más tarde me extenderé sobre este punto. De momento, voy a espigar entre los recuerdos del Padre Lagrange el relato de las visitas que recibió entonces.

Una de ellas fue la de Hyacinthe Loyson, un famoso fraile que, después de haber sido predicador en Notre Dame de París en 1854, colgó los hábitos, se casó y fundó una «pequeña iglesia» anglicana (Recordaré, de paso, que Teresa del Niño Jesús ofreció su vida, que se extinguía, por la

conversión de ese fraile). Loyson se presentó en el convento de Jerusalén y pidió ser recibido por el Padre Lagrange, quien se negó a ello. Loyson le escribió diciendo: «¿Será verdad, como se dice a menudo, que el espíritu de intolerancia es, por lo menos en Jerusalén, patrimonio exclusivo de la Iglesia latina?». A continuación, le manifiesta sus sentimientos de estima «en la ciencia libre, la fe religiosa y la caridad fraterna».

El Padre Lagrange mantenía unas excelentes relacione con dos ilustres cardenales, Rampolla y Mercier.

Durante la Primera Guerra Mundial, el cardenal Mercier encarnó en Bélgica la resistencia y el honor. El 27 de junio de 1903, Mercier había escrito a Lagrange: «Me considero en la obligación de darle las gracias. Yo estaba, y sigo estando, muy poco al corriente de la crítica bíblica, pero sabía lo bastante como para sentirme atormentado por algunas dudas que no había logrado disipar. Sus obras, que no había tenido tiempo de leer hasta ahora, me han aclarado muchas cosas y me han proporcionado una orientación de la que carecía... Debo añadir que le felicito por su valor, que es imprescindible para hablar claro sobre estas delicadas cuestiones».

El cardenal Rampolla, Secretario de Estado de León XIII, apoyaba al Padre Lagrange. Entonces, todo hacía pensar que sería el próximo pontífice. Me permito contar aquí una anécdota (desconocida por los historiadores) que me ha relatado Georges Goyau, el futuro secretario perpetuo de la Academia. Era alumno de la Escuela de Roma y algunas veces era recibido por Rampolla. A pesar de su juventud, el severo *Journal des Débats* imprimía sus crónicas romanas con el pseudónimo de Romanus.

Rampolla, preocupado por la salud del joven Goyau, le aconsejó: «En lugar de encorvarse sobre los libros, debería usted leer los periódicos de París que le instruirían y le divertirían. Así que le voy a leer la excelente crónica de *Romanus* publicada en el *Journal des Débats* que he recibido ayer.

En el cónclave de 1904, Rampolla iba a obtener sufi-

cientes votos para suceder a León XIII, cuando el cardenal austríaco, representante de Austria-Hungría, que entonces tenía derecho de veto, se opuso. Rampolla quedó liberado del peso de la tiara y salió elegido el arzobispo de Venecia. Tomó el nombre de Pío X.

Pío X iba a desempeñar un gran papel en el destino del Padre Lagrange.

2.
JERUSALÉN PERDIDA: LA PRUEBA, EL EXILIO Y LA SUMISIÓN

En 1904 aparece en Lieja la obra del Padre Delattre, jesuita, *Autour de la question biblique, une nouvelle école d'exegèse et les autorités qu'elle invoque.* Los superiores romanos del Padre Lagrange le pidieron que no publicara su respuesta. El Padre Lagrange escribió al Padre Cormier: «Está claro que ahora tratan de conseguir de Pío X un retroceso... Tampoco creo que en la Iglesia todo deba depender de la iniciativa del Papa. Él es el juez supremo. Si es necesario que todo dependa de su impulso, la Iglesia ya no es más que una máquina en la que todos los movimientos están regulados administrativamente. Se sabe, por ejemplo, que ninguna Orden religiosa ha sido fundada por iniciativa de la Santa Sede; muchas han sido aprobadas sólo después de salir triunfantes de ciertas primeras resistencias por su parte». Prosigue: «Estamos inundados de producciones católicas insulsas, pazguatas; todo necesita aprobación: ¡es un Retrato del Padre Lagrange diluvio!»[1].

El Padre Cormier contesta el 25 de enero de 1905: «Yo, en su lugar, evitaría también determinadas expresiones más atrevidas que escriturísticas; en alguien que trata con Dios de la mañana a la noche en los Libros Santos, eso desentona un poco».

La intervención del Padre Delattre, muy apoyada por los medios romanos, incita al Padre Cormier a pedir al Pa-

[1] Todos los fragmentos de la correspondencia Cormier-Lagrange citados en este capítulo están tomados de la obra *Exegèse et obéissance, Correspondance Cormier-Lagrange,* presentada por el R. P. Bernard Montagues, O.P. (prefacio de Jean Guitton), Éd. Gabalda, París, 1989.

dre Lagrange que renuncie a publicar su comentario sobre el Génesis, a pesar del informe favorable del teólogo dominico Padre Sertillanges: «Ante el despliegue de nuevos conocimientos al que estamos asistiendo y en el que ningún Aristóteles, ningún Santo Tomás de Aquino ha venido oponer el orden del genio, me parece esencial dejar a los sabios católicos los más amplios márgenes –quiero decir los márgenes que permiten los auténticos decretos de la Fe a los que, a mi juicio, no contradicen en modo alguno las conclusiones generales del Padre Lagrange ni su modo de proceder...–, dejad divagar a los sabios en espera de que se haga la luz».

En 1935, el comentario sobre el Génesis seguía sin ser publicado.

En Roma se adopta una actitud evasiva ante el *Método histórico* del Padre Lagrange. En 1906 escribe que, si no se quiere tomar en cuenta sus trabajos, si el magisterio de la Iglesia se reserva la interpretación definitiva de la Biblia en todos los puntos, si se quiere responder con argumentos de tradición y de autoridad a lo que se deduce de la crítica científica, está dispuesto a transformar la *Revue biblique* en *Revue d'histoire et d'archéologie orientale* y a no ocuparse más que de las lenguas antiguas. Que se le retire de Jerusalén, consiente en ello. «Que se me trate como a Jonás, así todo irá mejor para los demás y para mí».

El Padre Cormier, general de los dominicos, contesta al director de la Escuela Bíblica de Jerusalén: «La comparación con Jonás no es acertada, pues usted no es un profeta; ni nosotros somos enemigos de los profetas. Todos servimos a la verdad renunciando a nuestro propio criterio, para unir nuestras fuerzas en la defensa y la propagación de la verdad». En aquel momento, el Padre Cormier no considera oportuno que el Padre Lagrange pronuncie una serie de conferencias, entre otros lugares en los EE.UU., donde habría podido defender mejor sus ideas y reclutar estudiantes para la Escuela. He calculado que, en diez años, insistirá treinta y cinco veces en su correspondencia para pedir la autorización de publicar sus trabajos sobre el Génesis, con argumentos no desprovistos de sentido común:

«Esos señores (Loisy entre ellos) no solicitan el imprimatur (autorización oficial de la Iglesia para publicar) para sostener la herejía; sería deseable que nos lo concedieran para refutarlos... de la única manera que hoy se puede hacer impresión sobre las mentes: combatiendo el contagio con el suero crítico».

Esta santa cólera queda sin efectos; va seguida de una nueva prohibición en Francia; la misma desde hace dieciséis años. Se somete a ella no sin forcejear: «Que no se hagan demasiadas ilusiones en Roma. La menor rebelión se ha hecho imposible, así es que todo el mundo se somete. Pero la masa y sobre todo las fuerzas más activas se despegan y no está lejos incluso el desprecio a la autoridad, que llevará a un clamor general, el arco demasiado tenso se rompe».

En el momento de abordar el año 1907, año decisivo en el «curso de la prueba», apunto un detalle para los lectores de hoy. Entonces no existían los rápidos medios de comunicación entre Roma y Jerusalén de que disponemos hoy: teléfono, telefax, numerosos *media;* ida y vuelta de una carta se lleva cuatro semanas y el telegrama es un lujo. ¿Cuántas esperas, cuántas inquietudes, cuántos malentendidos pudieron sufrir entonces los protagonistas de esta formidable crisis que sacudía a la Iglesia y a las almas? A comienzos de 1907 el Padre Lagrange es convocado a Roma para una reunión en la Comisión de estudios bíblicos. Su salud no es buena. Es recibido por los cardenales Rampolla y Merry del Val y por el propio Pío X. La frialdad de su acogida le hará recordar en sus memorias «la tristeza dolorosa del día de Pascua».

En mayo, recibe la prohibición, procedente del propio Papa, de publicar, de imprimir su libro sobre el Génesis, ni en forma de volumen, ni en revista, ni en pruebas de imprenta, ni de cualquier otra forma. Le sigue inmediatamente la misma prohibición referida a un artículo sobre «los Patriarcas», que sin embargo había recibido todas las autorizaciones previas. Los descubrimientos modernos de la exégesis, cualquiera que sea su procedencia (tanto de Loisy como de Lagrange, aunque son divergentes), se ven sometidos a sospecha definitiva.

El Padre Lagrange conservó el texto de la carta que, el 9 de junio de 1907, escribió desde Jerusalén al Papa Pío X:

«Santo Padre, arrodillado a los pies de Vuestra Santidad, acabo de aceptar, con la obediencia más filial, la decisión que Vuestra Santidad me ha hecho saber por intermedio del Reverendísimo Padre General de nuestro Orden, prohibiéndome hacer imprimir por cualquier procedimiento un comentario sobre el Génesis. Pero no basta con obedecer las órdenes de Vuestra Santidad; estoy absolutamente decidido a considerar sus deseos como órdenes. Así pues, si Vuestra Santidad estima preferible que deje de ocuparme de estudios bíblicos, renunciaré a ella en el acto sin vacilar; no soy de los que se someten... y continúan. Sólo suplico a Vuestra Santidad que se digne creer en la rectitud de intención que me ha animado hasta el día de hoy. La medida tomada respecto a mí por Vuestra Santidad me hace temer que me haya equivocado y ahora me resultaría imposible escribir ni una sola línea con la conciencia de desobedecer las instrucciones de Vuestra Santidad...».

Al mismo tiempo, el provincial de los dominicos de Francia, el Padre Boulanger, apenas toma en consideración al Padre Lagrange y, temiendo que la sospecha que ha recaído sobre él repercuta en toda la Orden, decide no enviar más estudiantes a Jerusalén. Acompaña estas gestiones por dos reflexiones poco gratas: «La doctrina de Santo Tomás es la doctrina de la Orden, pero la doctrina del Padre Lagrange es la doctrina del Padre Lagrange». Recomienda «que pongan junto al Padre Lagrange unos examinadores capaces de controlarlo y se hará más prudente».

Hay que recordar aquí, con algunas fechas los acontecimientos de la política interior francesa contemporáneos de la crisis modernista y con la que se relacionarán durante largo tiempo.

En 1906 se produce en Francia la separación de la Iglesia y el Estado a la que Pío X responde con la encíclica *Vehementer Nos,* título que no necesita traducción. El «modernismo» se veía condenado el 3 de julio por el decreto *Lamentabili,* y el 8 de septiembre por la encíclica *Pascendi.*

Con esta fecha aparece para los historiadores el movimiento «integrista» (y también esta palabra), que desborda el pensamiento del Papa al denunciar sistemáticamente y sin discernimiento toda concesión a la modernidad, cualquiera que sea su origen. El Papa y el episcopado francés, así como el gobierno, tuvieron que hacer grandes esfuerzos para clarificar la situación.

En medio de ese clima enrarecido, termina el año 1907 con la decisión del Padre Lagrange de ausentarse de la escena pública durante algún tiempo. «No puedo exponerme, dice, a nuevos ataques a los que sería incapaz de no contestar».

A pesar de los repetidos testimonios de obediencia que da el Padre Lagrange a sus superiores, los signos de desconfianza se multiplican. El provincial de los dominicos de Francia, Padre Boulanger, escribe a Roma una vez más: «Estoy convencido de que no cambiará, que esperará un giro en el gobierno de la Iglesia: que Dios tenga piedad de nosotros...». 1908 será un nuevo año terrible: hasta 1912, la existencia misma de la Escuela Bíblica será puesta en entredicho y amenazada de desaparición, así como la obra de su fundador. «Es verdad que nos hemos hecho muchos enemigos, confiesa; he pecado de una cierta dureza tanto como los otros, pero le aseguro que siempre he intentado moderar y suavizar. Soy mucho más freno que espuela». El Padre Cormier le escribe severamente el 29 de marzo de 1908: «En lugar de reflexionar, en lugar de preguntarse si su actitud era exactamente la que debería ser, si la naturaleza del movimiento no justificara las aprensiones, si los temores no tuvieran cierto fundamento, ¿no se habrá afianzado usted cada vez más en sus opiniones, achacando a lagunas, a falta de inteligencia o de cultura, o hasta a mala intención todo lo que no encajaba con sus ideas? Si hago caso a ciertos rumores, la actuación misma del Santo Padre causa en San Esteban de Jerusalén un disgusto mal disimulado, del que tratan de consolarse evocando los recuerdos de un pasado que comparan con el presente, esperando un cambio de dirección bajo otro pontificado». 1908 será el año de la revisión y, después de las tajantes condenas de

Pío X, el primer año «antimodernista» en el que Roma implica en la batalla a los Padres jesuitas confiándoles la creación del Instituto Bíblico Pontificio de Roma y una misión de estudios bíblicos en Oriente, en Beirut. Hasta entonces numerosos jesuitas habían colaborado en la *Revue biblique*. Ante lo que aparece como otro gesto de fuerza de la autoridad eclesiástica con una nueva acusación, un nuevo gesto de desconfianza, el Padre Lagrange responde a su superior: «Si el Santo Padre desea trasladarme, solamente pido que quieran aceptarme en la Cartuja para terminar mis días en paz. Estoy cansado, cansado, muy cansado».

Pío X no dará a conocer su respuesta al Padre Lagrange. En 1908 el Papa excomulga a Loisy; al año siguiente llegará a ser profesor en el Colegio de Francia, donde podrá expresarse libremente. La Comisión bíblica romana multiplica sus advertencias y sus avisos. En enero de 1909, el Padre Cormier invita al Padre Lagrange a refundir completamente su obra sobre el *Método histórico* «contra el abuso que, para justificar sus aberraciones, ha hecho de nuestros trabajos esa turba de pretendidos progresistas, esa generación de jóvenes infautados de novedades, presuntuosos, que no sólo discuten la tradición antigua sino la autoridad enseñante de hoy, sobre cuyas lecciones creen que ya hacen bastante con guardar silencio, a la espera de que pase esta corriente, molesta en opinión de ellos mismos».

Creo necesario recordar ahora lo esencial de ese *Método histórico* calificado de «insuficiente» y capaz de dar armas a los lectores racionalistas de la Biblia. Prologando en 1966 la primera reedición de ese libro desde... 1907, el Padre Vaux, dominico y sucesor del Padre Lagrange en Jerusalén, escribe: «El método histórico expuesto por él es el que hoy siguen todos los exégetas católicos que trabajan con seriedad... Medio siglo de investigaciones sobre el texto bíblico y unos descubrimientos arqueológicos, cuya riqueza él no podía prever han permitido avanzar más en el camino que él había abierto».

Yo diría que el Padre Lagrange, al abordar el texto de

las Sagradas Escrituras, textos fundadores de la fe judía y cristiana, en su lengua y su país de origen, intenta descifrar la historia que nos cuentan y nos enseñan, quién la ha escrito, cómo y para qué lectores, en resumen, todo lo que emparenta y distingue esta colección de la historia y de la literatura que les son contemporáneas.

El Padre Vaux nos informa en 1966 de que, cuando fue concebido el *Método histórico* no se conocía nada o apenas nada de esas posibles equivalencias. Se acababa de descubrir el conjunto de las leyes de Hammurabi grabado en una inmensa piedra negra, cuya erección se remonta al tiempo estimado de la existencia de Abraham, casi cuarenta siglos antes de nuestra era y prácticamente quince siglos antes de que la Biblia y la ley de Moisés fueran definitivamente escritas. Hoy, media docena de códigos semejantes y millares de documentos jurídicos antiguos están a la disposición de los investigadores. Los paralelismos con los usos y costumbres se multiplica y ayudan a comprender mejor la originalidad de Israel. El Padre Lagrange no sabía (su método se habría reforzado y su fe inquebrantable habría disfrutado) que en nuestros días llegaríamos a conocer de un modo científico el medio histórico, etnológico, sociológico, linguístico y cultural de la supuesta época de los patriarcas hebreos, mucho mejor que el medio «histórico» de David y Salomón. «Los nombres de los patriarcas, sus vinculaciones geográficas con la Alta Mesopotamia y luego con Palestina, su parentesco con los Proto-Arameos, sus costumbres jurídicas y sociales, concuerdan con imprevista facilidad con los nuevos conocimientos que confirman el valor histórico fundamental de las tradiciones del Génesis».

En una crónica babilónica se ha descubierto el año, el mes y el día de la toma de Jerusalén por Nabucodonosor, el 16 de marzo de 587, lo cual justifica el comentario del libro de los Reyes de la Biblia y del libro del profeta Jeremías. El Padre de Vaux concluye su prólogo al *Método histórico* del Padre Lagrange, escribiendo: «La fe de Israel afirmaba y nuestra creencia en el carácter divino de la Escritura así nos lo asegura, que todo aquello se había producido según la voluntad de y bajo la dirección de Dios. El historiador

moderno no tiene ni la posibilidad ni el derecho de contradecir esta interpretación; su ciencia no alcanza más que a las causas humanas y naturales de la historia, porque las causas sobrenaturales escapan a su ámbito y por consiguiente a su juicio».

Así pues, no es imposible imaginar un acuerdo entre la crítica y la tradición. Al día de hoy, todas las ciencias históricas verifican la intuición del Padre Lagrange, el cual aún no disponía del arma absoluta de la *crítica de la crítica*. Mi aserto se confirma con el ejemplo, desarrollado en el *Método histórico*, del relato del diluvio que cubre con sus aguas la totalidad de la tierra. «Cuanto mejor se conocía la tierra, escribe el Padre Lagrange, más difícil resultaba encontrar agua para cubrir las altas montañas. Se buscó por todas partes y, finalmente, hubo que recurrir a la omnipotencia de Dios, que ha creado todo lo que existe. Aquello no tenía réplica, pero a continuación surgía la pregunta de cómo habían podido soportar el agua salada los peces de agua dulce y cómo habían digerido el agua dulce los peces del mar. La respuesta fue que no era difícil; cada cual permanecía en su elemento, ya que el agua salada era más densa».

Acerca de esto el Padre Lagrange plantea algunas cuestiones pertinentes, propias para desconcertar a sus contradictores. ¿Cómo hacer entrar en el arca de Noé a todas las especies animales vivientes y a todas las familias de todas las lenguas habladas por todos los hombres? ¡Si es que entonces existían! «Pero veamos, ¿saben bien ustedes cuándo tuvo lugar el diluvio? No lo saben más que por la cronología bíblica; ahora bien, ¡ésta no existe! Es un cómputo según unas cifras cuyo total no ha sumado ninguno de los autores inspirados. Supongamos que faltan datos para hacer ese cálculo... Tómense el tiempo necesario, seremos generosos. Aquí, el tiempo no cuesta nada». El sabio concluye que no hay por qué suscitar un nuevo asunto Galileo contra quien se interroga sobre la historicidad del relato bíblico del diluvio. En 1948, la Comisión bíblica escribirá que esos relatos «cuentan en un lenguaje sencillo y figurado, adaptado a las inteligencias de una humanidad menos

desarrollada, las verdades fundamentales necesarias a la economía de la salvación, al mismo tiempo que la descripción popular de los orígenes del género humano y del pueblo elegido».

¿Se puede seguir haciendo la exégesis con la ciencia antigua? Hasta la época de Galileo se creía, en efecto, que la religión enseñaba la estructura del mundo. Los racionalistas consideraron en el siglo XIX que la religión era la ciencia naciente, inútil por lo tanto y superada en la época de ellos. El *Método histórico,* al refutar a los oponentes, antiguos y modernos, y sus disputas, se sitúa, como puede verse, en otro orden. Yo añadiría aquí que, cuando el Padre Lagrange nos dice que «la historia no ha sido nunca otra cosa, por su propia naturaleza, que la comprobación del hecho humano por medio del testimonio», reconozco en ello su formación de jurista, de quienes hacen, escrutan y comparan las leyes humanas.

Eso le permite decirnos que los Hebreos eran jóvenes en la escena del mundo, y presentir lo que otros, después de él, van a demostrar: que son los herederos de una larga historia de los hombres, de sus conflictos, sus organizaciones y sus creencias. Esta rectificación de la perspectiva define mejor su vocación específica, que no es la de haber hecho o rehecho un mundo que no existía antes de ellos ni existirá después, sino haber sido hijos de Abraham, experiencia única, histórica en medio de tantas diferencias. Si no son los primeros de la historia, sí tienen en ella un lugar entre los más antiguos libros históricos de la humanidad y las más elevadas creencias, que va de la Biblia a la Iglesia, al Dios único –excepción ya admitida como histórica–, de todas las antiguas creencias politeístas al Cristo de los Evangelios. El Padre Lagrange acaba el *Método histórico* con esta nota que yo considero optimista, pero que da la medida de la prueba que padecerá sin descanso hasta 1916, quizá la razón de su valor y de su obediencia, por consiguiente de su fe: «No será León XIII quien detenga la investigación científica bajo el pretexto de conservar la paz, una paz que sería el sueño, si no la muerte».

El año 1909, sin recortar la labor del exégeta de Jerusalén, aumentará sus padecimientos. Comienza la redacción de su traducción y de su comentario al Evangelio de San Marcos, en respuesta a Loisy. Será publicado. En la primavera, su superior le permite volver a Francia a buscar recursos para la Escuela y a reclutar alumnos. Confiesa: «Este viaje me resulta terriblemente molesto, me he hecho tan oriental...».

En junio se entera de la fundación, por decisión del Papa en Roma, del Instituto Bíblico Pontificio confiado a los padres jesuitas. La dirección se le entrega al Padre Fonck, cuya hostilidad personal hacia el Padre Lagrange es conocida. Acerca de este sabio, el Padre Lagrange escribe caritativamente al Padre Cormier, su superior: «Es un oportunista muy peligroso... En el fondo quieren hacer lo que nosotros hacíamos, y se crean fama de ortodoxia desprestigiándonos. Los progresistas de la Compañía de Jesús están apoyados por algunos intransigentes alborotadores. Todo esto salta a la vista y es bastante miserable».

Semanas más tarde, el Padre Lagrange matizará esa «corrección fraterna»: «Cuando a uno lo atacan con violencia, hay que disculpar algo de la debilidad humana en la respuesta». Todavía no sabe que en 1911, en lo más fuerte del debate, el Padre Fonck repetirá a todo el que quiera escucharlo que «lo va a deslomar».

Pero aún no hemos llegado, y el debate se enriquece este año 1909 con la incansable actividad del provincial de los dominicos de Francia, el Padre Boulanger, contra el Padre Lagrange. Teme que ese «sospechoso», como él lo califica, no perjudique al «crédito financiero» de la Escuela Bíblica y que le lleguen a faltar los subsidios. «Hay que atacarle con cariño, pero con tenacidad», dice este generoso hermano en religión que, al mismo tiempo, se suscribe a la Escuela Bíblica con 350 francos de la época.

«Con un poquito de humildad, el verdadero sabio sabe dudar de sí mismo. El Padre Lagrange, bien aconsejado, podría llegar a dudar de sí mismo y de su sistema; así se ha-

ría cada vez menos intransigente. En lugar de ser una gran dificultad, se convertiría en una gloria para la Iglesia y para la Orden».

Los ecos recogidos por parte de los visitantes de Pío X van en la misma dirección. El Papa dice a uno de ellos: «Es de temer que no cambie de actitud hasta que no sienta la mano de hierro de la Santa Sede». Y el 21 de junio de 1909 dice al Padre Cormier: «Ahora no hay nada, pero en el pasado...no profundiza bastante en la teología». Los jesuitas parecen próximos al Papa. Cuando la prensa publica la controversia, el Padre Lagrange responde simplemente en el *Boletín semanal:* «El procedimiento simplista consistente en oponer los jesuitas conservadores a los dominicos liberales, si no es groseramente tendencioso, no puede tener su origen más que en la imaginación rudimentaria de una persona mal informada (...). El método crítico tiene quizá ventajas, el método tradicional tiene quizá inconvenientes. En lugar de enfrentarlos, más valdría sin duda considerarlos como dos funciones de la exégesis católica destinadas a completarse fraternalmente». El Padre Lagrange, por esa misma época, escribe también, ahora a su superior: «Sin duda hay que dejar nuestra defensa en manos de Dios, pero observo que los jesuitas, que son buenos religiosos, no actúan así jamás. Responden, replican, atacan, y aun sin llevar tan lejos como ellos el celo por la gloria de su Orden, uno podría defenderse en alguna ocasión».

Los jesuitas por su parte, inauguran en Beirut unos cursos de hebreo y de exégesis recogiendo un substancial maná útil para su instalación, en el momento mismo en que el Padre Lagrange devuelve al modernista Reinach su cheque de doscientos francos como suscripción a la Escuela de Jerusalén. En aquella ocasión escribe: «No me sorprende encontrarme con algunos problemas, pero no quiero obrar contra mi conciencia, es decir, contra la obediencia».

El censor eclesiástico que, a petición del Padre Lagrange, examina los primeros capítulos del comentario al Evangelio de San Marcos, próximo a publicarse, emite este juicio: «No se puede dudar de que el autor es cristiano y es sacerdote». Esta prudencia, comunicada a las mejores fuentes clericales, provoca la réplica, siempre cansada, del

Padre Lagrange: «Si hay una cosa dura para un soldado, es ver que sus hermanos le rompen el arma en el momento en que el enemigo (los racionalistas) redobla sus ataques». Y confidencialmente precisará a un amigo: «Es mi último ensayo. Si San Marcos va a reunirse con los otros manuscritos cadáveres de mi cementerio, no vuelvo a tocar la Biblia». Jamás renunciará a sus estudios bíblicos, que en adelante serán todos publicados, excepto los primeros sobre el *Método histórico,* el Génesis y los Patriarcas, de los que precisamente decía Pío X: «Eso es el pasado». Y es que no le perdonaron nunca lo que le abrió las auténticas vías del reconocimiento científico y, como consecuencia de su perseverancia en la humildad y en la obediencia, la perspectiva de la santidad. En 1910, la Compañía de Jesús y su nueva fundación del Instituto Bíblico de Roma, ocupan el campo. «El mundo entero conoce su espíritu conquistador». El Padre Lagrange los ve a las puertas de Jerusalén.

Por lo demás, el Padre Fonck anula su abono a la *Revista bíblica.* Si alguien mantuviera la menor duda sobre el modernismo del que aún se quiere acusar al Padre Lagrange a pesar suyo, bastará recordar dos fechas del año 1910. Desde el 1 de septiembre, Pío X prescribe en un *motu proprio* el juramento antimodernista a todos los que están encargados de la enseñanza religiosa; esto no supone ningún problema para el Padre Lagrange, que el 22 de noviembre del mismo año recibe por fin la autorización de publicar, después de tanta espera y tanta amargura, y siempre bajo Pío X, su comentario de San Marcos. Si los jesuitas se han asegurado la sustitación de Jerusalén con la nueva fundación que emprenden en Roma –dirigida por el Padre Fonck, que será destituido en 1929 por Pío XI–, el propio Papa Pío X se muestra menos severo cuando dice paternalmente a un obispo francés que, en su opinión, el Padre Lagrange *«aliquando claudicat».* Comprendamos hoy esto en un sentido fiel y literal. «Hay algo que cojea, que rechina, algo que no se entiende».

El 18 de marzo, muy oficialmente, el cardenal Rampolla felicita al Padre Lagrange por su libro sobre San Marcos. Quiero hacer notar que, si el tiempo de la prueba del

fundador de la Escuela bíblica no había llegado a su fin, si la obra naciente de los jesuitas se desarrolla con unos medios de los que careció en sus inicios la Escuela de Jerusalén a la que la hacía la competencia, en el corazón del Papa el Padre Lagrange no es un «modernista», sino un enigma y al mismo tiempo un modelo de obediencia: *«aliquando claudicat»*.

Para el espíritu inquieto del Padre Lagrange, las implantaciones de jesuitas en Tierra Santa parecían poner en peligro el futuro de su obra, reducirla a la nada. El Padre no vacila: escribe a Pío X en septiembre de 1911:

«Santísimo Padre,

»Arrodillados a los pies de Vuestra Santidad, pedimos permiso para exponerle lo que sigue, muy humildemente y con sentimientos de la más perfecta obediencia.

»El Revdmo. P. Leopoldo Fonck, de la Compañía de Jesús, rector del Instituto Bíblico Pontificio de Roma, nos ha anunciado que iba a abrir en Galilea una sucursal de ese Instituto con objeto de que los estudiantes de cuarto curso puedan visitar los países bíblicos, estudiar las costumbres y recibir clases complementarias. Él llama a esto modestamente un apeadero, pero no puede haber duda sobre el sentido de esa fundación. Se propone lo que nosotros venimos realizando desde hace veintiún años con el estímulo del Papa León XIII, como se ha dignado subrallar Vuestra Santidad en el breve que eleva nuestra iglesia a la categoría de basílica menor: *Exstructo Hierosolymis a fratribus O.P. coenobio in quo decessoris nostri Leonis PP XIII rec. memoriae auctoritate studiorum biblicorum publica schola constitua est* (junio de 1904).

»Santísimo Padre, hemos pensado de vuestra muy grande bondad hacia nosotros que, si la nueva escuela se establecía en Galilea era para no perjudicar a nuestra casa. Pero permítasenos decir que este país es demasiado pequeño, los estudiantes que vienen a él demasiado escasos, para que una modesta Escuela como la nuestra pueda subsistir tan próxima a un Instituto Pontificio. Nunca hemos tenido más de diez estudiantes extranjeros en la Orden, habitualmente cuatro o cinco. Es evidente que todo el mundo preferirá la sucursal del Instituto romano, e incluso se consi-

derará que nuestra casa le hace la competencia. Este pensamiento no podría entrar nunca en nuestros propósitos, y estamos decididos a no hacer nada que pudiera dar lugar a que lo pensaran otros.

»Puesto que Vuestra Santidad desea fundar sobre mejores cimientos lo que nosotros hemos intentado hacer, nos consideramos dispensados de la ardua tarea que habíamos asumido con el aliento de la sede apostólica.

»Suplicamos, pues, a Vuestra Santidad tenga a bien que no reanudemos las clases al comienzo de este años escolar, aunque permanezcamos aquí un año más para cumplir con los compromisos adquiridos con terceros.

»Dígnese Vuestra Santidad considerarnos como hijos profundamente respetuosos y obedientes, y concedernos la bendición que suplicamos de rodillas».

Firmaron con Lagrange los Padres Jaussen y Savignac.

Después del último concilio del Vaticano, esta carta ha envejecido por la forma y por el fondo. El Papa ya no aparece bajo el aspecto de la autoridad, sino por el contrario, bajo el de la humildad. Se presenta como el Siervo, imitando a Jesucristo en el lavatorio de los pies.

Pero para quien considera los actos de los Papas situándolos en su momento histórico y trata de armonizarlos por encima de las diferencias, el gesto del Padre Lagrange poniéndose de rodillas yo lo comprendo considerándolo como un acto de amor.

En julio de 1912, tras su propuesta de cerrar la Escuela, el Padre Lagrange solicitó ser relevado de sus funciones de prior del convento de Jerusalén. No había sido puesto en el mundo para administrar, sino para iluminar. Era escriba sólo en Biblia. Y más profeta que escriba.

En aquella época tuvo una especie de experiencia de tipo místico, que él evoca en sus *Souvenirs personnels:*

«Ese día 29 de junio celebrábamos en Aïn-Karim las bodas de oro sacerdotales de un franciscano, el Padre FranÇois Darié. Estuve todo el día embargado por un sentimiento muy dulce, el de la presencia de Dios.

»La noche siguiente, después de un sueño corto, me

despertê sobresaltado. Una visión de la muerte invadió mi espíritu repentinamente; era tan nueva como si fuera la primera vez que yo hubiera pensado en la muerte.

»Dominado por la angustia incapaz de pensar en dormir, pasé el resto de la noche rezando y paseando por mi celda, sin conseguir calmar ese extraño pavor. ¿Querría Dios prepararme para no hacer caso más que de las cosas invisibles y de Su juicio?».

Aquel mismo día del mes de junio se firmaba en Roma, con el sello del Papa, el decreto de la Congregación consistorial que prohibía introducir en los seminarios (ni siquiera para una simple consulta) varios escritos del Padre Lagrange (que no eran citados).

El Padre Lagrange se enteró de esta medida a fines del mes de julio. Un Padre dominico que no le era nada favorable escribía a un corresponsal del ministerio de Asuntos Exteriores: «La decisión tomada con respecto al Padre Lagrange ha sido inspirada a Roma por el Padre Fonck, un jesuita alemán que dirige los Estudios bíblicos en Roma. Incluso ha intentado establecer en Jerusalén una escuela bíblica rival de la de los dominicos; apenas si tuvo éxito».

La prensa francesa se hizo amplio eco de la medida romana en la que adivinaba la influencia alemana: resultaba inquietante ver que Alemania sustituía en Oriente la presencia de Francia. Advierto de que estamos en 1912, a dos años de 1914.

Recuerdo también que la Congregación consistorial estaba por entonces encargada del nombramiento de los Obispos, así como de la organización de los estudios en los seminarios. En aquella época algunos pensaban en Roma que «los seminaristas tienen más necesidad de piedad que de ciencia». Es obvio que este axioma inspiraba los reproches dirigidos al Padre Lagrange. La auténtica piedad no puede estar basada en la ignorancia. En ese tiempo, se repetía por todas partes, y en particular en el Vaticano, que la *Revista bíblica* ejercía una influencia desastrosa en el clero joven. Se escribía que le aconsejaba «aceptar favorablemente las interpretaciones críticas, tomar en consideración

las investigaciones de la ciencia incrédula». El Padre Lagrange responde a esas críticas diciendo que la causa profunda del modernismo que él combate procede «de la insuficiencia de los trabajos católicos, que no abordan determinadas dificultades».

Este malententido tiene a veces aspectos cómicos. Citaré entre ellos el episodio de la mujer de Lot.

En el capítulo XIX del Génesis se cuenta que Lot, un sobrino de Abraham instalado en Sodoma, es invitado a abandonar la ciudad que va a perecer por el fuego y la sangre. En el capítulo XVI, Ezequiel (v. 49) escribe: «Éste fue el crimen de Sodoma: orgullo, voracidad, presunción, ociosidad». Afortunadamente, Lot huyó antes de la catástrofe (sin duda una erupción volcánica que aniquiló la ciudad, a la mujer de Lot y a sus dos hijas). A pesar del consejo dado a Lot de no mirar hacia atrás, su mujer miró hacia atrás, y quedó convertida en estatua de sal.

El Padre Lagrange comenta: «El texto es formal. Para comprender todo su alcance hay que haber visto el lugar. Al sur del mar Muerto, en la zona oeste, se extiende una amplia colina parecida a una ballena varada; es una mina inagotable de sal gema, que alimenta a todas las cocinas de Jerusalén. En la parte del mar, las erosiones u otros fenómenos geológicos han favorecido la formación de bloques semejantes a estatuas. Desde siempre ha habido uno conocido tradicionalmente no como "la mujer de Lot", sino como *Bint Lout,* la *hija* de Lot. Interrogad a vuestro sentido común y a vuestra conciencia, la respuesta no ofrece duda...

»Si hubiéramos leído esa frase en otro libro que no fuera la Biblia, diríamos simplemente que la imaginación popular ha dado aquí una fisonomía a las cosas y que, al encontrar una semejanza humana en un bloque de sal, la ha mezclado al recuerdo de una mujer desaparecida en una catástrofe. El ser convertido en piedra es ordinariamente un castigo... Así pues, si en esto aplicamos un criterio diferente, es que la frase se encuentra en la Biblia, y por lo tanto no podemos poner en duda la realidad del hecho sin acusar de error o de mentira al Espíritu Santo. ¿Sería, pues, que la realidad del hecho está claramente afirmada por el Espíritu Santo?».

La técnica del Padre Lagrange consistía en superar la letra del texto para buscar su sentido, su espíritu. No rechazaba ninguna información. Escuchaba a geólogos, a especialistas en prehistoria. Admitía que el relato de Sodoma está fundado en un hecho, en el vago recuerdo de una catástrofe. Pero la Biblia no nos enseña nada sobre los volcanes: y si habla de un volcán es para transmitir el sentido, el mensaje. El episodio, la periferia, la anécdota son sólo «accidentes». El Espíritu nos revela l*a esencia*...

Aun así, en 1912, el método del Padre Lagrange parecía un desafío contra el Vaticano, un desprecio al Espíritu de la Verdad, inspirador de la Escritura.

A pesar de la severidad de las sanciones que le impusieron, el Padre Lagrange se sometió. El 6 de agosto de 1912, escribía al Padre Cormier, su superior general: «Pienso que no ha dudado usted nunca de mi total sumisión. Tenga la bondad de guiarme e indicarme la actitud que debo tomar a este respecto, a fin de que todo se haga correctamente».

Y en ese mismo año 1912, propone al Padre Cormier transformar la Escuela bíblica en «Escuela de estudios palestinos y orientales». El Padre Cormier somete el proyecto a Pío X. El Papa responde al superior de los dominicos con una carta autógrafa el 16 de agosto de 1912:

«... He leído con la mayor satisfacción la hermosa carta del Padre Lagrange y tendrá usted la amabilidad de responderle que yo estaba bien seguro de sus sentimientos, y que lo felicito por su plena sumisión. Por lo tanto, creo que es oportuno aceptar su propuesta de sustituir la *Revista bíblica* por la *Revista de estudios palestinos y orientales* y que la Escuela también se ocupe de estudios sobre la Palestina y Oriente.

»Vuestra Paternidad Reverendísima deberá ver si es oportuno concederle unas vacaciones de un año, puesto que él mismo lo propone sin resentimiento».

Mientras tanto, el Padre Lagrange por su parte escribe otra carta al Papa el 17 de agosto, rogándole al Padre Cormier que se la haga llegar.

«Santísimo Padre,

»A los pies de Vuestra Santidad vengo a manifestarle mi

dolor por haberle contristado y mi absoluta obediencia. Mi primer impulso ha sido, y mi último movimiento será siempre someterme de espíritu y de corazón, sin reservas, a las órdenes del vicario de Jesucristo. Pero precisamente porque me siento de corazón el hijo más sumiso, permítaseme expresarle a un padre, el más augusto de los padres, pero padre al fin, mi pena ante los considerandos que se aducen a la reprobación de algunas de mis obras, por otra parte no determinadas, y que serían tachadas de racionalismo. Estoy dispuesto a aceptar que esas obras contienen errores, pero que hayan sido escritas con espíritu de desobediencia a la tradición eclesiástica y a las decisiones de la Comisión bíblica pontificia, permitidme, Santísimo Padre, afirmar que nada ha sido más lejos de mi pensamiento...».

Entre tanto (pues con los retrasos del correo en aquella época, la letra al Papa no llegó a Roma hasta el 30 de agosto), el Padre Cormier escribe de nuevo al Padre Lagrange. Le indica que el Santo Oficio va a tomar vacaciones y que los expedientes quedarán bloqueados hasta... noviembre. Le invita a que no responda directamente a sus adversarios, y en especial a los jesuitas, y le exhorte de nuevo al silencio: «Quien se excusa, se acusa», le dice, al mismo tiempo que le manifiesta: «Sólo le pido al Padre Lagrange que no se "embale", pues ésa ha sido la expresión que han empleado para calificar su carácter o sus tendencias».

En realidad todos piensan que le había podido caer al Padre Lagrange una sanción más dura, la inclusión pura y simple en el Índice. El Padre Lagrange decide abandonar Jerusalén el 3 de septiembre en el primer barco que sale para Francia. El 5 de septiembre, el Padre Cormier verá a Pío X plenamente satisfecho por la carta del Padre Lagrange y deseoso de que sea ampliamente difundida. Lo será.

Pero en esta correspondencia entremezclada por el tiempo, en el momento en que se dispone a abandonar Jerusalén y a anunciar su decisión al Padre Cormier, éste le envía un telegrama, nueva prueba, en el que le conmina, en efecto, a que deje la Escuela, Palestina y que cese toda actividad escrituraria; que la Escuela continúe su tarea sin ninguna modificación. El Padre Lagrange escribe ese mismo día a su amigo Faucher: «No soy más que un desecho a

las órdenes del Padre General. Salgo hacia Francia el martes 3 de septiembre... Tengo un año de vacaciones aprobado por el Santo Padre, que manifiesta mucha satisfacción por mi sumisión... En esa estamos. Admirable buena voluntad de los jóvenes. Muy precipitadamente, partida atropellada, si me entretuviera, me faltaría valor».

El Padre Jaussen se hace cargo de la dirección de la Escuela de Jerusalén. Cuando se dispone a seguir el deseo del Papa de publicar la carta de sumisión del Padre Lagrange, el Padre Cormier advierte que ha extraviado todas las copias confidenciales que había hecho y pide al autor, que acaba de instalarse en casa de su amigo Faucher en Sevres, que le envíe un nuevo texto.

En Francia, durante casi tres meses se va a desatar una intensa polémica en la prensa, denunciando la influencia del Padre jesuita Fonck, alemán, al que se acusa de haber hecho condenar al Padre Lagrange para debilitar la influencia intelectual francesa en Oriente. El Padre Lagrange adopta una actitud de silencio absoluto. No se ve cómo «un viajante de luto» y añade: «Si me he mostrado poco dispuesto a halagar a mis superiores, menos lo estoy para hacer reverencias a la opinión pública».

En octubre, el Padre Cormier se dirige al Papa para pedirle la continuación experimental durante un año de la *Revista bíblica*, condenada a la desaparición a causa de las proyectadas transformaciones. El Papa da su conformidad, de su puño y letra, prácticamente el mismo día.

El final del año 1912 verá avanzar a grandes pasos el proyecto del Padre Fonck. En París, el Padre Lagrange se rebela: «El primer principio del derecho, que se fundamenta en la equidad, dice que una fundación nueva debe tener un fin tal que no arruine las obras ya existentes fruto de los sacrificios realizados». Y recuerda –como antiguo jurista– que antes de la instalación de los dominicos en Jerusalén, se consultó a todas las comunidades religiosas. Se invoca a la emulación. Sería buena en Roma, replica el Padre

Lagrange, donde hay abundancia y sobreabundancia de alumnos. En realidad, se trata de «una misión concedida a los jesuitas para hacer según sus buenos principios lo que los dominicos no habían conseguido siguiendo criterios liberales». A comienzos de 1913 el Padre Lagrange, que espera volver a Jerusalén al acabar su año de vacaciones, se pregunta si el Padre Fonck no estará ya instalado allí antes de que él llegue.

De hecho, a principios de mayo de 1913, Pío X recibe en audiencia al Padre Cormier y le pregunta por la situación del Padre Lagrange. Se entera de que «a la primera señal salió de Jerusalén a comienzos del mes de septiembre anterior y estaba plenamente entregado al ministerio sacerdotal y los estudios religiosos, aunque ajenos propiamente a la Biblia». Entonces el Papa decide que el Padre Lagrange vuelva a su escuela y a sus trabajos, pero desea recibirlo antes.

Llamado a Roma por el Padre Cormier sin darle detalles, el Padre Lagrange se presenta inmediatamente no sin escribir a Jerusalén: «Salgo hacia Roma llamado por el R. P. General, sin más indicación. Es posible que me quieran pedir ciertas explicaciones de viva voz, lo que, por otra parte, no es habitual. Es, pues, probable que me van a notificar directamente la condena doctrinal que tantas voces me han augurado, y a la que me someto plenamente de antemano. No lo comente con nadie de ahí, antes de recibir las noticias concretas que le enviaré lo antes posible...».

Ya en Roma, el Padre Lagrange pregunta por el motivo de la llamada. «Deseando dejarle aprovechar hasta el último beneficio espiritual de la prueba, (Cormier) le dice simplemente que S.S. Pío X se reservaba personalmente sus instrucciones en una audiencia fijada para la mañana siguiente». Pero desde el 4 de junio la decisión está ya tomada y el Padre Cormier reserva al Papa su anuncio: el Padre Lagrange está autorizado por él «a regresar a Jerusalén: debe reanudar las clases de exégesis; alaba su intención de estudiar las epístolas de San Pablo».

Sin saber nada de esta noticia, el Padre Lagrange es introducido a la presencia del Papa, que lo felicita por su leal y pronta sumisión a la Iglesia y a sus superiores y le invita a

reanudar lo antes posible su magisterio y la dirección de la Escuela. Antes de embarcar hacia Jerusalén, el 5 de julio, pasa por París donde la Academia de Ciencia Morales y Políticas le concede un premio de ocho mil francos por sus trabajos y los de la Escuela de Jerusalén sobre las religiones.

Con un tono menos amargo que el de primeros de año, el Padre Lagrange anuncia en octubre: «La caravana de los Padres jesuitas ha llegado estos días a Notre Dame de Francia; no saben dónde instalarse para construir». Ha vuelto por fin al *«dolce nido»*, a su hogar, a Jerusalén.

La prueba ha terminado. Se podría decir que a los cincuenta y nueve años el Padre Lagrange comienza una nueva vida de dominico y de sabio.

El 4 de agosto de 1914, en el diario del convento de Jerusalén consta: «No se celebra la fiesta de Santo Domingo. Marchan los Padres Vincent, Abel, Petitot, Dhorme, Carrière. ¡Viva Francia, la Victoria es nuestra!

El 20 de agosto muere el Papa Pío X. El 3 de septiembre, es elegido su sucesor, Benedicto XV. En su primera alocución proclama abiertamente que nunca permitirá que se confunda la lucha antimodernista con una obsesión enfermiza por la herejía o con la caza de brujas. Suprime la congregación del Índice, prelados próximos a las sectas «integristas», como la funesta «Sapinière», son apartados de la Curia.

El mundo está en guerra. Turquía lucha al lado de Alemania. Los franceses de Jerusalén son considerados enemigos. Trescientos frailes y religiosas son detenidos, la intervención de Benedicto XV les evitará la deportación. El Padre Lagrange, con un grupo de hermanos, llegará a Roma.

La noche de su detención por los turcos, el 14 de diciembre, el Padre Lagrange escribía esta carta emocionante a su discípulo que será su biógrafo, el Padre Vincent:

«Hijo mío:

»Con toda probabilidad voy a partir para Orfa, la antigua Edesa, ciudad bendita. Ya se enterará usted de las circunstancias. Le escribo sin saber si todavía está usted vivo, y

pensando más bien que está muerto, sólo para decirle, si sigue con vida, que me acuerdo de usted con el mismo afecto en Dios, y que le encomiendo siempre con la misma confianza a la Santísima Virgen María. Ella ha presidido nuestra amistad y muchas oraciones que hemos hecho juntos a sus pies.

»He leído las páginas que ha dejado usted antes de irse. Gracias. Yo también le pido a Dios que me conserve valeroso y puro.

»Tenga la seguridad de que, si tuviese que morir, mis últimos pensamientos de la tierra serían para usted.

»No deseo vivir en el mundo nuevo que va a nacer. Regresamos a la barbarie por el empleo de la ciencia sin Dios. ¿Quién va a interesarse en adelante por nuestros inocentes estudios?

»Sin embargo, es posible que la inteligencia recobre sus fueros, y al final se dará en la Iglesia la solución a cuestiones bíblicas planteadas. Si me he equivocado, usted sabe bien que ha sido de buena fe; y como veo en usted la misma rectitud de intención y la misma docilidad, le pido que no abandone la obra a la que hemos dedicado nuestras vidas en tan estrecha armonía de pensamiento y con una total renuncia a los intereses personales por su parte.

»Antes de partir he recorrido todos los rincones del querido Saint-Etienne; he vivido la tristeza de Olympio[1], pero se cambió en acción de gracias cuando pensé en toda la felicidad que hemos disfrutado sirviendo a Dios en esta soledad, trabajando por lo que creíamos ser el honor de la Iglesia, el bien de las almas y el reino de Jesucristo nuestro Salvador. La amistad de usted ha sido fortaleza y alegría para mí, a veces fuente de vivos sufrimientos, pero así está bien.

»Adiós, hijo mío, le abrazo tiernamente en N.S.J.C.

Vuestro
fr. M. J. Lagrange
de los Herm. Pred.».

[1] Nombre poético con el que Víctor Hugo se designa a sí mismo en algunos poemas (Tristesse d'Olympio). N. del T.

El 8 de enero de 1915, el Padre Cormier recibe un autógrafo de Benedicto XV: «...le sugiero que me envíe usted al Padre Lagrange hoy a las 4h: recuerdo que lo conocí hace algún tiempo, pero me encantará recibirlo hoy...».

No sabemos nada de la conversación privada, de una media hora, entre el nuevo Papa y el Padre Lagrange. Se amplió a los dominicos que lo acompañaban, y el Papa se interesó por la situación de Palestina y de los establecimientos religiosos que allí había.

En 1915, el Padre Lagrange se instala en París.

En 1916, redacta una nueva memoria sobre los proyectos de instalación de los jesuitas en Jerusalén, mientras que un eminente jesuita le escribe: «Mi generación le debe a usted, desde este punto de vista (doctrinal) un particular agradecimiento. Usted ha sido quien ha asestado a la crítica del Sr. Loisy casi los únicos golpes que le hayan verdaderamente alcanzado».

El 17 de diciembre, el Padre Cormier se apaga en Roma. El Padre Lagrange y él mantuvieron una correspondencia activa durante un cuarto de siglo.

Dos años más tarde, a fines de septiembre de 1918, el Padre Lagrange va a Roma para pedir las autorizaciones necesarias a fin de reanudar las actividades de la Escuela de Jerusalén. Se reanudarán el 12 de noviembre. Pero en Roma, a pesar de los alientos del Papa y de su secretario de Estado, los jesuitas no han abandonado las armas. El Padre Lagrange, por su parte, se niega a modificar los estudios bíblicos de acuerdo sólo con las instrucciones de la Comisión pontificia.

Pero será en Jerusalén donde su tarea se proseguirá: «Los hermanos han trabajado tan bien, escribe, en limpiarlo todo, restaurarlo, etc., que me pareció haber partido el día anterior...».

Entre 1911 y 1926, el Padre Lagrange traduce y comenta los cuatro evangelios, publicando «unos ladrillos enormes de 600 a 780 páginas», que representan un trabajo colosal.

A partir de 1925, su salud empieza a dar signos inquie-

tantes. Obligado guardar reposo, redacta no obstante sus *Recuerdos personales* en marzo de 1926, con destino a los hermanos de su convento. No serán publicados hasta cuarenta años más tarde.

Emprende también en 1927 *L'Evangile de Jésus-Christ,* un libro escrito para las almas sencillas, sin pretensiones científicas. Hasta entonces, el Padre Lagrange no había escrito para el gran público. Este libro de 656 páginas lo salvó de la erudición y le hizo conocer la alegría de ser leído por aquellos por quienes se consumía, es decir, por todos. Sabemos, a través de confidencias suyas, que el proyecto de escribir así para los «pobres de espíritu», como habla Jesús en las Bienaventuranzas, procedía de una crisis, una especie de visión mística en la que había sentido «el abrazo de la muerte y la esterilidad sobrenatural de una vida devorada por el estudio».

Los conflictos de deberes

> «¡Nada de oración fúnebre, ni orador apologético! Espero sólo de su amistad, si posible, la humilde y sincera verdad sobre lo que tanto deseé ser delante de Dios y lo que tanto habría querido realizar para Su gloria».
> *M.-J. Lagrange* al Padre *L.-H. Vincent.*

La prueba del Padre Lagrange puede resumirse en pocas palabras: *conflictos de deberes.*

El Padre había hecho voto de obediencia el día de su profesión en la Orden dominica y, sin duda, el joven fraile creía inocentemente que era fácil ser obediente en una Orden religiosa, ya que el religioso sabe siempre lo que tiene que hacer, bien por la letra de su regla, bien por un mandato de su superior. Es el mismo caso que el de un oficial en el ejército. Y en todas las sociedades que se basan en la disciplina.

Los frailes, los soldados, los miembros de un partido no conocen los tormentos del conflicto de deberes. Sean dóciles o sean rebeldes, están libres del tormento de elegir.

Alfredo de Vigny expuso este problema crucial en los ejércitos de su tiempo. A su modo de ver, la *servidumbre* en

los ejércitos es una virtud pasiva. Ciertamente, puede exigir decisiones odiosas como cuenta Vigny en la historia de *Laurette et le cachet rouge.* Pero entonces, la servidumbre, aunque odiosa, tiene su grandeza. Abraham inmola a Isaac, como Jefté inmola a su hija por obediencia a Dios. No hay aquí conflicto de deberes.

Los problemas de los conflictos de deberes jalonan la historia, como se puede ver en ocasión de cismas, de secesiones, de revoluciones. Cuando abro el periódico, cuando escucho la radio, cuando veo la televisión, me doy cuenta de que la información supone siempre un conflicto de deberes.

En mi juventud, tuve ocasión de escuchar al Mariscal Foch, que había venido a dar a los jóvenes consejos sobre la vida. Yo estaba sentado a su derecha en el estrado y le veía escribir a lápiz con grandes trazos los temas que deseaba desarrollar ante los estudiantes a fin de pertrecharlos para el combate de la vida. En este momento tengo ante mí vista aquel papel de Foch y leo en él en primer lugar la sílaba OBST, que significaba *obstinación:* era un consejo de perseverancia para los jóvenes. Pero en la línea siguiente, Foch había escrito estas consignas (que me parecieron banales, indignas de un gran jefe): VER DÓNDE ESTÁ EL DEBER. Sin duda Foch en aquel año de 1924 no podía prever que sus dos discípulos De Gaulle y Pétain, invocarían un día su ejemplo en su enfrentamiento, antes de condenarse a muerte mutuamente.

Los conflictos de deberes. ¿Cómo olvidar los ejemplos siempre célebres en las escuelas y en nuestros corazones? Cuatro siglos antes de Cristo, Sófocles nos nuestra una Antígona que prefiere obedecer a las leyes no escritas (de la conciencia) antes que a las escritas (las de la ciudad).

En los tiempos modernos hay que citar el caso de Juana de Arco. Juana tuvo que elegir entre dos soluciones igualmente obligatorias para su conciencia: el derecho de la vocación y el derecho de la institución. Jamás pone en duda la legitimidad de la Iglesia, es decir de la institución. Jamás pone en duda el deber de su alma, que es la obediencia a las voces. Para ella, Dios no puede contradecir a Dios, no

existe dificultad teórica. Pero la dificultad práctica continúa siendo insondable puesto que tiene que poner de acuerdo la inspiración de sus voces y la revelación de la Iglesia. El acuerdo era tanto más difícil cuanto que los representantes de la Iglesia la condenaban.

Por supuesto, no tengo la intención de comparar el drama del Padre Lagrange con el de Juana de Arco o el de Antígona. Pero si voy a la *esencia* de esas dificultades de conciencia, veo que es idéntica: porque en todos esos casos Dios parece oponerse a Dios; y entonces, ya no cabe más salida que la del sacrificio.

Si el día de mañana la Iglesia nos permite proponer a los fieles el ejemplo del Padre Lagrange, la prueba de su condena en tiempos de Pío X y de su obediencia a una autoridad que él consideraba equivocada, resultará ejemplar incluso para el «abogado del diablo».

Es el momento de contar el episodio más desgarrador de su vida, el que le hizo sentir el filo de la espada. Me figuro que sus pruebas romanas le parecerían leves ante lo que voy a decir. Probablemente pensó en Judas Iscariote. Evoco también las palabras de César a Brutus cuando éste lo apuñalaba en pleno Senado: *«Kai su teknon»*, «Tú también, hijo mío».

Estos problemas me han preocupado siempre que he estudiado el desarrollo del amor en el transcurso, trágico a causa de su duración, de la vida. ¿Sigue siendo eterno un juramento en un mundo sujeto a tantas mutaciones? El problema de todo amor es el de renovar incesantemente el éxtasis primero: el ideal sería recomenzar siempre sin repetirse jamás. Y encontrar en la última época de la vida un amor tan ardiente como en su origen.

Pienso en el drama de Loisy y del Padre Dhorme al abandonar el sacerdocio. A menudo es difícil distinguir a los seres que se parecen: como distribuir los matices en los colores, y son los últimos matices los que definen lo que es la esencia de un ser. Pascal se ejercitaba en este tipo de análisis. Pero conocemos la sutil definición, tan exacta, que daba Voltaire del gusto y que yo habría querido poder citarle al Padre Lagrange: «El gusto consiste en el sentimien-

to rápido de una belleza en los defectos y de un defecto entre las bellezas».

El discípulo que Lagrange amaba, el Padre Dhorme, abandonó la Orden dominica y, reducido a laico, hizo una brillante carrera de profesor en el Colegio de Francia. Es el traductor de la Biblia aparecida en la célebre colección «La Pléyade».

También se sufre por la traición de los amigos en el cambiante mundo de la política. Un obispo, un Papa, sufren por los cismas. Pero cuando se trata del ser más querido, el que uno ha escogido, el que uno ha amado entre todos los demás para continuarte, quien nos abandona, ¡cómo no sentir el corazón traspasado y, decía Lagrange, sentirte incapaz de decir una palabra, de pronunciar una condena! El Padre Dhorme había llegado muy joven a Jerusalén. Se convirtió en un experto en asiriología y en todas las disciplinas del orientalismo. Era otro Padre Lagrange, más atractivo que su maestro. El Padre Lagrange, a pesar de la gran sabiduría que llevaba dentro de sí, carecía del don de la palabra que le fue concedido a Lacordaire y a tantos dominicos.

Ignoro los íntimos debates que llevaron al Padre Dhorme a tomar tan grave decisión, pero albergo el deseo de comprender todos los caminos. He reflexionado sobre los destinos paralelos: los de Renan, Loisy y otros sacerdotes amigos que han perdido la vocación, que son incapaces de mantenerse fieles a los votos. Y me digo en secreto: «¿Qué hay que hacer cuando se es sacerdote para siempre y se pierde la fe del sacerdote? ¿Hay que continuar, a pesar de la hipocresía? ¿Hay que apartarse? ¿Y cómo lo juzgará Dios el día del Juicio?».

SEGUNDA PARTE

ENCUENTROS

1.
GÉNESIS DE UN ESTUDIO SOBRE EL GÉNESIS

Dios escribe derecho con líneas torcidas. Cuando en 1935 llegué a Jerusalén, no fue solamente para preparar la edición de un opúsculo sobre el Cantar de los Cantares que el Padre Lagrange había tenido la bondad de aceptar para su colección de Estudios bíblicos. Incluso puedo decir ahora, después de medio siglo, que ése no era el verdadero motivo de mi estancia en la Escuela Bíblica de Jerusalén. Yo estaba al servicio del cardenal Tisserant, amigo del Papa reinante Pío XI, que deseaba ayudar al Padre Lagrange para que apareciera a plena luz el comentario sobre el Génesis que éste había escrito.

Tengo que explicar al lector de finales de este siglo el motivo por el que el Génesis, que es el primer libro de la Biblia, el texto más leído y más meditado en el planeta, plantea tantos problemas a las inteligencias.

Por mi parte, no había cumplido todavía quince años cuando percibí en el texto escrito por Dios una extraña paradoja. En los versículos iniciales del primer Libro inspirado me enteré de que Adán y Eva habían sido creados el mismo día por Dios, al final de la primera semana. Pero un poco más adelante leía que Adán había caído en un sueño misterioso y que la mujer había salido de su costilla. Mi abuela me comentaba ese versículo diciendo que no había salido del cerebro del hombre ni de sus pies, sino de una costilla. Dios quería enseñarnos así que la mujer no debe ni servir ni mandar, que tiene que contentarse con amar (y mi abuela añadía que es más difícil amar que mandar o servir).

Yo no llegaba a conciliar el primero y el segundo capítulo del Génesis. Cuando pregunté a un profesor de Sagra-

da Escritura, recibí una solución simplista: Moisés, autor del Génesis, tenía varios secretarios, como nuestros ministros, las diferencias en los textos provenían de los diferentes secretarios. Esta explicación, que era sin duda la enseñada en los seminarios, no era realmente muy satisfactoria.

Las cosas cambiaron cuando se aplicaron a los escritos sagrados los métodos críticos, como se hace con las obras de Homero, Platón o Sófocles. Entonces se advirtió que el Génesis tiene *una génesis*. No se discute el origen mosaico del documento, pero este documento mosaico tiene una historia lenta y prolongada, es un mosaico de documentos.

En el siglo XX hemos tomado conciencia del «llegar a ser», del «desarrollo». Nunca se ha podido reflexionar en la revelación hecha a *Abraham, Isaac y Jacob*, cumplida en Jesús, continuada por los apóstoles, sin que surja en la mente la idea de un cambio, de un progreso. Pero el siglo que se acaba ha visto esta idea escrita con letras de oro en el concilio Vaticano.

Digamos que antes del último concilio se comparaba la obra de Dios con una construcción. Después del concilio, se la ha comparado mejor con un río cuyo curso se remonta, del que se describen los sucesivos afluentes. Y tal y como lo presintió San Agustín, en la Escritura se escucha «el canto de un compositor inefable». Es una música celestial.

Y así es cómo, a mi modo de ver, existe una secreta armonía entre el destino individual y la historia universal. Mis lectores saben que yo considero la vida humana como un desarrollo, obstaculizado efectivamente, pero irreversible, que arrastra todos los destinos hacia un «final de los tiempos» y cuyo fluir queda limitado por una eterna presencia llamada Eternidad. La Biblia comienza con un comienzo, pero ese comienzo relatado en el Génesis se precipita lentamente hasta un *apocalipsis*.

Vuelvo al año 1935, cuando soy alumno de la Escuela bíblica de Jerusalén bajo el cayado del Padre Lagrange, aunque el Padre no ignora que soy también el enviado del cardenal Tisserant, poderoso entonces en la Curia.

Su sorprendente carrera nace de un encuentro casual.

He escrito en alguna parte que «el amor es una casualidad en la que ha creído el corazón».

Esta casualidad en la que «había creído» Eugène Tisserant fue el encuentro que, como oscuro bibliotecario, tuvo con otro oscuro bibliotecario milanés, Achille Ratti. Del cruce de estas dos oscuridades iba a surgir una chispa y, progresivamente, la idea de la publicación del Génesis del Padre Lagrange.

El oscuro sacerdote milanés llegó a arzobispo de Milán y fue elegido en el cónclave de 1922. Tomó el nombre de Pío XI. Una de sus primeras decisiones fue la de hacer cardenal a Tisserant.

Entonces el Génesis salió de su tumba.

Tisserant sabía que Pío XI tenía la curiosa y feliz debilidad de ser más sensible que los «teólogos» romanos de su tiempo al criterio de los laicos competentes. El Cardenal proyectó una *combinación.* Se trataba en primer lugar de redactar una *memoria,* corta y densa, donde quedaría expuesta nuestra estrategia.

Se decía en Roma por los teólogos hostiles a la Escuela de Jerusalén que el comentario de Lagrange sobre el Génesis, inspirado en métodos «racionalistas», era un peligro para la fe de los seminaristas. Nosotros queríamos demostrar precisamente lo contrario: que «la génesis del Génesis» escrita por el Padre Lagrange aportaba una confirmación nueva a la «defensa e ilustración de la fe».

Pasé muchas horas escribiendo esa memoria, tratando de ser breve, sincero y claro, grato a los lectores franceses y romanos, dirigiendo a Dios la plegaria de Tolstoi: «Dios mío, dame la sencillez del estilo».

La redacción de la memoria no fue lo más complicado. El Cardenal me había indicado que debía ir firmada por varios académicos, para proporcionarle peso y autoridad ante el Papa, que tanto respetaba a los «miembros del Instituto» de Francia.

Fue la primera vez que tuve ocasión de sorprender en su madriguera al animal académico; de trabajar, como dicen los toreros «cogiendo el toro por los cuernos». En la avanzada edad en la que ya estoy, he tenido que aprender a ser amable más allá de lo prudente, a hacer elogios des-

proporcionados y a prometer en ocasiones más de lo que puedo cumplir. Algunas de mis visitas a los «grandes hombres» fueron inútiles. Hubo quien se negó a firmar la memoria para no perder su buena reputación en los ambientes romanos. Hubo también excepciones y logré recoger siete u ocho firmas.

Recuerdo la acogida de Georges Goyau, que era entonces «secretario perpetuo» de la Academia francesa. Me dijo: «Yo firmo su memoria con las dos manos».

Había pues comenzado el combate de vanguardia, enviado las patrullas, sufrido las escaramuzas. Nada definitivo. El verdadero combate estaba por librarse, hasta que me enfrentara a... Pío XI, o a su secretario de Estado el cardenal Pacelli (que le sucedería como Pío XII). En una ocasión pedí al Papa Pablo VI que, muy joven, había estado al servicio de Pío XII, que me diera su opinión. Sonrió; me respondió citando un versículo del «Dies irae»: *«Rex tremendae majestatis»,* «Un rey cuya majestad hace temblar»...

Pero una voz me susurraba: «¡No temas!». La experiencia de la vida me ha enseñado que, entre todas las habilidades, la más hábil es decir la verdad cueste lo que cueste. Porque la verdad es hija del tiempo: y está segura de vencer en el último día del Juicio.

Para enfrentarme con Pío XI y el cardenal Pacelli, contaba con el apoyo del P. Chaine, profesor de Sagrada Escritura en Lyon y que, igual que Guignol, era valiente por inocencia y por bondad. En Lyon, la ciudad de los dos ríos, los extremos se tocan.

De pronto, Pacelli planteó a Chaine una pregunta indiscreta, insidiosa, a la que yo jamás habría osado contestar: «Padre, le dijo, ¿quiere usted decirme, con toda sinceridad, lo que los sabios franceses en vuestros institutos y en vuestras academias piensan sobre nuestros métodos romanos? Y, en concreto, dígame qué importancia se otorga a los decretos de nuestra comisión bíblica». El ingenuo respondió sin turbarse: «Eminencia, en Francia se les otorga un valor absolutamente nulo».

El Cardenal se pellizcó los labios: interrumpió la entrevista sin la menor bendición. Se limitó a indicarnos que

presentaría nuestra memoria a Pío XI. El cardenal Tisserant me dijo después que su amigo le había confiado: «Esta cuestión bíblica es temible. Se la voy a dejar a mi sucesor».

En 1943, yo estaba prisionero en un campo alemán de Silesia, cuando nos llegó la encíclica de Pío XII que empezaba por tres palabras latinas, *Divino afflante Spiritus.* En aquel ambiente espantoso, significó una alegría. Esta encíclica no contradecía nada de lo escrito anteriormente, pero a través de unos detalles casi imperceptibles, percibí que se corría un cerrojo. Hay una gran diferencia entre una puerta cerrada y una que se puede abrir, por la que puede entrar el aire.

La encíclica traía un espíritu nuevo que era el del Padre Lagrange. Introducía un concepto, desconocido hasta entonces en los documentos oficiales, que iba a transformar la atmósfera bíblica: el de los «géneros literarios». Permitía pensar que, sobre todo en el Antiguo Testamento, los diferentes textos no pertenecían al mismo «género literario». Unos eran historia; otros, comentario y, en el límite, leyenda. Había, pues, en la palabra divina grados diferentes de afirmación, que correspondía a los exégetas definir. Desde este punto de vista la obra del Padre Lagrange quedaba confirmada y bendecida. Era una fecha en la «cuestión bíblica», sobre todo en las relaciones entre los exégetas católicos y la autoridad romana.

Recuerdo que, en mi campo de concentración de Silesia, el pastor protestante Hérubel me estrechó la mano, diciéndome que una era nueva acababa de nacer en el ecumenismo...

Durante mi misión romana, había sido apoyado por el cardenal Tisserant. Él fue quien diseñó toda la estrategia. Me decía con frecuencia que en el Padre Lagrange veía una reedición de San Jerónimo.

«He redactado completamente un comentario sobre el Génesis aprobado por mi superior, el Padre Cormier, siguiendo el dictamen favorable de dos censores, escribía Lagrange. Pero su impresión ha sido interrumpida por orden de la Santa Sede [...]. Si el obstáculo es insalvable me dedicaré a una obra sobre los misterios de Eleusis y de Attis».

Con el fin de preparar una edición definitiva de su comentario sobre el Génesis, Lagrange trabajaba con su fiel discípulo el Padre Vincent. «Su ardor, decía Vincent, es constante, infatigable; su amor por las almas, su espíritu sobrenatural, su admirable serenidad, son para mí más que nunca la lección más eficaz y el ejemplo más estimulante».

Sin embargo, el Padre Lagrange no se hacía muchas ilusiones sobre la suerte reservada a su Génesis: «Mi proyecto, le escribía a una hermana dominica, no tiene de momento ninguna posibilidad de realizarse y debe permanecer secreto[1]».

En su prólogo a *La Vida de Jesús,* Renan escribió: «Día y noche, me atrevo a decir, he reflexionado en las cuestiones que deben ser formuladas sin más prejuicios que los que constituyen la esencia misma de la razón». Yo refrendo esta frase como Renan, pero con una ventaja sobre él: yo creo que mi mente es más abierta que la suya, porque mi razón no niega el milagro *a priori.*

En aquella época conocí a Mme Saint-René Taillandier que, en su juventud, había comido una vez en casa de Renan. Había leído la siguiente frase: «No es porque se me haya demostrado previamente que los Evangelios no merecen una credibilidad absoluta por lo que rechazo los milagros. Sino que, porque relatan milagros es por lo que digo que los Evangelios son leyendas». Y Renan también afirmó muchas veces que «sólo las gentes crédulas creen ver milagros, no se puede citar ninguno que haya ocurrido delante de testigos capaces de comprobarlos».

La comida continuó. Entre la fruta y el queso, Renan insistió en su idea y expuso el axioma siguiente: creería ciertamente en un milagro si un día ese milagro se realizaba en la Academia y concretamente en una sesión de la de Ciencias. Entonces, Mme Saint-René Taillandier, aunque era muy tímida según me dijo, tuvo la audacia de tomar la palabra delante del gran hombre y de repetir que aquello

[1] Ver en anexo el texto sobre la situación en que se puso a los exégetas franceses.

no ocurriría jamás: puesto que el milagro estaba prohibido, no se produciría.

Advierto que Mme Saint-René Taillandier, de soltera Chevrillon, era sobrina de Taine. Y, al escribir sobre el Evangelio, resumiendo toda su experiencia, manifestó: «Esos relatos, esos milagros, esas predicciones han podido hacernos decir a nosotros también, como a los apóstoles cuando María les anunció la Resurrección: "No creamos a esas mujeres, esos son delirios". Y luego, un día, como los siete en el mar de Tiberíades, trayendo las redes en su barca, pudimos percibir a Aquel que esperaba junto a un fuego encendido, y la voz que le decía a Pedro "Es el Señor" nos ha susurrado en el corazón: "¡Es Él!"».

Tisserant y Lagrange se parecían. Ambos conocían las lenguas que permiten descifrar la Biblia, desde el asirio al griego. Me los imaginaba como dos bueyes uncidos al mismo yugo. Tanto como el Padre Lagrange tenía de amable y de cortés, tenía de hosco el Cardenal. Ocultaba su ternura y su timidez bajo la rudeza. Recuerdo que un día, en la Academia, le pidieron que contara el viaje que había hecho a Jerusalén con el Papa Pablo VI. Lo hizo con una precisión de jefe de estación, indicando que habían salido del aeropuerto de Fiumicino a las once treinta y siete, que habían llegado al Calvario a las doce y trece y habían regresado al día siguiente a las nueve cuarenta y dos. Recuerdo que, después de oírlo, se me acercó Marcel Pagnol para decirme: «¿Ha oído usted a nuestro Cardenal? ¿Sabe acaso lo que es la emoción? Yo, Pagnol, en el Calvario, habría llorado como un becerro. El Cardenal miró su reloj». Repliqué a Pagnol que se podía ser Cardenal sin ser místico y ser místico siendo escritor de comedias como el autor de *La Gloire de mon père.*

El Cardenal prestaba gran atención a las definiciones de nuestro diccionario cuando se trataba de palabras procedentes de las ciencias. Pero se mostraba lejano cuando la Academia trataba de precisar el sentido de un término eclesiástico. Intervino para definir la palabra «colesterol» acerca de la cual podía aportar alguna luz, pero cuando la Academia abordó la palabra «concilio», pareció indiferente.

Había tomado parte en tres cónclaves: aunque era mu-

do como una pared, pude intuir que, en esas tres ocasiones, su candidato no se cubrió con la tiara. Era un hombre magnífico, que se parecía al Cardenal La Vigerie del pintor Bonnat. Tenía una salud de hierro, no conocía ni la enfermedad ni el insomnio. Era capaz no sólo de saltarse una comida, sino, lo que es más difícil, si después de una comida copiosa se acordaba de que había aceptado una invitación para ese mismo día, podía ponerse a comer de nuevo sin ningún inconveniente.

Un día en que yo le estaba hablando de un eventual sucesor en la Academia, me atreví a decir con el fin de darme cierto margen: «Cuando Vuestra Eminencia, dentro de treinta años nos haya dejado...». El Cardenal me interrumpió para decirme: «¡Pero, mi pobre Guitton, se olvida usted de que dentro de treinta años yo tendré ciento diez años!».

Boceto para un rostro

Cuando las mañanas de mayo de 1935 yo visitaba al Padre Lagrange en su blanca celda, la blancura de su ropa proyectaba su sombra sobre la blancura de las paredes. Vestía el hábito de los Padres dominicos, el hábito de aquel Lacordaire de ardiente mirada que Chassériau introdujo en el Louvre: capucha, escapulario, hábito, capa negra. Al final de este siglo en el que estamos cada vez más deslumbrados por los colores y aunque yo sea un apasionado del color –ese lujo inútil con el que el Creador parece anunciar otra forma de creación, quizá los cuerpos gloriosos–, me sorprendo al verme preferir el blanco y negro que parece una palabra rodeada de vacío y de silencio.

El Padre Lagrange no cesaba de trabajar. Aquel trabajo continuo me resultaba semejante al del insecto o la marea; diría aún más: al trabajo incesante de los relojes que miden el tiempo, los siglos que escanden la historia. A veces, aquel trabajador sin tregua me citaba –como su hermano de tarea Sr. Pouget– la frase de Jesús en el Evangelio de San Juan: *«Pater meus usque modo operatur et ego operor»* («Mi padre no cesa de trabajar. Y yo también trabajo»).

Durante la mañana, el Padre solía tener la puerta cerrada. ¿Qué hacía? Había terminado de rezar: trabajaba.

¿Podría hablarle durante el recreo?: no ha venido. ¿Dónde está? Trabajando. Y por la tarde, después de la siesta no se le puede molestar: está trabajando.

Afortunadamente, cayó enfermo, y entonces ya pude verlo: acostado, distendido, objeto de contemplación. ¡Cuántas veces he intentado dibujarlo in mente, pintarlo sin paleta ni pinceles! Su nariz era fácil de reproducir: era un promontorio. Observé que tenía un pequeño agujero en el cráneo, en el lado izquierdo. Su barba estaba recortada precipitadamente. En aquella época previa a la Primera Guerra, aquella barba puntiaguda y triangular era un signo de elevadas funciones, en el Parlamento, en la Universidad (quizá también en la masonería, para los iniciados). Yo observaba su mirada; sus ojos transparentes, asustados como los de los conejos de largas orejas, atravesados por un destello cuando de golpe se le ocurría una idea, o recordaba un comentario.

En los pintores de iconos o en los escultores de las iglesias romanas, reconocemos el texto sibilino del profeta Ezequiel cuando, en cautividad, vio entreabrirse los cielos y aparecer cuatro animales con semejanza humana. «Tenían, dice la Escritura, un rostro de león a la derecha los cuatro, un rostro de toro a la izquierda los cuatro y un rostro de águila los cuatro. De ellos salían relámpagos».

Era tentadora la idea de ver en estos cuatro una imagen de los cuatro evangelistas, como ocurrió en la Edad Media. El hombre sería figura de San Mateo; el león San Marcos; el toro San Lucas. Y evidentemente, San Juan era el águila.

Ruego que se me excuse por haber buscado yo también las semejanzas de los cuatro exégetas que fueron mis guías en el campo de las Escrituras, Grandmaison, Lagrange, Loisy, Pouget (por orden alfabético). En cuanto a Loisy, no lo dudo un momento, pertenece a la especie de los roedores, donde se encuentran los lirones, los castores y las ardillas: sin caninos, pero con unos incisivos tallados en bisel, que les permiten roer sin tregua. Así utilizaba Loisy sus incisivos sobre los textos evangélicos. Monsieur Pouget era bovino. Grandmaison, humano. En cuanto al Padre La-

grange, yo veía en él el león del desierto, de fiero pelaje, con la melena agitada por el viento, majestuoso en reposo y dispuesto a saltar sobre la cabra, la jirafa o el antílope.

El Padre Lagrange no ha sido todavía adoptado por el gran público. Este libro está escrito para introducirlo entre los espíritus que tanto se interesan por la exégesis. Loisy me decía que leía una página de Fénelon para tenerlo como modelo. Y yo he sabido que Monseñor Duchesne hojeaba a Voltaire. El Padre Lagrange no tomaba esas precauciones. Discutíamos amigablemente sobre el empleo de las *tachaduras.* Yo le aconsejaba que *tachara* más, afirmando que la *tachadura* es análoga al cilicio, una mortificación que el escritor se impone para lograr mayor precisión, claridad o interés; y que un auténtico religioso debería tachar mucho. Me acuerdo de una de sus contestaciones: «Ya sé que soy oscuro, pero eso es consecuencia de un consejo de mi maestro de novicios, que le voy a repetir al oído: "No hay que querer trovar más alto que el laúd"».

A veces lo sorprendía en su blanca celda mientras trabajaba. Utilizaba unas enormes hojas rectangulares y las cubría con su caligrafía de hormiga. Allí no había *tachaduras.*

Yo tenía que cumplir la misión de Tisserant a lo largo de aquellas conversaciones de Jerusalén. A pesar de la memoria que redacté y envié a Roma sobre la situación de los exégetas, Pío XI no cedía. El Papa que diez años después daría completamente la razón, por medio de la encíclica citada, al método del Padre Lagrange convertido en el fundamento de los estudios bíblicos del siglo XX, creía prematura aún la publicación de su comentario sobre el Génesis.

En Roma nuestra *combinazione* con Tisserant había fracasado. Yo era el encargado de decirle al Padre Lagrange que esperara todavía, que aplazara la publicación.

En Jerusalén, el Padre Lagrange escuchó el mensaje que el Cardenal me había encargado que le transmitiera. Se rindió ante mis razones y aceptó diferir la publicación de su comentario sobre el Génesis.

Aun sabiendo, como Galileo, que tenía razón, estuvo de acuerdo en darle tiempo al tiempo.

2.
JERUSALÉN

Me cuesta trabajo estudiar el pensamiento de un autor sin verlo materializado en su carne y en sus huesos. Tengo que enraizarlo en la tierra, encarnarlo. Cuando estudiaba a Platón, Plotino, Pascal o Spinoza, buscaba estatuas, grabados en donde pudiera hallar sus rostros. Y, siempre que podía, tomaba el pincel para pintarlos con el fin de mejor conocerlos, como lo hice en Jerusalén contemplando al Padre Lagrange.

Sobre todo, sentía avidez de captarlos en lo ordinario. El encanto de los escritos de Platón cuando nos habla de Sócrates, consiste en que reproduce su conversación intrascendente. «Que no se piense, escribía Pascal, que Platón y Aristóteles se revestían pomposamente de pedantes. Eran gentes sencillas como los demás, que bromeaban con sus amigos». Lo que yo disfrutaba durante mi estancia en Jerusalén era poder «decir naderías» con el Padre Lagrange. ¿Cómo hacérselo decir a mi lector en esta lengua que no tiene la flexibilidad, la desenvoltura griega?

Al acercarme a sus muros, yo sabía que Jerusalén me iba a revelar a un hombre, y que este hombre me iba a revelar Jerusalén por medio de un constante intercambio de luces, una visible y la otra invisible.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! No eres una ciudad parecida a las demás. Eres el único lugar del universo que ha sido considerado digno de recibir la visita del Ser que es el centro del universo. Eres, en la inmensa esfera de las cosas, el centro inmóvil, y parece como si todos los puntos de la circunferencia girasen alrededor de esa inmovilidad.

Al acercarme a Jerusalén, yo pensaba en el significado de la palabra *lugar.* El lugar es el rincón de la tierra en el que ocurre algo o en el que algo va a ocurrir. Hay un lugar para el nacimiento, hay un lugar para la muerte, hay un lugar para la Revelación.

El lugar en el que voy a descubrir al Padre Lagrange, ¿se parecerá a los demás lugares de la tierra? ¿Mostrará alguna característica única en su género?

¡Qué decepción cuando llegué a Jerusalén! Inmundicias, olores rancios; chavales que juegan, un gallo que canta como en la madrugada de la Pasión. Un herrero que golpea un coche que gime; en resumen, una ciudad como las demás en todo lo que tiene de banal, de vulgar. La ciudad de Jerusalén que conoció Jesús, debía ser sucia, mezquina, contaminada, como nuestras ciudades modernas.

Afortunadamente, en Jerusalén había auroras y crepúsculos. Me gustaba ver cómo se descomponía la luz; me gustaba contemplar las estrellas, sobre todo después de la caída del día. Entonces, me parecía que vibraban. No me extrañaba que el Evangelio de San Lucas las haya visto desplazarse para guiar a los Magos hacia el pesebre. A veces no me cansaba de preguntarme si en una estrella, distante dos mil años, no se hallaría la imagen óptica de la Pasión presente en este mismo momento... o si el espacio indefinido no sería como el sepulcro de todas las historias.

Llegué a Jerusalén en día de fiesta. El Padre Lagrange celebraba sus ochenta años.

Habíamos hecho imprimir en secreto una serie de homenajes escritos acerca de su obra, y el cardenal Liénart les había hecho un prólogo. El abad Thellier de Poncheville se encontraba en Jerusalén con varios sacerdotes amigos, entre ellos uno que se llamaba Papillon, y los monjes de la Escuela Bíblica habían recibido al Abad como a un príncipe. Le habían invitado a compartir la comida de los Padres dominicos, lo cual es privilegio de los embajadores y de los obispos. El Abad Thellier, que era la elocuencia en persona, tomó la palabra para celebrar los ochenta años del Padre Lagrange. Thellier, que era la Palabra encarna-

da, rendía homenaje a la Escritura. Pero Palabra y Escritura estaban aquel día deseosas de ocultar su esplendor. Lagrange y Thellier sentían tal respeto el uno por el otro, que no llegué a oír el menor elogio. Sólo hubo dos detonaciones breves, como en un duelo a pistola.

Jerusalén es una ciudad sin río. Se podría decir también que es una ciudad sin tierra y sin campo. Rodeada de abismos, edificada sobre roca.

Treinta y nueve veces conquistada; cuarenta veces Jerusalén había sido liberada.

Es una ciudad de la piedra, pero es también una ciudad de la luz (la palabra luz aparece en la Biblia doscientas seis veces). Voy a concretar: Jerusalén es una ciudad de la luz en cuanto que la luz es proyectada cada día sobre la piedra.

Sí, en Jerusalén la luz no cesa de acariciar la piedra: unas veces con un tinte de ocre muy pálido, otras veces con un granate tirando a rojo. Al mediodía todo está incandescente. Luego, el sol cae de repente. Entonces la tierra conserva una claridad difusa y las estrellas se encienden como las lámparas del día de Sabbat según el Evangelio de San Lucas.

Jerusalén es un centro de adoración para las tres religiones monoteístas, la judía, la cristiana, la mahometana. Jerusalén reúne todas las épocas de la historia humana. He visitado grutas donde vivía el hombre de la prehistoria hace doce mil años, y esas grutas son ahora vecinas de los laboratorios nucleares. En Jerusalén todo es contemporáneo. Se abarca toda la ciudad en la pupila, y Jesús que estaba prendado de las más amplias síntesis, podía contemplar el universo cuando subía al monte de los Olivos. Al oeste, quedaban la ciudad y su templo, y si Jesús hubiera prolongado la línea, habría llegado a Roma.

Por el contrario, cuando Jesús volvía el rostro hacia el este, podía imaginar todos los desiertos del planeta hasta la China. Ahora, Jerusalén es el nudo de comunicaciones entre el Atlántico y el océano Índico. Jerusalén no está lejos de ese famoso nudo del Globo llamado precisamente el Golfo y que en 1991 fue el centro de dramas.

He encontrado la carta que le escribí a mi padre el 22

de febrero de 1935 contándole mis primeras impresiones. Es muy ingenua.

«Querido papá:

»Antes de salir para Siria, te envío este voluminoso correo que incluye la relación de la frustrada excursión geológico-arqueológica. Seguimos bajo la lluvia: no se había visto esto desde 1924. El país está reverdecido.

»Me pides que te describa los lugares y las gentes que observo. En efecto, no te he dado muchos detalles sobre las personas. Ya conoces al Padre Lagrange y sus excepcionales cualidades. Es un hombre siempre ocupado, vivo, agitado y al que a menudo se tiene la impresión de fastidiar, de molestar y de distraer. Es muy cándido. Me ha dicho que por fin ha encontrado a un jesuita que le comprende, que se muestra amable con él. Pregunto el nombre de ese pájaro, y me entero de que se llama Stanislas Lyonnet. El Padre Lagrange incluso ha puesto en su próximo libro de seiscientas páginas: "Con la colaboración del Padre Stanislas Lyonnet S.J.". Creo que así espera reconciliarse con la Compañía, a quien teme mucho. En Jerusalén, los jesuitas se disponen a comerse la Escuela bíblica en cuanto que muera, y me parece que lo conseguirán.

»Además del Padre Lagrange, está el Padre Abel, un Padre rabelesiano: después del almuerzo le hablé de las veces que se cita su obra en la guía: "No hablemos de citas en este momento", me dijo. Muy experto en topografía palestina.

»El Padre Vincent es el discípulo preferido del Padre Lagrange, el experto en lugares, muy educado, muy amable, admirablemente informado.

»El Padre Dumeste, que dirige las excursiones, es un meridional.

»Los otros son frailes de menos de treinta y tres años. Pero en la excursión toman parte algunos alumnos de fuera. Yo iba en un coche con un carmelita español de voz de tenor, el Padre Isidoro, un dominico italiano, el Padre Vittonato, un benedictino alemán, un sacerdote checoslovaco, y el chófer era árabe. Hablábamos francés, pero un francés extraordinario. Almuerzo con un joven pastor deportista, tipo inglés: su abuela era rusa, su hermano ale-

mán estuvo formándose en Francia durante la guerra. Es muy amable y muy bueno conmigo: todas las noches me da una lección de alemán. Nos sirve el hermano Etienne; Isaías es su nombre de bautismo y tiene un hermano que se encarga de la administración de la casa: el hermano Mathieu, cuyo nombre de bautismo es Elías. El hermano Etienne tiene setenta años, una barba que parece un río y un alma inocente. Busca en la cuarta página de los periódicos una droga que me haga crecer el pelo. Se cuenta que, al encontrar a un ladrón escondido en el confesonario, le dijo: "Haga el favor de retirarse, caballero, pues voy a cerrar la iglesia". La cocina es sobreabundante. Por ejemplo, esta mañana viernes: sopa, rábanos, sardinas, quesos, mermelada, naranja, café. Por la tarde a las cinco, tomo una comida, también copiosa. Nos acostamos hacia las nueve y media.

»La vida de los Padres es un poco monótona. Ningún apostolado, ni ministerio. Por lo demás, ya sabes que los cristianos de cada confesión son unos figurantes pagados por los santuarios, que se entregan al mejor postor. El apostolado no se puede hacer más que con mucho dinero. No obstante, hay católicos y obras de caridad admirables, ya que ellos solos cuidan a los menesterosos.

»Lo que me parece duro en la vida religiosa es soportarse mutuamente. El Padre Lagrange resuelve este problema viviendo aislado, y cada uno hace un poco lo mismo. Uno se pregunta dónde está la vida en común, fuera de los ejercicios».

3.
CONVERSACIONES EN JERUSALÉN

Inicié mi relación con el Padre Lagrange con motivo de una traducción que hice del Cantar de los Cantares. En un librito presenté el Cantar como un drama en el que intervienen tres personajes. Veía en él una etapa del desarrollo de la personalidad femenina en Israel, ya que la Sulamita, que es la heroína de este Cantar y que se muestra como una campesina, prefiere su esposo que es un pastor a Salomón que es un rey.

Si el rey me hubiera dado
París, su gran ciudad,
habría tenido que dejar
el amor de mi vida.
Yo diría al rey Henri:
Quédate con tu París;
prefiero a mi amiga, ¡oh alegría!
Prefiero a mi amiga.

La hipótesis de los tres personajes en el Cantar ha sido formulada por célebres exégetas desde Jacobi (1771). Goethe estuvo de acuerdo. Y estuvo de acuerdo Renan. Pero Renan veía en el Cantar una obra de amor profano, un drama erótico. Mi maestro de exégesis, el Padre Pouget, me había demostrado sin embargo que el Cantar de los Cantares, situado en la tradición judía, era como el germen del descubrimiento de la mujer en cuanto persona humana. Por supuesto, el Cantar tiene un sentido místico y alegórico del que se han nutrido grandes místicos como Teresa de Ávila. Pero este sentido supremo y sensible tiene como base un sentimiento real y literal que es el sentimien-

to de un amor profano. Ese principio, aceptado después por el concilio Vaticano II siguiendo los trabajos del Padre Lagrange, me había guiado en 1930, cuando publiqué mi edición del Cantar de los Cantares. Envié esa edición al Padre Lagrange, a quien sólo conocía por haberme encontrado con él en Isère. Y el Padre me escribió el 5 de agosto de 1933. «He leído enseguida el manuscrito: me he quedado maravillado. Creo que es un hallazgo. Cuando el problema literario del drama parecía insoluble. Me costó trabajo leer su manuscrito: la tinta era muy pálida y las hojas estaban algo desordenadas». Y el 16 de marzo de 1934, me escribía: «Ahora sí que estoy maravillado de verdad. Creo haberle indicado que su trabajo era un boceto, ahora es un cuadro perfecto. Me parece admirable, muy acertado. Me sentiría desolado si no pudiera publicarse. Me sentiría orgulloso por los *Estudios bíblicos*».

Sobre Eros

Cosa extraña, mi primera conversación con el Padre Lagrange versó sobre un pasaje dificultoso del Cantar de los Cantares. Yo había escrito: «Tu hablar es como vino exquisito», y la Sulamita respondió a Salomón: «Vino que va directo a mi amado, pero que se desliza por los labios de los durmientes». El Sr. Pouget me había aconsejado otra traducción: «que se desliza por los labios de los ancianos». Esta traducción, que sustituía a los durmientes por los ancianos, había sido aprobada por el Padre Lagrange.

Todo consistía en un detalle infinitamente pequeño. Se trataba de saber cómo había que traducir la palabra hebrea *yeshènim*. Me resulta extraño el haberme apasionado por ese problema insignificante. Pero el Padre Lagrange me enseñó que nunca podemos saber lo que importa y lo que no importa, pues no hay detalles desde el punto de vista de Dios, ya que Él se revela lo mismo en una mota de polvo que en el esplendor de los cielos. Dios está oculto en la hostia, y también se esconde tras una iota. Según Antoine Guillaumont, miembro del Instituto y especialista en

hebreo, la traducción por «los ancianos» ya no es aceptada: se diría más bien *zeqènim.*

Las versiones antiguas (griega, siriaca, latina) leen *weshinnim,* «y los dientes», lectura que recomienda Kittel en su aparato crítico.

Reconozco haberme equivocado y sacrifico los ancianos a los *durmientes.* Que el Padre Lagrange me perdone.

Yo sabía que un pequeño detalle puede cambiar una interpretación. Yo había sido en la Escuela normal alumno de M. Carcopino, que era un apasionado de los pequeños detalles de la Historia, de esos signos imperceptibles: tenía algo de Sherlock Holmes. Recuerdo un caso notable. Cerca del famoso *Trofeo,* donde están enterrados los huesos de San Pedro, se había descubierto una inscripción enigmática: todo se cifraba en el más pequeño de los detalles. Se podía leer *«Petros eni»,* es decir, «Pedro está aquí». Se podía leer también *«Petros endei»,* es decir, «Pedro no está aquí». De esta manera, el significado de dicha inscripción cambiaba radicalmente por una iota, por una delta. Si el Padre Lagrange se hubiera enterado de esta ambigüedad, se habría sentido encantado y me habría repetido que el infinito puede descansar en lo ínfimo.

Transcribo las notas que tomé en Jerusalén a raíz de una entrevista con el Padre Lagrange.

«Ya sabe usted, me dijo, lo que pienso de *La Vida de Jesús* de Renan, ese libro que, en el siglo pasado, fue la Biblia de la incredulidad culta y de la popular. Se trataba de un examen en el que Jesús sacaba un diez en humanidad y un cero en divinidad. Hay, sin embargo, que reconocer que Renan tenía su mérito y su valor. Fue él quien, en un siglo en el que la exégesis alemana negaba todo valor histórico al Evangelio de San Juan, restituyó a este Evangelio su autenticidad histórica. Permítame leerle estas líneas de Renan: "A la lectura de los textos he añadido la vista de los lugares donde se produjeron los acontecimientos. He visitado Jerusalén, Hebrón y Samaria. No dejé pasar ninguna localidad importante en la vida de Jesús. Así tomó cuerpo con una solidez asombrosa toda una historia que, a distan-

cia, parece flotar en las nubes de un mundo irreal. La sorprendente concordancia de textos y lugares, la maravillosa armonía del ideal evangélico que le sirve de marco fueron una revelación para mí. Tuve ante los ojos un quinto Evangelio, deteriorado pero legible aún, y en adelante, a través de los relatos de Mateo y de Marcos, contemplé moverse y vivir una figura humana admirable, en lugar de un ser abstracto"».

Oyendo al Padre Lagrange citar a Renan, me acordé de lo que me había dicho Mrs. Soames, la hija de Churchill sobre su educación religiosa. Churchill le había hecho leer *La Vida de Jesús* de Renan, para que tomara conciencia de la realidad del Cristo encarnado.

Entonces el Padre Lagrange me habló del cuarto Evangelio, el de San Juan, el del Águila, cuya actualidad histórica se está descubriendo en nuestros días. Me dijo que hay en él dos aspectos inseparables: uno, el de ser un drama (el más sublime de todos los dramas) y el otro, el de proporcionarnos el eco de palabras realmente escuchadas. En esta ocasión, me comentó:

«Permítame usted recordarle que Ernest Psichari, el nieto de Renan, iba a hacerse dominico, cuando lo mataron en Rossignol el 22 de agosto de 1914. Ernest no había dejado nunca de querer a su abuelo, a pesar del dolor que le causaba el libro de Renan sobre Jesús. Había "tomado el partido de sus padres en contra de sus padres", recuperando la fe a través de la disciplina de las armas. Como su amigo Jacques Maritain, había colocado el sacrificio por encima de la gloria humana y ofreció su vida para compensar y (sin duda) rescatar para la eternidad a quien tanto había amado...».

Loisy

Como Lagrange sabía que yo había conocido y apreciado mucho a Loisy, me estuvo haciendo preguntas sobre él. Porque Loisy no sólo era su adversario, sino un contrario con quien no dejaba de cruzar el acero, el que él mismo

habría podido ser, si no hubiera sido lo que fue, aquel del que en Roma le acusaban de ser un seguidor vergonzante.

Entonces le repetí lo que he contado en mis libros, que en 1930 conocí a Loisy como consecuencia de mi tesis sobre Newman y que seguí su curso sobre el Evangelio de San Marcos en el Colegio de Francia. El Padre me interrumpía: «Hábleme de aquellas clases». Entraba, respondía yo, vestido con el gran cordón de la excomunión mayor. Con voz seca, inexpresiva, metálica, cortante, demostraba que casi ninguno de los versículos de Marcos son de Marcos, sino de un interpolador. Esta revelación era acogida piadosamente. Yo tenía la impresión de que el Loisy del Colegio no era el verdadero Loisy. Era el personaje que representaba para el gran público. El verdadero Loisy no vivía en la calle de las Escuelas, donde yo iba a visitarle, sino retirado en Moutiers-en-Der, donde fui a verle al final de sus días. Acababa diciembre. El sol salía de Capricornio. El frío era tan seco como la crítica de M. Loisy al Evangelio de San Marcos.

Allí me confesó sus padecimientos de cuerpo y de alma. Me dijo que siempre había sido un enfermo, que no podía sacarse un diente sin desmayarse. Colgaban de la pared los retratos de Fénelon, Lacordaire y Newman. Me enseñó una estatua de bronce de un Cristo cargado con la Cruz. Entonces llamaron a la puerta. «Entra, hija mía». Era una niña de seis años a quien enseñaba catecismo, comentando al Cristo de bronce al que ella llamaba «mi Jesús».

M. Loisy no paraba de quejarse: me repetía que lo habían expulsado de la Iglesia cuando sentía tanta satisfacción al celebrar la Misa. «Pero, le replicaba yo, usted no tenía fe». «Joven, me respondió, ¿sabe usted lo que es tener fe?». Me enseñó su pequeño huerto de la parroquia. Me enseñó su certificado de estudios: «el único título que me queda»; me mostró la mesa en la que había escrito *El Evangelio y la Iglesia*. «Tendría usted que escribir sobre este tema». Lo cual hice, trasponiendo las palabras del título. Mi libro se llamó *La Iglesia y el Evangelio.*

Después me dio el breviario llamado *diurnal* con que el sacerdote recita las horas del día: «De vez en cuando, rece

usted una oración por mí». Por último, me hizo leer el epitafio que deseaba fuera grabado sobre su tumba:

A LOISY
SACERDOTE
RETIRADO DE SU MINISTERIO
Y DE LA ENSEÑANZA
PROFESOR EN EL COLEGIO DE FRANCIA

y, bajo estas palabras, esta frase latina, bastante difícil de traducir:

Qui tuam in votis tenuit voluntatem

«Yo, como Renan, me explicó, he mantenido mis promesas: *in votis,* es decir, "en mis deseos"».

El Padre Lagrange me escuchaba en silencio, mientras yo dibujaba en negro sobre la pared su silueta encorvada. Cada uno de nosotros oculta en sí a su contrario. El santo al criminal, el creyente al que duda, el incrédulo oculta en sí a un cristiano que se ignora...

La armonía invisible

Uno de los principios en exégesis del Padre Lagrange procedía del célebre axioma de Heráclito: «Más vale acuerdo tácito que manifiesto». Lo había hecho imprimir en el anverso de su libro sobre el *Evangelio de Jesucristo,* aparecido en 1928.

El Padre Lagrange había reflexionado de continuo en la invisible armonía que reina entre determinados pasajes de los Evangelios. Esta íntima comparación exige no sólo un profundo conocimiento de las Escrituras, sino una reflexión constante sobre su secreta relación, que sólo puede ser el fruto de una vida entera consagrada al Evangelio.

Para proporcionar a mis lectorres un ejemplo de esta «armonía invisible», he elegido la comparación entre un pasaje de San Lucas y uno de San Juan. Siguiendo al Padre

Lagrange, querría hacer ver que San Lucas y San Juan se completan o, mejor dicho, que Juan completa a San Lucas.

Todo el mundo conoce el célebre episodio de Marta y María en el Evangelio de San Lucas. Representa para el cristiano las dos actitudes del alma, una activa y la otra contemplativa. Marta se afana en las tareas del hogar, mientras María recoge las enseñanzas del Señor y Jesús toma la palabra para decir: «María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada». Si nos limitáramos al Evangelio de San Lucas, ignoraríamos que Marta y María tienen un hermano llamado Lázaro. El Evangelio de Juan conoce a Lázaro. Es más, cuenta con amplios detalles un episodio extraordinario que se produjo poco antes de la Pasión y Resurrección de Jesús: la resurrección de Lázaro.

Si nos limitamos al Evangelio de Lucas, ignoraríamos que el pueblo de Marta y María se llamaba Betania, cuya situación nos indica Juan. Ignoraríamos también que Marta y María tenían un hermano. Pero, al comparar los textos de Lucas y Juan, comprobamos que el carácter de las dos hermanas es idéntico.

Los exégetas actuales no dejan de plantearse muy serias preguntas sobre esta armonía invisble. ¿Por qué ese milagro (extraordinario en la historia de Jesús) no consta en los Evangelios de Lucas, Marcos y Mateo predicados al pueblo? Y algunos autores modernos de la escuela de Bultmann no se privan de decir que el Evangelio de Juan es una leyenda teológica, un relato de apariencia histórica sin más objeto que enseñar, por medio de un mito muy concreto y detallado, la verdad teológica según la cual Jesús es «la Resurrección y la Vida».

Todo el problema que trata este libro, es decir, la historicidad de Jesús, está implicado en esta comparación entre Lucas y Juan y en el axioma de Heráclito sobre la armonía Invisible.

Planteemos la alternativa entre dos soluciones:

— O bien el relato de Juan sobre la resurrección de Lázaro es auténtico.

— O bien no es auténtico, es decir, es falso.

En el primer caso, que es la tesis del Padre Lagrange (y la mía), hay que explicar el motivo de que se haya produci-

do un silencio semejante sobre el hecho más extraordinario del Evangelio, a saber, una resurrección tan detallada.

O bien el relato ha sido inventado desde el principio hasta el fin y no es más que una leyenda simbólica para afirmar el poder de Jesús sobre la muerte, poder que ejerció sobre su amigo Lázaro antes de emplearlo sobre sí mismo.

La opinión del Padre Lagrange es que, después de la muerte de Jesús, la familia de Lázaro estaba amenazada por las autoridades judías. En los países donde impera una policía política, las personas sospechosas deben guardar silencio. Así es como explica el Padre Lagrange el silencio de los Evangelios escritos cuando la familia de Lázaro estaba aún amenazada. Pero en el momento en que se escribió el Evangelio de Juan, es decir, a finales del siglo primero, el peligro había desaparecido y el autor podía extenderse ampliamente sobre la resurrección de Lázaro.

Una vez más aparece el drama de la elección en la interpretación de los Evangelios. Únicamente podemos optar por dos soluciones y sólo dos:

O es verdadero. O es falso.

En el primer caso, la lectura de este episodio confirma la fe cristiana de una manera profunda y pura. En el segundo, hay que reconocer que la fe cristiana está basado no solamente en un falso testimonio, sino en una mentira.

4.
LOS VISITANTES DE MEDIANOCHE

Lagrange y el Padre de Foucauld

Charles de Foucauld gustó siempre de los disfraces y se pasó la vida cambiando de aspecto. El último, su preferido, fue el de mendigo, de extravagante, de «pobre diablo». Pero, lo mismo que sin duda a Cristo le resultaba indudablemente difícil disfrazarse de Jesús el Nazareno (porque, en el fondo de su ser, Cristo sabía muy bien que era Dios), al vizconde de Foucauld disfrazado de mendigo le resultaba difícil olvidarse de que era vizconde.

En Jerusalén, yo solía comparar al Padre Lagrange con Foucauld. Sus obsesiones eran parecidas. Ambos tenían el deseo de vivir en los mismos lugares que Jesús. Uno y otro había jurado llevar la paradoja hasta el límite: ser adoradores mudos, ignorados en medio del pueblo mahometano que, en las mezquitas, adora al Dios único varias veces al día. En este momento de la historia en el que escribo y cuando aún estamos obsesionados por medio siglo de conflictos en Oriente Medio y por las relaciones entre judíos, musulmanes y cristianos, recuerdo un diálogo con el Padre Lagrange:

—¿Recibió usted, Padre, a ese gran iniciador en el convento de San Esteban?

—Lo recibí; lo vi; lo escuché. No lo reconocí. No lo conocí. ¡Cuántas veces en la vida no reconocemos a quienes nos aman!

—Estaban hechos ustedes el uno para el otro.

—Quienes están hechos el uno para el otro deben vivir el uno sin el otro.

—El Padre Foucauld encontró en Judea y en Galilea la

poesía que había evocado en su relato de *Reconnaissance au Maroc.* Lo mismo que usted, Foucauld pensaba en una fundación bíblica. La Escuela bíblica y todas las comunidades donde se leen sus libros sobre la Biblia son análogos a los monasterios que él imaginaba.

El Padre Lagrange y Claudel

—¿Llegó usted a conocer a Claudel? En una ocasión dijo que su exégesis le producía horror. Yo creo que ve en usted un discípulo inconsciente de Renan, al que consideraba el diablo en persona.

—Lamento no haber podido hablar nunca con Claudel. Yo sabía lo que pensaba de mí y lamento profundamente no haberle manifestado la admiración que yo sentía por él.

—La Iglesia católica ha enseñado siempre que la Escritura tiene varios sentidos. Claudel sólo conocía el divino. Y usted, Padre, ha explorado sobre todo el sentido humano, literal e histórico de estas mismas Escrituras. A ojos de Claudel los exégetas de la Escuela bíblica son «esquiladores y peluqueros, que cortan un cabello en cuatro». Claudel le honra a usted, pero como las «ranas del Apocalipsis».

—Siempre he amado a mis adversarios, porque el enemigo nos revela a veces lo mejor de nosotros mismos, nuestra mitad desgarrada.

El 1 de junio de 1953, Claudel me recibió por primera y última vez en su vivienda parisiense de la avenida Lannes. El 9 de mayo me escribió para decirme que le había interesado el libro sobre Jesús que yo acababa de publicar:

«Me he tomado el tiempo preciso para leer su libro sobre Jesús desde el principio hasta el final. Es bueno comprender la profundidad y extensión de los misterios sobre los que descansa nuestra fe. El cristiano siente una especie de temor al ver que unos hechos inauditos a los que sólo llegaba a través de la fe, se le imponen por los caminos de la razón».

En realidad, era la definición del método del Padre Lagrange; a continuación me quedé estupefacto al oír que Claudel lo condenaba de nuevo. Me decía:

«Yo he estudiado la Biblia solo, sin libro y sin guía, porque estaba escrita por el Espíritu Santo y comprenderá usted que no pueda entender el trabajo de esos perversos exégetas como un tal Lagrange».

Delante de Claudel, que se encolerizaba como un león y que dirigía hacia mí unos ojos llenos de aspereza aunque atravesados por una especie de melancolía, yo intentaba expresar lo que me había seducido del Padre Lagrange. Claudel me decía:

«La *Revue biblique,* a la que estuve suscrito durante veinte años, me hizo un daño espantoso. Por ejemplo, el libro de Isaías que anuncia al Mesías en el capítulo VIII, describe sus padecimientos en el capítulo LIII y define la Iglesia en el capítulo LXVII, es evidentemente de una sola pieza. Lagrange pretende que ha sido compilado, zurcido, remendado con sub-Isaías, nada de Isaías, discípulos sin maestros, criados estúpidos. Así se destruye a Isaías. No queda nada de él. Eso me parece abominable. Voy a ponerle otro ejemplo. Cuando Job dice "Veo que mi redentor está vivo", los imbéciles de la Escuela bíblica no aceptan la palabra redentor y la traducen por "vengador", lo cual ya no significa nada».

Recuperé aliento para explicar a Claudel que «vengador» era la traducción correcta. Pero no me dejó hablar y continuó:

«El otro día estaba leyendo a San Bernardo. Él, por lo menos, sabía leer la Biblia: la sudaba por todos los poros. Mientras que su Santo Tomás ya anunciaba la exégesis Lagrange. Tomaba la Biblia en el sentido literal y no en el sentido alegórico, que es el sentido del Espíritu Santo».

Entonces yo, como un pastor sorprendido en la falda de un volcán repentinamente en erupción, traté de defender a Santo Tomás y al Padre Lagrange. Le dije a Claudel que el Padre Lagrange ponía de manifiesto el enraizamiento de la Ecritura en el suelo. Me interrumpió replicando:

«¿Cree usted que todas esas argucias críticas de Jerusalén habrán convertido a una sola alma? Conozco almas a

las que la escuela de Lagrange ha apartado de la palabra de Dios...

—Entonces, señor Claudel, me tiene usted que vomitar junto con el Padre Lagrange.

Y me respondió:

—Les amo a ambos, no les vomito».

Claudel me citó esta frase que Renan pronunció en el liceo Louis-le-Grand: «La barbarie está vencida irrevocablemente porque todo aspira a ser científico. La barbarie nunca poseerá artillería y si la tuviera, no sabría manejarla».

Yo veía la escena: el menudo Claudel como un toro sin cuello y Renan en su sillón, blando, sinuoso, parecido a un cerebro cuya materia es gris y las circunvoluciones fofas. Claudel y Renan eran adversarios. Renan le había hecho perder la fe igual que a su hermana Camille, famosa escultora, y aquélla era una herida de la que nunca se había curado.

«Mi hermana y yo leímos *La Vida de Jesús* escrita por Renan, y nos dijimos: "¿Por qué practicar esta religión que no tiene fundamento alguno para los espíritus críticos? Jesús nunca dijo que era Dios". Esto es lo que decíamos mi hermana y yo. Por supuesto, continuaba Claudel, yo sé que los profetas han hablado en la Biblia de una manera oscura y a veces ridícula y embrollada. Si ha visto usted alguna vez un nacimiento, habrá visto algo nuevo, salvaje, que surge en medio de los excrementos».

Al dejar a Claudel, escribí en mi agenda: «Es católico de una manera chocante, anárquica y magnífica. Realmente todo lo contrario de quienes, en nuestros días, tienen una manera cristiana, sabia, fina, amable y dulce, de ser cristianos».

Lagrange y Bultmann

El Padre Lagrange tenía espíritu profético. Se podía pensar que estaba encerrado en la exégesis de su tiempo, pero, como los grandes intuitivos, estaba atento a la exégesis de mañana. Prueba de ello es el interés que sentía por

quien, a final de este siglo, es el maestro indiscutible de la exégesis cristiana, protestante y católica, Rudolf Bultmann,

Como mi alemán era muy pobre y la lengua germana es la clave de la exégesis, por las tardes me deslizaba en la celda del Padre Lagrange para perfeccionar mis conocimientos y aumentar mi saber. Tenía la impresión de que Loisy sería pronto destronado en beneficio de Bultmann. Y el Padre Lagrange lo presentía. Fue él quien me hizo leer el célebre libro titulado *Die Geschichte der synoptichen Tradition.* Tengo guardado como una reliquia la obra de Rudolf Bultmann editada en Gottingen en 1921 y que consta de cuatrocientas ocho páginas.

Este libro, inspirador de la exégesis contemporánea, se propone explicar el Evangelio por medio de su generación: expone de manera nueva, comparable a los métodos de la geología y de la embriología, por qué proceso nuestros evangelios fueron compuestos a finales del siglo I. De manera que, en lugar de considerar los evangelios desprovistos de historia interna, Bultmann nos hace captar lo que yo llamo la generación de esos escritos a través de la predicación oral. Sin decirlo expresamente, da a entender que la Iglesia ha precedido al Evangelio, por decirlo de algún modo, y que la liturgia y la predicación de las primeras comunidades cristianas de finales del siglo I son el lugar y el momento de los que hay que partir para remontarse poco a poco hasta el Jesús histórico.

Se ve cómo el método de Bultmann era una verdadera revolución de la exégesis. Yo afirmaría que, en lugar de ir con el pueblo cristiano desde el Evangelio a la Iglesia, se le daba la vuelta al movimiento y se iba desde la Iglesia de finales del siglo I hasta el Evangelio, es decir, hasta la historia de Jesús que era vaga y dudosa. Se adivina hasta qué punto el método de Bultmann era opuesto a la convicción del Padre Lagrange que, en toda su obra, partió precisamente del carácter histórico de los evangelios. Se podría decir que Lagrange parte del pasado y Bultmann del presente, en el sentido de que Bultmann se ocupaba de la fe real de los fieles en el momento actual. También podríamos decir que los cristianos de hoy día son más bultmanianos que lagrangianos, pues tienen la experiencia de la pre-

sencia de Cristo en este momento de la Historia en el que viven, sin preocuparse en absoluto de la vida de Jesús tal como fue.

El doctor Rudolf Bultmann dividía los evangelios en pequeños fragmentos diferentes y separados. Y exponía que esas parcelas podían explicarse por el contexto: lo que los alemanes llaman *Sitz in Leben.* Por medio de este aspecto de su comentario, Bultmann completaba lo que antes había afirmado sobre el carácter posterior de la redacción de los evangelios. Y el Padre Lagrange me decía con un modesto orgullo: «En el fondo, no soy tan diferente de Bultmann, porque siempre he intentado situar los episodios de la vida de Jesús en su contexto histórico».

Y en un artículo publicado en la *Revue biblique* a propósito de Bultmann, Lagrange escribe: «Era el planteamiento del antiguo problema de las palabras y hechos auténticos y el de los añadidos por la comunidad. Pero, cuando se trataba de la creación de palabras de Jesús o de relatos de milagros, ¿quién se encargaba de hacerlo, quién se encargaba de imponerlos a los demás? Es la acción creadora de la comunidad. Se trata, en efecto, de una acción creadora muy consciente, pues cuando la comunidad palestina está bajo el cayado de Pedro, crea el *logion* que le otorga el poder de las llaves. Y cuando Pedro se va, constituye un colegio de administradores y le otorga autoridad inmediatamente creando el *logion* sobre el poder de los apóstoles. Esto no es más que una muestra de toda la obra de Bultmann, pero explica bien el postulado secreto que orienta a la obra entera de Bultmann y que consiste en resolver los problemas antes de que lleguen a plantearse».

La piedad del Padre Lagrange

Intentemos ahora penetrar en un terreno prohibido y privado, el de la bien llamada *vida interior.* Terreno terrible en el que, hasta entre los devotos, abundan los lugares comunes como malas hierbas. No hay nada tan delicado como hablar de la piedad sin fórmulas ni máscaras.

Cuando yo estudiaba la filosofía de Leibniz, encontré

entre un manojo de escritos inéditos, una notita que él había titulado *Pietas Pascalis,* «la piedad de Pascal».

Yo era entonces alumno de Léon Brunschvicg, el sabio editor de Pascal y que también era un ateo místico, discípulo de Spinoza. Algunas veces me reprochó cariñosamente que yo creyera en un Dios *personal,* siendo así que Jesús había predicado el evangelio del Espíritu, el Dios a quien se adora más allá de las imágenes y de las supersticiones.

Es sabido que Pascal tuvo, en la noche del 23 de noviembre de 1654, una iluminación misteriosa, cuyo recuerdo quiso conservar para siempre en un *Memorial* escrito en pergamino que llevaba siempre consigo: cuando Pascal cambiaba de ropa, volvía a coser el pergamino en el forro. Paul Valéry no desaprovechó ironizar acerca de esto: se extrañaba de que Pascal perdiera el tiempo «cosiendo papel en sus bolsillos» cuando había podido dar a Francia la gloria de haber inventado el cálculo infinitesimal.

Le cité a Brunschvicg la ironía de Valéry, persuadido de que iba a estar de acuerdo. Me respondió: «No sabe usted que un tal Diocles, viendo a Epicuro en un templo exclamó: "¡Qué fiesta para mí! Nunca he comprendido mejor la grandeza de Júpiter que cuando he visto a Epicuro de rodillas"».

Al hablar de la piedad del Padre Lagrange, empleo esta palabra en su acepción más noble y más pura. Virgilio dijo que Eneas era piadoso. También se puede decir que Goethe era piadoso. ¿Qué es la piedad sino un recogimiento sereno de nuestras potencias, que las pone en contacto con el misterio?

Si admitimos esto, ¿cómo debo concebir la historia secreta de la piedad en el alma de mi modelo, el Padre Lagrange?

Creo que puedo localizar, después de los orígenes que se remontan a la infancia, después de una larga preparación, después de gran número de pruebas, un instante privilegiado. Igual que se ve en la historia de los místicos, Lagrange tuvo que franquear un umbral. Desde luego, no cosió ningún papel en sus bolsillos (los dominicos no tienen bolsillos). Y nunca sabré cómo franqueó ese umbral. Tengo la impresión de que estuvo relacionado con su prueba

espiritual. Lo que sí es seguro es que, una vez franqueado el umbral, el Padre Lagrange se asentó en un desprendimiento espiritual. Y cuando lo conocí ya en su crepúsculo, había regresado a un cierto espíritu de infancia y de sencillez.

El Rosario

Como todos los dominicos, el Padre Lagrange llevaba un rosario sujeto al cinturón. Y me dijeron que todos los días rezaba las tres partes de que se compone la oración del Rosario y la añadía a la recitación del Breviario.

Un día en que me extrañaba de que recurriera a esta práctica casi infantil, me respondió citando una vez más a Pascal en el pasaje sobre los lazos entre el cuerpo y el espíritu y de los actos automáticos con el pensamiento, la oración y la salvación. Pues «en nosotros todo es uno, todo es diverso». Pero los elementos no se explican más que por el Todo. «Hay tres medios para creer: la razón, la costumbre y la inspiración [...] Al espíritu, tan hecho a la costumbre, hay que alimentarlo con las pruebas, pero hay que ofrecerse por las humillaciones a las inspiraciones que son las únicas que pueden producir el verdadero y saludable efecto».

Cuando yo estaba en Jerusalén, el Padre Lagrange era el director de la Escuela bíblica, pero no era el superior del convento. Ese superior se llamaba *prior.* Asistí con frecuencia a la escena que voy a contar. El Padre Lagrange me decía: «Voy a llevar mi correo a Jerusalén y usted me acompañará, pero antes tengo que pedirle permiso al prior». E iba a arrodillarse ante el prior y le pedía permiso para echar una carta al correo. Ese gesto me parecía un exceso de humildad por parte de un sabio como él, pero yo no había comprendido entonces la esencia de la vida de claustro y religiosa, en la que, como la disciplina en el ejército, la obediencia es el vínculo de la perfección.

Erudición y piedad

Es difícil romper las barreras que separan los elementos contradictorios en el interior del ser. En particular, cuando se siente la llamada a la erudición debe no resultar fácil ser un dominico piadoso. ¿Cómo rompió el Padre Lagrange esas barreras que le enfrentaban contra sí mismo?

He llegado a pensar que se aplicaba a sí mismo la hermosa máxima de un exégeta alemán cuyo nombre he perdido: *«Te totum appliqua ad textum. Rem totam appliqua ad te»* («Aplícate por completo al texto de la Biblia, pero aplica por completo ese texto a tu conducta»). Supongo que cuando el Padre Lagrange había profundizado en el sentido de un versículo de la Escritura, lo ponía inmediatamente por obra en su conducta cotidiana.

De Jerusalén a Jericó

Querría contar un pequeño incidente al modo de Voltaire, que en su libro *Le Siècle de Louis XIV* pinta al Rey con una anécdota.

Un día, yo bajaba en automóvil con el Padre Lagrange de Jerusalén a Jericó. Inevitablemente tenía en el pensamiento la parábola del Buen Samaritano. Y he aquí que al borde de la carretera, a nuestra derecha, un autoestopista nos hace señas. Me inclino hacia el Padre Lagrange y le digo al oído: «Padre, ésta es una ocasión para aplicar la parábola. Lleve usted al autoestopista hasta Jericó».

El autoestopista fue ignorado. Y el automóvil continuó su camino hasta Jericó.

Entonces el Padre me contó que, en una ocasión, atendió a un árabe en las mismas circunstancias. Una vez llegados a Jericó, el árabe se dirigió a la comisaría para denunciar al automovilista: le decía al comisario que el automóvil de los dominicos lo había abandonado en la cuneta.

El Padre Lagrange me decía: «Relea usted el Evangelio y entenderá por qué Jesús dijo que había que ser serpiente entre las serpientes y paloma entre las palomas». Y añadió: «Para vivir en este mundo (que es un mundo de avispa-

dos), no hay que tomar siempre el Evangelio al pie de la letra. Jesús, en el sermón de la montaña, enseña que hay que poner la otra mejilla. Ahora bien, observará usted que durante su Pasión, no ofreció la otra mejilla. Y hasta le dijo a Pilato: "Si hablé mal, da testimonio de lo que está mal, pero, si bien, ¿por qué me pegas?"».

Así es cómo a fuerza de tratar con personas astutas en el campo de la exégesis, el Padre Lagrange había aprendido que, en ocasiones, la astucia puede ser evangélica.

«No todo es santo en los santos, decía Joubert, ni todo es sabiduría en los hombres ilustrados».

5.
CRÍTICA DE LA CRÍTICA

A lo largo de nuestras conversaciones con el Padre Lagrange en Jerusalén, es evidente que hablábamos del espíritu crítico. Yo saludaba en el Padre Lagrange al pionero que, por así decir, había bautizado al espíritu crítico. Y espero que su canonización incluirá el espíritu crítico entre las virtudes cardinales.

Pero, hablando con él, yo iba más allá que él, aunque en el mismo sentido. Y le proponía la idea siguiente: cuando la crítica llega a su extremo, se aplica a la crítica y el summum de la crítica es hacer crítica de la crítica. Le citaba una frase de Kant que me parecía describir por anticipado el trabajo de Lagrange. Porque Kant parece haber percibido por un momento que el dogmatismo en la crítica puede resultar peligroso para la misma razón crítica.

«Si el tiempo de la decadencia de toda metafísica dogmática ha llegado indiscutiblemente, todavía falta mucho para que se pueda decir que el tiempo de su resurrección por la crítica profunda y completa de la razón ya haya llegado. Cuando se pasa de una tendencia a la tendencia contraria, hay siempre un instante de indiferencia, y ese instante es el más peligroso de todos para un escritor, aunque parece que es el más favorable para la ciencia (*Prolegómenos, Solución de la cuestion general*).

Se podría decir que el error de la crítica racionalista (la de Renan y sus sucesores) consiste en amalgamar un *método* que es excelente con un *sistema* cuyo principal defecto es el de ser sistemático, es decir, el de no haberse criticado a sí mismo.

Pongamos algunos ejemplos de lo que sucede cuando

un método se convierte en sistema. En ese caso la crítica está dominada por unos principios que, en lugar de ponernos en presencia de los hechos, imponen a los hechos axiomas previos:

Tengo que rechazar un hecho relatado por la historia, si es inconciliable con el determinismo, que es la ley de la explicación científica.

El testimonio de los que creen una cosa carece de fuerza que lo apoye, mientras que el testimonio de los que no creen tiene fuerza para destruir.

El fundamento histórico de la fe procede de la fe.

Cuando un *hecho* histórico contiene una idea, se puede llegar a la conclusión de que la idea ha dado lugar al relato del hecho.

El que cree en Dios no necesita filosofar sobre el problema de Dios, puesto que sabe de antemano a dónde va a llegar.

Se podrían citar otros muchos ejemplos de esta ausencia de espíritu crítico, que se ofrece como la esencia de la crítica. Digamos que esta infidelidad a la experiencia en nombre de la razón dominaba la exégesis bíblica durante el siglo XIX y que, gracias a ciertos espíritus libres como los de los dominicos bíblicos, ese espíritu se considera trasnochado a finales del siglo XX.

En una ocasión, Couchoud me contaba confidencialmente que había acompañado a su «buen maestro» Anatole France al Colegio de Francia para asistir a una clase en la que M. Loisy diseccionaba no sé qué párrafo del Evangelio. Anatole France era suavemente, terriblemente, lógico. Escéptico, se mantenía fiel en todo al escepticismo; dudaba de su duda, como dice Pascal de Montaigne en su famoso *Entretien sur Epictète et Montaigne.* A Anatole France le gustaba escribir en los márgenes. Durante la conferencia de Loisy, Couchoud sorprendió a Anatole France dibujan-

do a Loisy a caballo sobre la rama de una gran encina cuyo tronco aserraba él mismo.

Mis conversaciones con el Padre Lagrange tenían el interés de confrontar el punto de vista del filósofo, autor de una lógica de Jesús, con el punto de vista del erudito. Lagrange, como erudito, se inclinaba hacia la «tierra», hacia el estudio de la arqueología bíblica, hacia la humanidad de Jesús situada en el tiempo de Jesús. Yo estudiaba a Jesús fuera del tiempo, trataba de adivinar lo que pensarían de Él las gentes del año 3.000, comparándolo con lo que pensaban las gentes del año 100.

La idea de Aristóteles en la lógica es que el espíritu humano sólo tiene tres maneras de pensar. Mi idea era análoga y expuse al Padre Lagrange, que me escuchaba con una sonrisa, suave, de inquietud y de asentimiento, que a propósito de Jesús no habría nunca más que *tres maneras* de razonar.

Aristóteles llamaba *figuras* a estas maneras de razonar. Yo prefería llamarlas en nuestro lenguaje contemporáneo, en epistemología, *estructuras*.

La primera figura consiste en decir que Jesús era un hombre perfecto; que incluso era «el más hermoso de los hijos de los hombres». Tan hermoso, que lo habían tomado por un Dios, cuando no era más que hombre. Mis lectores reconocerán en esta afirmación la postura de Renan en su *Vida de Jesús*, en donde le da a Jesús una nota de nueve sobre diez en humanidad, pero le da cero en divinidad.

Por diversos motivos, que he expuesto ampliamente en mis obras sobre Jesús[1], se pasa imperceptiblemente de esta primera figura a otra figura cuyo principio voy a exponer. Es utilizada por la mayor parte de los exégetas contemporáneos. En particular por Bultmann, que me fue revelado por el Padre Lagrange en Jesusalén.

[1] Ver el tomo 3 de las *Oeuvres complètes* (Desclée de Brouwer) titulado *Critique religieuse*. Enrique Neira, s.j., ha dedicado una tesis a mi «lógica de Jesús», Madrid, 1963.

Jesús no es de ningún modo un hombre hecho Dios. Es todo lo contrario: Jesús es un mito divino revestido de una historia anecdótica apócrifa. El evangelista es comparable a un novelista que, para hacer admisible la existencia de su héroe, se inventa anécdotas como han hecho Merimée, Proust, Jean d'Omerson, Curtis... y tantos otros.

Dicho de otro modo, en la primera figura, Jesús es *un hombre hecho Dios,* en la segunda figura, Jesús es *un dios hecho hombre.*

Es patente que ni el primer modo de razonar, ni el segundo, pueden estar de acuerdo con la fe católica, que considera la historia de Jesús como una historia verdadera: cree que Jesús es Dios hecho hombre. Mi idea era análoga a la de Pascal en su conversación con M. de Sacy, en la que, enfrentando a Epicteto con Montaigne, afirma que se destruyen mutuamente y que, en consecuencia, le obligan a admitir la verdad del cristianismo. Ésta era la idea de Pascal.

De manera análoga, ya pensaba que, puesto que la solución de Renan y la de Bultmann se destruían mutuamente, la inteligencia era llevada a considerar al Jesús de los Evangelios como el verdadero Jesús y, por consecuecia, a darle la razón al Padre Lagrange.

Pero para admitir esta tercera posición (que es la posición de los fieles que creen en la Encarnación), hay que «tener fe».

De suerte que aquí existe una paradoja crucial: la de que la posición, *lógicamente* necesaria, implica una conclusión: la afirmación cristiana de la fe. Sólo los cristianos toman el Evangelio en su sentido histórico, sin someter al texto a «una criba» fundada en axiomas previos.

El Padre Lagrange respondía: «Lo que usted me acaba de decir no es de mi incumbencia, puesto que yo no soy un lógico como Aristóteles ni como Pascal. Esa *lógica* no hace más que corroborar la obra de mi vida».

Cité al Padre Lagrange la frase de mi amigo Couchoud: «En el Credo, puedo admitirlo todo menos las tres palabras *sub Pontio Pilato,* es decir: «bajo Poncio Pilato».

El Padre Lagrange me replicaba: «La fórmula de Cou-

choud explica la razón por la que he pasado mi vida en Jerusalén. He querido devolver a Jesús, frente a la crítica moderna, su estatura histórica. He querido verificar que *el Verbo se hizo carne*».

Y el Padre Lagrange añadía: «Si yo tuviera en mi mano derecha a Renan demostrando que Jesús es un hombre que se toma por un dios, y si yo tuviera en mi mano izquierda a Couchoud suponiendo que Jesús es un ser mítico, supuestamente divino, al que se ha dotado de una historia ficticia, entonces yo sería un buen católico».

En 1951 recibí una carta del Dr. Couchoud, a propósito de la historicidad de Jesús: «Admiro en el más alto grado al Evangelio, pero que no se me obligue a decir que eso ha sucedido. No consigo poner en el mismo plano a Jesús espíritu y a Jesús histórico (mucho menos todavía a poner a Jesús histórico en el primero). Yo creo que hay un tránsito dialéctico entre Jesús Dios absoluto y Jesús estoicamente, históricamente, representado. Este tránsito se debe a las necesidades de la fe. Lo percibimos con bastante claridad en la cronología de los textos.

»Si la Iglesia no tuviera más que santos, si hubiera seguido teniendo sólo santos, no habría necesitado un Jesús histórico. Permítame apoyar esta idea que le parece a usted demasiado audaz en un pasaje de Gabriel Marcel (*Journal métaphisique,* pág. 48): "En el santo, que es siempre actual, con referencia al cual todo se ordena (Cristo planteado como Idea), esta base histórica no es necesaria; la eternidad hace cuerpo con lo actual, ella es lo actual. Por el contrario, para quien no participa de la santidad más que de un modo empírico, la historia, el tiempo, adquieren un valor, y con ellos se acusa esa referencia a un elemento objetivo que encierra en sí todos los gérmenes de la muerte...".

»La muerte y la resurrección de Jesús son hechos eternos. Dios ha hecho, además, la gracia de que Jesús se haya aparecido. Sus apariciones fueron, primero, materia de poemas, de visiones como el Apocalipsis, luego se concretaron en apariencias de historias en los Evangelios. Así es como me gustaría interpretar en su sentido profundo el pasaje que tan amablemente me indica usted (*Hechos,* 10, 20).

»Estaría encantado de reanudar con usted este debate que no puede tener fin. También le quedaría agradecido si lo expusiera ante un público competente, aunque se sintiera usted obligado, por la posición que ocupa ante los creyentes, a vapulearme, cosa que no hace usted en su carta. Ninguna flecha que venga de usted me hiere».

El concilio Vaticano II

El concilio Vaticano II dedica un capítulo a la inspiración de la Sagrada Escritura y a su interpretación.

El concilio recuerda la enseñanza constante de la Iglesia sobre la Escritura: los Libros del Antiguo y del Nuevo Testamento han sido redactados «bajo la inspiración del Espíritu Santo»: tienen a Dios por autor. El concilio añade un párrafo sobre *la interpretación de la Escritura,* en el que se reconoce fácilmente el pensamiento del Padre Lagrange. Interpretar la Escritura es, para el concilio *«ver con claridad lo que Dios mismo ha querido comunicarnos»,* buscar con atención lo que los hagiógrafos han *querido decir verdaderamente.*

Para descubrir la intención de los hagiógrafos, se deben estudiar los «géneros literarios», porque la Verdad se expresa en formas distintas en textos históricos, proféticos o poéticos. Es necesario que el intérprete busque el *sentido* que el hagiógrafo, en circunstancias determinadas, en las condiciones de su tiempo, el estado de su cultura, empleando los «géneros literarios» entonces en uso, pretendía expresar, para descubrir lo que el autor sagrado quiso afirmar; se han de tener en cuenta con exactitud tanto los modos nativos de sentir, de hablar o de narrar corrientes en los tiempos del hagiógrafo, como los que eran habituales en aquella época en las relaciones humanas.

Sin embargo, puesto que la Escritura debe ser leída e interpretada a la luz del Espíritu que la hizo redactar, no se debe prestar menor atención a la unidad de toda la Escritura, a la Tradición viva de toda la Iglesia y a la «analogía de la fe». Es propio de los exégetas esforzarse por penetrar más profundamente en el sentido de la Escritura, a fin de que, gracias a sus estudios, madure el juicio de la Iglesia.

Todo el concilio recuerda que el modo de interpretar la Escritura está sometido al juicio de la Iglesia, que ha recibido de Dios el mandato de custodiar la Palabra de Dios.

Así, en la Sagrada Escritura, permaneciendo siempre a salvo la verdad y la santidad de Dios, se manifiesta la «condescendencia» de la Sabiduría «para que comprendamos la inefable bondad de Dios y hasta qué punto, en su solicitud por nuestra naturaleza, ha adaptado su lenguaje a nuestra debilidad». Las Palabras de Dios, al pasar por las lenguas humanas, han tomado la semejanza con el lenguaje humano, lo mismo que el Verbo tomó la debilidad de nuestra carne.

El concilio insiste en el carácter histórico de los cuatro Evangelios. La Iglesia ha sostenido y sostiene firmemente que estos cuatro Evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilar, transmiten fielmente lo que Jesús, Hijo de Dios, hizo y enseñó realmente para la salvación de los hombres durante su vida entre ellos, hasta el día en que fue elevado al cielo. En efecto, los apóstoles transmitieron a sus oyentes lo que el Señor había dicho y hecho, con esa inteligencia más profunda de la que gozaban, instruidos por los acontecimientos gloriosos de Cristo, iluminados por la luz del Espíritu de la verdad.

Bien partiendo de su propia memoria o bien partiendo del testimonio de quienes «fueron desde los comienzos testigos oculares y servidores de la Palabra», los apóstoles compusieron sus escritos con el fin de hacer que comprobemos la «solidez» de las enseñanzas que hemos recibido.

La hipótesis prohibida

Entre los fines que el Padre Lagrange se proponía, hay uno al que continuamente se refería y que yo sitúo en el centro de su método y de su espíritu. Es lo que me confiaba y yo llamo *la hipótesis prohibida.*

«Habrá usted observado que mis obras sobre los Evangelios (los cuatro sillares) son aceptadas y al mismo tiempo miradas con suspicacia por mis colegas más corteses. Todos los días recibo alabanzas por mis trabajos, pero bajo esas

alabanzas adivino una restricción radical. Soy sospechoso, se me reprocha que acepto como posible la idea de un público cristiano corriente, un lector "idiota", digámoslo así, que leyendo una página del Evangelio cree que eso sucedió realmente. Por ejemplo, la historia de los magos. Si lee usted mi comentario a San Mateo, observará que considero como posible que los magos llevaran a Jesús oro, incienso y mirra. La mayor parte de los comentaristas e incluso de los predicadores enseñan que la historia de los magos es un símbolo de ese gesto que se llama adoración.

»Ahora bien, esta condena previa de una hipótesis cualquiera, ese derecho otorgado a la razón de que condene una experiencia, es radicalmente contrario al espíritu científico; a mi entender, es un pecado contra el espíritu. En las ciencias, una actitud suspicaz previa no puede existir. Podemos preferir Einstein a Newton, podemos poner a Broglie por debajo de Einstein. Pero en las ciencias jamás se cierra un camino antes de abrirlo. Ahora bien, la exégesis católica a la que represento, y que justifica la fe popular, está condenada de antemano. Esto es una singularidad de la que me gustaría tener una explicación. ¿No será que la verdad no se puede soportar?»

El Dios barbudo

Hablamos también de la mejor manera de presentar la religión a la gente sencilla.

Es un problema esencial generalmente silenciado como ocurre con los temas capitales. ¿Cómo evitar, en el rebaño que forma el pueblo cristiano, donde las ovejas se mezclan con los cabritos, los viejos con los jóvenes, donde los sabios se codean con los ignorantes, cómo evitar el escollo de lo que llamamos *gnosis,* es decir, una religión de dos niveles, un automóvil de dos velocidades, una sociedad de dos clases? Una clase de sabios, otra de sencillos, una de puros, otra de «idiotas». Jesús había resuelto divinamente ese problema, pues basta abrir el Evangelio para ver que hablaba a la vez para los grandes y para los pequeños, para los pobres de espíritu y para los doctores de la ley.

El Padre Lagrange me expuso su punto de vista por medio de la parábola del *Dios barbudo:* «Voy a suponer, dijo, que usted expone a las gentes de su pueblo la idea mística de que Dios no cesa de hablar a nuestra alma y que nuestra alma no cesa de hablar con Él. Para hablar al pueblo, hago un dibujo que representa a un Dios barbudo, con una barba florida como Carlomagno y dos orejas. ¿Me equivoco al actuar así, como hicieron desde siempre quienes hablaban al pueblo, desde Jonás a San Vicente de Paúl o al cura de Ars?

»Cuando yo estaba en Sofía, la radio comunista me invitó a exponer mi fe cristiana. Y yo les dije: "Queridos amigos comunistas búlgaros, vosotros sois ateos, no creéis en Dios porque os enseñan que Dios es barbudo. Rechazáis la barba con razón, pero negáis a Dios equivocadamente. En el fondo, ¿qué es un ateo? Os lo voy a decir: un ateo es una mente que tiene una idea de Dios más pura que sus contemporáneos. El ejemplo más famoso es el de Sócrates, que fue condenado por el tribunal político ateniense porque era ateo y corrompía a la juventud.

»A mi modo de ver, vuestra incredulidad es la prueba de vuestra pureza. No queréis un Dios con barba y orejas tal y como se le representa en vuestros iconos. Tenéis razón al rechazar la barba, pero cometéis un gran error al rechazar a Dios"».

Esta charla agradó a la radio búlgara, que la difundió tres veces.

Lagrange y Bergson

Como yo era discípulo y heredero espiritual de Bergson, el Padre Lagrange me interrogaba sobre unos pasajes del último libro de Bergson llamado *Les Deux Sources de la morale et de la religion.* Bergson escribía:

«Misticismo y cristianismo se condicionan indefinidamente el uno al otro por el hecho de que en el origen del cristianismo está Cristo. Desde el punto de vista en que nos situamos y en el que aparece la divinidad de todos los hombres, poco importa que a Cristo se le llame o no se le llame

hombre. Ni siquiera importa que se le llame Cristo. Quienes han llegado hasta negar la existencia de Jesús no pueden impedir que figure en el Evangelio con otras divinas palabras. Al autor se le puede dar el nombre que se quiera; no se evitará con ello que haya habido autor».

Yo había preguntado a Bergson sobre este texto y me había respondido: «Al escribir lo que me acaba usted de leer, yo estaba pensando en el doctor Couchoud, que no admitía la existencia histórica de Jesús. Mi método ha sido siempre el de situarme en la hipótesis más desfavorable a mis ideas personales y mostrar que, incluso en ese caso, el problema de la verdad profunda del cristianismo seguía intacta. Le confieso que, si un día se mantuviera en una obra del siglo XXI que Bergson no había existido, eso me proporcionaría un inmenso placer. Sería la prueba de que yo había existido realmente. En definitiva, Couchoud colocaba el cristianismo a tal altura que no exigía para Jesús ninguna existencia de tipo histórico. Es inútil que le diga que considero absurda esta hipótesis, y que la humanidad y la historicidad de los Evangelios me parecen un logro eterno».

Conté también al Padre Lagrange que yo había planteado a Bergson el problema de la semejanza entre el amor humano y el amor divino. Era la época en la que el psicoanálisis estaba en auge, y en la que se explicaba que los amores sublimes no hacen más que transformar los instintos más bajos de la sexualidad.

Bergson me respondió que él pensaba exactamente lo contrario de lo que pensaba Freud. Para Bergson, lo que había comenzado no era la carne, sino el espíritu. No fue el amor físico el que comenzó, sino por el contrario, el amor divino. Y cuando los místicos, como el autor del Cantar de los Cantares, hablan el lenguaje del erotismo, no hacen más que recuperar su propio bien. También le cité al Padre Lagrange, para consolarle de envejecer, una observación de Bergson: «No sé si el alma perdurará después de la muerte; pero cuanto más envejezco, más creo en la inmortalidad. ¿Por qué eso? Porque cuanto más envejezco, más dispuesto me siento para vivir».

Lagrange y Pascal

—Hace tiempo, Padre, estudió usted los argumentos de Pascal a favor de la religión cristiana. Estudió usted especialmente el argumento célebre que Pascal expone y que se refiere a las profecías. Pascal razona así: en el Antiguo Testamento hay profecías, es decir, anuncios acerca del futuro, anuncios muy precisos tanto en los detalles como en los momentos. Ahora bien, según Pascal, estas profecías, hechas muchos siglos antes de Jesús, se han verificado en la vida de Jesús, principalmente las profecías hechas por el profeta llamado Isaías sobre la muerte ignominiosa de Jesús a la que nosotros llamamos Pasión. Usted que se ha pasado toda la vida estudiando el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento y que, por consiguiente, es usted más competente que nadie para decirnos si Pascal tenía razón o si Pascal se equivocó en función de los últimos descubrimientos de la exégesis moderna, ¿qué piensa usted de las profecías, o más bien del argumento de las profecías presentado por Pascal?

—Es cierto que en 1906, en Jerusalén, pronuncié una conferencia sobre este tema muy difícil y, por lo tanto, capital. Le diré a usted en qué condiciones pronuncié esta conferencia en Saint-Etienne de Jerusalén. Acababa de salir un libro de Sully Prudhomme, el célebre poeta que era el primer premio Nobel y que gozaba de una gran autoridad moral, y Sully Prudhomme sugería que los razonamientos de Pascal habían sido echados por tierra por los progresos de la exégesis. Pascal concedió la mayor importancia a la profecía, la consideraba como el sello que Dios pone a su obra anunciándola con antelación.

—Permítame, Padre, le dije, indicarle cuál es la dificultad que yo veo en el tema de la profecía, tanto en usted como en Pascal. Dificultad que se plantea cada vez más, a medida que se avanza en la exégesis, y que preocupa a muchos de nuestros contemporáneos.

»Se nos dice que, si las profecías se realizan, es por una razón muy sencilla: porque el Evangelio, la historia evangélica tal como la encontramos hoy en los cuatro Evangelios, ha sido fabricada por sus redactores para que se realicen

las profecías y partiendo de las profecías del Antiguo Testamento. De suerte que no nos extrañamos en absoluto que Jesús haya resucitado «según las Escrituras», porque las Escrituras, es decir, las profecías, fueron la fuente de los Evangelios. De este modo se destruye el argumento de las profecías, puesto que en vez de probar la verdad de la religión, demuestra los fraudes que están en su origen.

—Conozco bien esa objeción: la de que los hechos han sido amañados para mostrar el cumplimiento de las profecías. A este respecto, me permitirá usted que distinga entre lo accesorio, el detalle, y lo central, lo principal. Es evidente que no puedo demostrar que no haya en el Evangelio detalles, precisiones, que hayan sido inducidas por las profecías que se podían leer en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, que Judas se vendió precisamente por treinta monedas de plata, que a Jesús le calmaran la sed con vinagre, que se repartieran sus vestiduras y que echaran a suertes su túnica; para mí, éstos son detalles que no son capitales, y no quiero imitar en absoluto el reproche que Jesús hacía a los fariseos porque se apoyaban en detalles a los que otorgaban toda la autoridad de la ley. Le recuerdo, no obstante, que Jesús dijo algunas veces que quería dar cumplimiento a una profecía, por ejemplo, cuando hace su entrada en Jerusalén montado en un asno, es para realizar la profecía que había hecho Zacarías. Si usted quiere, podríamos elucubrar durante siglos sobre este detalle. Pero me permito recordarle a usted la cuestión que divide a los judíos de los cristianos y a los cristianos de los judíos. Se puede enunciar fácilmente así: hubo en el Estado judío, en Israel, algunos espíritus precursores, proféticos, videntes, que anunciaron a su nación que vendría un Mesías, rey, como se le quiera llamar, que haría una verdadera revolución religiosa que se extendería a la humanidad entera. El problema está en saber si este ser que se anunciaba había venido, si este ser era precisamente el Nazareno. Hay dos maneras de responder a esta cuestión. Es muy sencillo. Una de estas maneras es muy fácil, es la de los apóstoles, es la de Pascal, es la mía, y por el contrario, se puede negar diciendo que se trata de ilusiones que dieron nacimiento a la aventura contada por los Evangelios. Todo el problema

que he abordado a lo largo de mi vida se reduce a esta alternativa.

—Permítame recordarle, Padre, que nuestra conversación no trata solamente de las profecías, trata también de saber si Pascal estaba en lo cierto al emplearlas como pruebas de la fe.

—Tiene usted razón al situarme en el centro del problema que, por otra parte, Sully Prudhomme había detectado diciendo: «La necesidad de armonizar el sentido literal de todas las profecías con el espíritu evangélico determina la tendencia a no ver en el Antiguo Testamento más que un símbolo del Nuevo Testamento. Lo mejor que podía hacer Pascal era ceder en esto, pues esta concepción es la única que permite identificar a Cristo con el Mesías».

—Le recuerdo a usted la concepción de Pascal. Distinguía en las profecías, cualesquiera que fuesen, dos significados, dos afirmaciones, dos tesis. La primera de esas afirmaciones, según Pascal, estaba clara. Era una información en cierto modo literal. Por ejemplo, que Jesús entraba en Jerusalén montado en un asno, que Jesús moría en Jerusalén en las condiciones que conocemos, eso es lo que se lee, eso es lo que está dicho. Ése es el primer sentido. Pero Pascal señalaba que, aparte del primer sentido que se mantenía, existía en todas las profecías un segundo sentido que Pascal llamaba figurativo, con una palabra a la que le otorgó mucha densidad, la palabra «figura», lo cual quiere decir un sentido metafórico, un sentido poético, un sentido segundo, un sentido derivado. Había, pues, en toda palabra profética, lo repito, un sentido visible y un sentido invisible, un sentido claro y un sentido oscuro, un sentido manifiesto y un sentido oculto, disimulado. Un sentido en el que se prometían bienes espirituales. Y es que, para Pascal, toda lectura del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento disimulaba, envolvía, proponía una especie de trampa, puesto que unos, es decir los judíos, se iban a limitar al sentido visible, literal, y los otros, por el contrario, iban a superar el sentido literal, que era sólo provisional, para alcanzar el sentido espiritual, verdadero, eterno, religioso, cristiano, católico. Y diré entre paréntesis que esta división de los sentidos era del agrado de Pascal, porque Pascal era

jansenista, es decir, pensaba que en la Escritura había al mismo tiempo la salvación y la perdición, unos se iban a salvar porque veían en ella el sentido espiritual, los otros iban a comprometer su salvación porque se limitaban al sentido ordinario, literal y grosero. ¿Puedo preguntarle, Padre, lo que piensa usted de esta distinción de Pascal entre lo visible y lo invisible, entre lo grosero y lo espiritual?

—Me permito citarle a usted esta declaración de Pascal: «Para examinar las profecías, hay que entenderlas; pues, si creemos que tienen un solo sentido, es seguro que el Mesías no ha venido; pero si tienen dos sentidos, es seguro que vino en Jesucristo».

—Entonces, Padre, toda la cuestión consiste en saber si tienen dos sentidos. Dicho de otro modo, en todas las cosas hay dos sentidos, uno literal, otro espiritual. Por una parte está el signo, como diríamos hoy, y por otra parte hay la cosa, la realidad, el acontecimiento, la persona significada por ese signo. Entonces los hombres, en cuanto que son distraídos, groseros, o como dice Pascal, carnales, se contentan con el signo, con el efecto, y otros que son espirituales, que son inteligentes, investigan si, más allá de los efectos superficiales, no hay una causa más profunda. Eso es lo que ocurre continuamente cuando comparamos al ignorante con el sabio, es decir, al que se limita a lo que le dicen los sentidos, la técnica, la vida cotidiana, y luego el otro, que por detrás de esos signos llega hasta el que causa esos signos, al que explica esos signos; hay quien sólo mira lo que llamamos el mecanismo, la máquina, y luego el que busca más allá de la máquina, la causa que es el espíritu del inventor.

»Esta distinción, que es muy común, que es universal, se aplica a los temas que estamos tratando. Permítame citar una frase de Pascal que me parece totalmente profética, no de una manera general, sino en lo que se refiere a su obra sobre la Biblia de Jerusalén, y en particular a la importancia que usted da a las verdades de hecho, a las verdades históricas, al mismo tiempo que al sentido que les da usted a estas verdades, buscando como filósofo su encadenamiento, como teólogo su sentido místico y eterno.

—Le escucho, puesto que quiere usted profetizarme por medio de Pascal.

—Éste es el texto, que es notable: «No cabe duda de que todas las verdades son eternas, que están ligadas entre sí y dependen las unas de las otras, y este encadenamiento no se refiere sólo a las verdades naturales y morales, sino que también es para las verdades de hecho que también se pueden llamar en cierto modo eternas [éste es precisamente el párrafo que seguramente le alegrará a usted, le definirá y le satisfará], ya que, al estar todas asignadas a determinados puntos de la eternidad y del espacio, componen un cuerpo que subsiste todo al mismo tiempo para Dios».

»Este texto, que no es de Pascal, sino de un oyente de Pascal, en su discurso sobre las pruebas y libros de Moisés, fue admirablemente resumido por el mismo Pascal, cuando escribe: «Todo autor tiene un sentido en el que todos los pasajes contrarios se armonizan, o no tiene sentido en absoluto. En Jesucristo, todas las contradicciones están armonizadas».

—Volvamos a Pascal y permítame que le cite un «pensamiento» que está como acuñado en acero. Cito a Pascal. Nos dice que, para abolir la religión de Cristo apenas recién nacida, «todo lo que hay de grande en la Tierra se unió, los sabios, los prudentes, los reyes. Unos escriben, otros condenan, otros matan. Y no obstante todos estos propósitos, aquellas gentes sencillas y sin fuerza resisten a todas esas potencias, e incluso someten a esos reyes, a esos sabios, a esos prudentes, y a otras idolatrías de toda la Tierra, y todo ello se realiza gracias a la fuerza que Él había predicho».

»Creo que es imposible decir más con palabras. Pero cuando Pascal escribe este pensamiento, no hace más que repetir, llevado a una mayor densidad, lo que siempre habían dicho los apóstoles, y el mismo Jesús. Las audacias más atrevidas de la crítica bíblica no han podido negar que Jesús comprendiera su misión tal y como había sido esbozada muchos siglos antes de Jesús por un personaje llamado Isaías. Ahora bien, este profeta, si bien habla poco del Mesías, está penetrado por la esperanza de un reino de

Dios que sería universal. Así, le bastó a Jesús, para exponer su misión, todo su ser, citar los versículos de Isaías que usted bien conoce; "El Espíritu del Señor está sobre mí, pues me ha ungido para anunciar la Buena Nueva a los pobres, me ha enviado para anunciar a los cautivos la redención y a los ciegos su curación, para sanar a los que han sido heridos, para anunciar el nacimiento del Señor".

»Eso es lo que Jesús dice desde los comienzos de su misión. Y eso es lo que los apóstoles repiten desde los comienzos de su predicación. Es cierto que esperan un regreso glorioso del Mesías, pero no intentan engañar a nadie ni predecir a Israel los destinos gloriosos que en apariencia habían prometido los profetas. No, el Mesías anunciado por los profetas ha venido, su obra está hecha».

6.
CONVERSACIÓN SOBRE EL MILAGRO

Con frecuencia, nuestra conversación versaba sobre el problema constante de nuestros contemporáneos cuando leen el Evangelio o cuando oyen hablar de Jesús, lo que se llama el problema del milagro. Para saber lo que piensan nuestros contemporáneos a propósito del milagro, me basta con abrir el diccionario Robert y leer en la palabra milagro: «(Del verbo *mirare,* admirarse). Hecho extraordinario en el que se cree reconocer una intervención divina benévola y al que se confiere un significado espiritual. Ver maravilla, misterio, prodigio, signo. Los milagros de Lourdes. Sanado por un milagro».

Cuando yo estaba en Jerusalén, el Robert no había aparecido, pero la definición que da el Robert podría haber sido citada. Lo cierto es que yo le exponía al Padre Lagrange, y el Padre Lagrange no me interrumpía, cuál es la objeción principal de todos contra el milagro. Es bien clara, consiste en decir una y otra vez que la ciencia, es decir, un conocimiento fundado en la experiencia, ha progresado, ha rechazado, disuelto, condenado, lo que antes se tenía como milagroso. El ejemplo más fácil es el del rayo. Pero hay una infinidad de ellos, que todo el mundo puede recordar o citar. En estas condiciones, el Evangelio, es decir, el relato de milagros, para dar autenticidad a la doctrina de Jesús pierde su autoridad, su credibilidad, cada vez que la ciencia progresa. Y esto lo vemos en estos momentos en que escribo, en los que muchos de los fenómenos que se tenían por milagrosos, por ejemplo la lectura a distancia, por ejemplo la levitación, por ejemplo las apariciones de la Virgen, serán el día de mañana objeto de un conocimiento científico, puesto que existen cátedras de parapsicología

en las universidades. Entonces, llevando las cosas al extremo, si por ejemplo se es creyente, se admite que cada vez que la *información* aumenta, la deformación de la creencia en el milagro disminuye. Y si se pasa del límite suponiendo una información total, entonces ya no habrá milagro.

Se puede exponer la objeción, y así se la exponía yo al Padre Lagrange, de otra forma, y decir que todo argumento contra el milagro es fuerte y que todo argumento contra el milagro es débil, pues existen infinitamente más posibilidades de que el argumento que destruye sea más convincente que el argumento que construye. Se ve por todo ello que en nuestra época, veinte siglos después de Jesucristo, el argumento del milagro, que durante siglos ha sido el argumento principal en favor de Jesucristo, disminuye y desaparece y no se ve cómo podría surgir y reaparecer en otro tipo de civilización.

¿Qué iba a responder el Padre Lagrange a esta interrogación que yo le hacía, y que sin duda él se hacía con frecuencia a sí mismo, porque no se puede estudiar el Evangelio sin ver aparecer a cada instante el problema del milagro? Y advierto que todo el pensamiento del Padre Lagrange, toda su lógica, todas sus investigaciones, están basadas en la idea de dar a los milagros del Evangelio una credibilidad mayor, al contrario que Renan, mostrando que esos milagros tenían su fuente en el testimonio histórico, lo cual evidentemente Renan contradecía desde el punto de vista de la lógica pura, que prohíbe el milagro. Nos hallamos una vez más en el meollo del problema y puedo enfocarlo desde otro ángulo exponiendo a mis lectores la respuesta del Padre Lagrange.

Recuerdo que me repetía una reflexión que había oído con frecuencia a visitantes de Jerusalén llegados de Occidente. En concreto, una señora le había objetado: «Lo que me impide creer en el Evangelio, Padre, son precisamente los milagros». Y el Padre añadía que los doctos y los sabios pueden comprobar fácilmente que aun hoy los milagros son un obstáculo para la fe. Mientras que antes, los milagros fortalecían la fe de los fieles, enraizándolos en los hechos o en la autoridad de la Iglesia.

«Quiero hacerle notar, decía el Padre, que la mentali-

dad de los contemporáneos de Jesús no era en absoluto la nuestra. Nosotros concedemos una gran importancia al milagro, y me atrevo a decir que ellos se la concedían mucho menos que nosotros, porque en su mentalidad, para su mentalidad, en su historia, los milagros eran cosa frecuente. Moisés hizo milagros, los profetas hicieron milagros. Se puede decir que todo el mundo hacía milagros. Que Jesús haga milagros, que alimente a las masas con algunos panes, que haya resucitado, no era cosa que les pareciera tan extraordinaria. Y es muy notable que, para los escritores del Nuevo Testamento, el cumplimiento de las profecías, que a nosotros nos parece secundario, era más importante que el hecho de hacer milagros, que a nosotros nos parece capital.

»Las profecías parecen divergentes. Unas hablan de un hombre, otras enumeran los dolores del siervo que expía los pecados, otras prometen un Mesías político y dominador, y nos damos cuenta cuando Jesús aparece que todas estas líneas contradictorias parecen converger hacia él. Y tal es todavía ahora, sobre todo para quienes ya no son contemporáneos –pienso por ejemplo en Pascal–, el argumento más sólido, si se puede decir así, en favor de Jesús: o sea, que ha resumido, asumido, verificado, de alguna manera por medio de su vida y por medio de su muerte, y por su supervivencia después de su muerte, lo que era irreconciliable en las profecías. Esto es algo que podemos comprobar. Se puede decir que todos los que leen la Biblia con profunda atención, y sometiendo su espíritu al texto, en especial innumerables cristianos, pueden, sin tener más conocimientos que los que extraen de esa lectura, adoptar a favor de lo que llamamos milagro una actitud acogedora y favorable. Y cuando se lee a Renan y a todos los que se oponen al milagro, se percibe bien que la incredulidad ante los testimonios procede de una máxima, el axioma previo siguiente: que todo libro que contiene milagros no merece ningún crédito, su autor es convicto de una credulidad pueril, incapaz de discernir entre lo verdadero y lo falso, de suerte que el Evangelio es condenado de antemano y sin apelación. Y entonces me siento obligado a hablar de filosofía con un filósofo y a tratar de definir filosóficamente el milagro.

»Está muy claro. Los evangelistas entendían por milagro unos hechos que se producían sin una causa natural definida, por la sola voluntad de un ser llamado Jesús, y que por consiguiente comprometían directamente el poder total, es decir, la existencia de Dios. Y la objeción sigue siendo la misma: que una intervención divina es una contradicción en el seno mismo de Dios, puesto que el autor de la naturaleza, como dijo Malebranche, ha fijado unas reglas invariables y no le conviene en absoluto introducir en ellas el desorden ni sustituirlas por causas segundas. Así es que se trata de una cuestión que no podemos resolver más que por medio de consideraciones metafísicas. Y todo el problema del milagro, consecuentemente, es un problema no histórico, sino metahistórico, no físico, sino metafísico. Es un problema que no se pueden plantear ni se plantean más que quienes se sitúan más allá de la experiencia y que se enfrentan con cuestiones radicales. Renan y tantos otros lo sabían tan bien que, si no creían el Evangelio, no era en absoluto por los relatos de milagros, era por una oposición previa a toda lectura, y porque habían establecido como regla suprema que el milagro estaba excluido de antemano».

El Padre Lagrange añadía que hoy se está quizá menos convencido de la inflexible regularidad del universo que en la época de Malebranche. Siempre habrá frente al cosmos, decía, dos explicaciones posibles. Unos sólo consideran el cosmos material en evolución. Pues bien, decía Lagrange, yo les dejo en las manos este terreno y sólo les recuerdo lo que Pascal les diría: «Quien cree que el bien del hombre está en la carne y el mal en lo que le aparta de los placeres de los sentidos, que se embriague y que muera». Pero hay otros que se elevan a la noción de un mundo moral. Y puesto que el mundo material no es más que la base necesaria para la actividad de los espíritus unidos a un cuerpo, este mundo está esencialmente subordinado al mundo moral. Esta subordinación del mundo material al moral no rompe en modo alguno el equilibrio del cosmos y las leyes que lo rigen. Pero en realidad no se ve por qué Dios no ha de intervenir algunas veces en favor del espíritu tan expuesto a dejarse sumergir por la materia. Ciertamen-

te, estas intervenciones deben ser raras, pues de lo contrario, no alcanzarían su objetivo, pero no constituyen en modo alguno un desorden, ya que el orden se restablece inmediatamente, el orden de la superioridad de los fines morales y religiosos sobre los resultados de la materia.

El Padre Lagrange añadía: «Nuestra época está prendada de la ciencia en cuanto que la ciencia es positiva y que no hay apelación contra sus resultados. La gente del siglo XX está mejor dispuesta a otorgar su fe a un sabio que a un taumaturgo. Y Jesús no hizo nada para la ciencia. Habría podido profetizar las ciencias, pero no lo hizo. Habría podido anunciar que un día los hombres recorrerían por el aire distancias desconocidas con una velocidad de la que no tenía ni idea; pues bien, no lo hizo, y habría podido hacerlo. Habría podido inventar, tener el espíritu de invención; contó con antelación los fenómenos que se producirían al fin de los tiempos, ¿por qué no contó con antelación los fenómenos que vemos producirse ante nuestro ojos en esta mitad del siglo XX?

»Yo respondo a esto, proseguía el Padre, que Jesús no quiso suplantar al esfuerzo humano. No reveló nada de los conocimientos llamados científicos, porque el hombre puede adquirirlos empleando la razón y la técnica. Pero confirmó lo esencial, es decir, que la razón puede alcanzar a Dios. E ilustró a la especie humana sobre un terreno inaccesible que es la existencia suprema de una causa incondicionada, y la definición de esa causa por el amor. De suerte que ese carácter insondable de misterio supremo se lo debemos a la acción del personaje llamado Jesús, y basta con mirar la historia de la humanidad posterior a Jesús para ver que toda esa historia, en lo que tiene de más elevado, de más duro, y de más misterioso ciertamente, pero también de más supremo, por así decir, depende de la enseñanza que Él ha dado sobre este punto».

Por lo demás, añadía el Padre Lagrange, y se refería sobre todo al Evangelio de Juan, ¿cuál es la principal enseñanza que dio Jesús sobre sí mismo? Esta enseñanza se puede definir y resumirse en una palabra, a saber, que Jesús, aunque hombre, está revestido de una desigualdad con el misterio esencial, es decir, Dios, lo que llamamos la

divinidad de Jesús que no excluye su humanidad. Dicho de otro modo, la idea fundamental es que Jesús, siendo hombre, es Dios. Es decir, como dirán más tarde los dogmas, que la naturaleza de Jesús es doble, hombre y Dios, pero que el punto responsable, el punto focal, la última instancia (el *surmoi*), como la llaman los psicoanalistas, de Jesús es una instancia divina. Así pues, dado que Jesús es Dios, lo extraordinario no es que hiciera milagros, sino que no hiciera aún más.

Lo que hay que señalar en el Evangelio no es la multiplicidad de los milagros, sino por el contrario su perfecta adaptación al fin que Jesús se propone y que no es deslumbrar, ni siquiera convencer, sino hacer recordar, o manifestar que Él es superior a la naturaleza del cosmos, es decir, que participa, de una manera que habremos de definir, en la esencia de Dios, a quien llama Padre suyo. Esto es lo que repetía constantemente el Padre Lagrange y cómo planteaba el problema del milagro. «Hay en eso», decía, y con eso termina la página 639 de su libro sobre Jesús, «una invasión de las cosas divinas que asombra a la razón. Es la inserción de la divinidad en la humanidad, la naturaleza humana participando por medio de la gracia en la naturaleza divina, una prodigalidad tal de dones, unas exigencias tan elevadas, que una razón demasiado corta se siente abrumada más que atraída, siente uno la tentación de decir que es demasiado bello. Pero fuera de eso no hay nada, nada que cuente para nosotros, nada que lleve el sello de lo infinito. Henos frente a la nada. ¿A dónde iba el Señor? No queda más que encerrarse en una duda fastuosa o desesperada. O más bien apretarse junto a Pedro que sigue diciendo: "Tú tienes palabras de vida eterna". Y abandonarse al abrazo de Dios en Cristo Jesús».

Nazaret

Fui a Nazaret. Me imaginaba encontrar un lugar inadvertido. Me sorprendió ver una ciudad pequeña construida en escalones. Nazaret no es un lugar destacado; Nazaret no está edificada en una cumbre. Pero Nazaret posee un pro-

montorio desde donde se contempla el paisaje. Es una ciudad pequeña en la que se llega muy pronto a lo alto. No es ni llanura ni montaña, aunque se halla cerca de la llanura de Esdrelón y de las alturas del Tabor. Siempre he pensado que era un lugar donde un espíritu concentrado y soñador era capaz de ensancharse y de profundizarse. Es un lugar de paso entre el norte y el sur, Galilea y Judea, entre Occidente y ese misterioso Oriente que comienza más allá del lago de Genesaret. Y aunque todavía sea campo, Nazaret no está lejos de Cafarnaúm, de Magdala, de las ciudades de ocio y de placer en las que imperaban el lujo y la lujuria. María Magdalena era de Magdala. Nos encontramos en la bisagra de la historia, igual que Jesús iba a situarse en la bisagra de los tiempos. Y como yo creo que Jesús participaba de la visión divina por la parte más íntima de sí mismo, creo que escogió Nazaret para nacer allí. Desde que el Verbo hecho carne escogió este lugar de Nazaret, transformó todos los elementos de la Tierra. Antes de Nazaret, andar, beber, respirar, gemir tenían un sentido banal, común y, por así decir, prosaico. Jesús el Nazareno eleva cada parcela de la Tierra hasta la poesía pura. Si considero que Dios bebió el agua del torrente, que Dios posó sus plantas en el polvo del camino, que Dios miró la luna (viendo ya allí a Armstrong), yo ya no puedo mirar la luna, poner mis plantas en el suelo, comer un pedazo de pan de la misma manera. Todas esas cosas banales de la Tierra han sido transfiguradas por el uso que Dios ha hecho de ellas. Cuando observo el cuidado con que los fieles recogen un objeto que ha pertenecido a un santo, por ejemplo el escritorio de Santa Teresa, el calzado del cura de Ars, comprendo que un objeto de uso cotidiano lleve el sello de quien lo ha utilizado. Como he disfrutado con los pintores (Rembrandt, Cézanne, Monet), comprendo cómo el hombre podía sublimar una silla, un espárrago, unas manzanas en un frutero. Y entonces pienso que Jesús ha transfigurado los elementos: la tierra, porque la ha pisado con sus pies, el aire porque lo ha respirado, el agua porque ha metido en ella sus manos, el fuego porque sin duda lo encendió todas las noches. Y añado el sol, porque Jesús lo contemplaba desde la aurora y lo veía desvanecerse en el crepúsculo tan rápido de Oriente.

El lector me dirá sin duda que me dejo llevar por mis impresiones personales y que me olvido del Padre Lagrange. No sólo no olvido la obra del Padre Lagrange, sino que creo que describiendo la Tierra y el lugar de Jesús en la Tierra expreso la esencia del Padre Lagrange. ¿Qué quiso hacer sino transfigurar la parcela de tierra en la que plantó su tienda para sublimarla y hacer que sobre ella descendiera la luz eterna? Y así, conseguir que no sólo la pequeña tierra de Jerusalén donde habitaba fuera santificada, sino que cualquier otra tierra del planeta fuera santa.

Resurrección

Puede que cause extrañeza no encontrar en este capítulo sobre la «Resurrección» la palabra *resurrección*. La he sustituido por la palabra *anástasis*. Y ha sido para evitar la confusión, casi inevitable que consiste en considerar la «resurrección de los cuerpos» como una reanudación de esta vida.

Al escuchar al Padre Lagrange en la conversación que voy a contar, estuve recordando uno de los más bellos capítulos del Evangelio joánico, el de la «Resurrección de Lázaro».

Este capítulo siempre me asombra, tanto por sus detalles tan realistas (que parecen imitados de Flaubert), como por la evocación de los sentimientos de Marta «la activa» y de María «la contemplativa» ante su hermano salido del sepulcro.

A veces me he preguntado cómo, después de haber «probado la muerte», Lázaro había podido volver a vivir esta vida humana, banal, mezquina, cotidiana y fatigadora; y con qué impaciencia, con qué alegría (mezclada con temor) Lázaro consideraba el tener que morir por segunda vez...

Todo el misterio de la vida y de la muerte, o más exactamente, el paso de la vida a la Vida, se expresa oscuramente en estas páginas familiares y sublimes.

Se puede imaginar con qué intensidad yo interrogaba

al Padre Lagrange en Jerusalén. ¿Cómo había Jesús hablado de este problema? ¿Qué hemos conservado de sus palabras? Al escuchar al exégeta, yo tenía la impresión de coincidir con la primera generación cristiana, de oír un testimonio, sin intermediarios: la ventaja de hablar con el Padre Lagrange consistía en que me situaba (como dicen los filósofos de la existencia) «delante de la realidad misma».

«Sé, me dijo, que a usted le gusta situarse primero en el punto de vista de su adversario, es decir, del *negador*. Quedará usted satisfecho por el Evangelio, que expone las objeciones contra la resurrección formuladas ante Jesús por los saduceos, que en esto eran contrarios a los fariseos. No necesito recordarle a usted que los saduceos eran más bien políticos que místicos. Pero si recuerda usted el discurso de San Pablo en el Areópago ante lo más selecto del mundo griego, sabe usted que todo iba bien hasta el momento en que habló de la resurrección. Entonces, les pareció a los sabios de Grecia un loco peligroso y le costó trabajo no correr la misma suerte que Sócrates. Los pensadores griegos, ya sean platónicos, aristotélicos, plotínicos, estoicos o epicúreos, todos están de acuerdo para prohibir la resurrección (¿no ocurre quizá lo mismo con los filósofos de nuestro tiempo?). Entonces interviene Jesús. Y, me atrevo a decir, habla como experto. Le recuerdo a usted, continuaba el Padre Lagrange, el tema del debate.

»"El estudio de los textos, decía La Bruyère, es el camino más corto, el más seguro y más agradable para todo género de erudición. Tomad las cosas de primera mano, profundizad en la fuente"». Abro a San Mateo, capítulo XXII, versículos 23 a 30 y leo:

»"Aquel día se acercaron a él unos saduceos que dicen que no hay resurrección y le preguntaron: Maestro, Moisés dijo: Si alguno muere sin tener hijos, que su hermano se case con la viuda para dar descendencia a su hermano. Pues bien, había entre nosotros siete hermanos, el primero se casó y murió y, no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano. Lo mismo el segundo y el tercero, hasta los siete. Después de todos ellos murió la mujer. En la resurrección, ¿de cuál de los siete será mujer?, porque todos la

tuvieron. Jesús les respondió: Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como ángeles en el cielo".

»He pensado a menudo, explicaba el Padre Lagrange, otras respuestas posibles, y que sin embargo Jesús no dio. Habría podido citar a Isaías (capítulo XXVI, versículo 19): "Vivirán los muertos, sus cadáveres resucitarán, despertad y cantad los que yacéis en el polvo, porque rocío de luces es tu rocío y la tierra parirá sombras".

»Habría podido citar igualmente el texto del profeta Daniel, capítulo XII, versículo 2: "Las muchedumbres de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la eterna vida, otros para eterna vergüenza y confusión".

»Si Jesús no citó estos textos tan hermosos, tan poéticos, fue sin duda porque los saduceos "no aceptaban más autoridad que la de Moisés". Jesús responde con su propia autoridad: completa, culmina la revelación antigua. Pronuncia sobre la resurrección palabras de infinita profundidad. Sin duda, usted, el filósofo, va a referirlas a sus concepciones sobre la evolución del mundo, sobre la promoción de la mujer, sobre la sexualidad. Yo me limito a sacar a plena luz la sublimidad de lo que dice Jesús. Remítase usted a San Lucas, capítulo XX, versículo 34. Se le plantea a Jesús la misma cuestión: "¿De cuál de ellos será mujer? Porque los siete la tuvieron por mujer". Díjoles Jesús: "Los hijos de este siglo toman mujeres y maridos. Pero los juzgados dignos de tener parte en aquel siglo y en la resurrección de los muertos, ni tomarán mujeres ni maridos, porque ya no pueden morir y son semejantes a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección". Y continúa Jesús: "Pues que han de resucitar los muertos, el mismo Moisés lo da a entender en el pasaje de la zarza, cuando dice: El Señor Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob. Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, porque para Él todos viven"».

El Padre Lagrange añadió: «Habrá usted advertido, sin duda, que Pascal se hace eco de este texto en su *Memorial,*

es decir, en el trozo de pergamino que llevaba siempre encima, pues cada vez que cambiaba de ropa volvía a coserse el texto del famoso *Memorial,* que había sido la iluminación secreta de su vida.

»Dejemos a Pascal y volvamos al Evangelio de San Lucas.

»Jesús saca a relucir dos principios. El primer principio es que, en el Más Allá, nada sucederá como en este siglo y, en particular, las relaciones que llamamos *sexuales* serán elevadas a la sublimidad, y ya no serán relaciones de carne, sino relaciones de espíritu, o (si usted prefiere) si siguen siendo relaciones de carne, será en un sentido nuevo de transmutación, pues la carne ha sido sublimada por el espíritu. Éste es el primer principio que Jesús establece y que debería servirnos todavía cuando hablamos del reino del Más Allá. Nuestros conceptos, nuestras imágenes, nuestros términos, no están hechos para ese reino: hay que, por lo menos, someterlos a una transformación. Debemos eliminar toda idea análoga a la que atribuimos a los mahometanos, sobre un paraíso, que sería un paraíso carnal.

»El segundo principio que Jesús establece, es un principio fundamentado en la idea de que Dios no puede recompensar en el Más Allá con sombras, con fantasmas, con placeres falsos o con una falsa felicidad, que no es el Dios de los filósofos y de los sabios, diría Pascal, sino que es el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob. Y que, por consiguiente, lo que sabemos de Abraham, de Isaac y de Jacob nos muestra que no son unos aparecidos, no tienen una existencia debilitada por sombras, poseen realmente lo que llamamos una *vida,* una "vida eterna", es decir, la vida en su plenitud; y que, por consiguiente, la recompensa que Dios otorga a sus amigos es la de tenerlos siempre junto a Él, y si aún no son "resucitados" en el sentido estricto del término, viven lo suficiente como para serlo un día. "Entonces no serán frustrados por la vida eterna que es el fondo de su aspiración". Eso es lo que afirmaba el rabbí Gamaliel, que había sido maestro de San Pablo y que unos sesenta años después de Jesús escribía: "Los que os adheréis a Yahvé, vuestro Dios, estáis todos vivos hoy".

»La respuesta de Jesús fue tan valiosa, que dio lugar a

una frase hermosísima por parte de uno de los oyentes, y que es la siguiente: "Maestro, has hablado perfectamente bien, has dicho que eras único, que no hay otro ser fuera de ti y que amar a ese ser con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y amar también al prójimo como a sí mismo, vale mucho más que todos los holocaustos y todos los sacrificios", lo cual era el fondo de la enseñanza de Jesús. Y Jesús respondió a ese interrogador hábil y cándido: "No estás lejos del reino de Dios"».

El Padre Lagrange se detuvo aquí y me dijo: «Ahí tiene, señor filósofo, todo lo que puedo decirle desde el punto de vista de la exégesis». Y entonces tomé la palabra e intenté exponer mi punto de vista de filósofo ante el exégeta.

—La anástasis, le dije al Padre Lagrange, tiene una primera característica: que a los ojos del hombre de hoy es lo improbable en lo improbable, es decir, casi imposible. Nunca podrá producirla ninguna operación. Aunque Bergson haya dicho, como usted sabe, Padre, que «el mundo es una máquina de hacer dioses», esta inmensa máquina del mundo nunca hará una resurrección de los muertos. Por consiguiente, desde el primer punto de vista, es decir, el del hombre moderno, yo condeno la anástasis a la imposibilidad. Pero yo no soy el hombre moderno, o más bien soy lo que yo llamo un fósil del futuro, es decir, que no me sitúo en el punto de vista del hombre del siglo XX, sino que me sitúo en el punto de vista del hombre del siglo XXX, el hombre del punto Omega, el hombre del fin de los tiempos, y trato de entender la anástasis situándola en la evolución total de la humanidad. Entonces me planteo la cuestión siguiente: la anástasis, en el sentido que le dan los cristianos, es un acontecimiento futuro, pero desde el punto de vista de un ser simultáneo, desde la visión de Dios, no hay acontecimientos futuros, o más bien, el acontecimiento futuro ya se ha producido bajo una primera forma. Así pues, busco en el pasado una especie de anástasis anterior. Y basándome en el análisis de esa anástasis previa, intento perfilar el contorno de la anástasis futura.

—Le escucho, querido filósofo, hábleme usted de la anástasis previa, me dijo el Padre Lagrange.

—La anástasis que yo llamo previa es muy sencilla: es el

paso de la animalidad a la humanidad, o si lo prefiere, el momento en el que lo que llamamos mono, que es un animal, se convierte en el hombre que es un animal pensante. Dicho de otro modo, la primera anástasis es la supervivencia del pensamiento a través de la materia, a partir de la materia, es la supervivencia del hombre pensante a partir del animal no pensante; en otras palabras, lo que se llama la aparición del hombre o de los hombres sobre el planeta. ¡Cuántas veces a lo largo de mi vida de pensador he intentado imaginar con tantos filósofos, tantos teólogos y tantos místicos, esta primera emergencia en la que de la materia surgió el pensamiento!

»Inmediatamente le diré a usted cómo me la represento o cómo la concibo. Me parece que, antes de esta emergencia, antes del pensamiento, ese ser al que nosotros llamamos mono superior es una especie de mota de polvo, de partícula, de grano de arena, en el cosmos y sobre el planeta. Pero a partir del momento en que surge el pensamiento, la caña se vuelve pensante y se produce una transformación total, porque la materia ya no es primera, sino que lo es el pensamiento. Dicho de otra manera, el mundo entero se presenta bajo la forma de una inmensa representación. El pensamiento, aunque sea ínfimo, comprende y abarca al universo entero, y la caña pensante, aunque sea el más endeble de los seres de la tierra, es el más sublime de todos esos seres, porque no está comprendido en el todo a la manera de una mota de polvo, sino que por el contrario él comprende, se representa, percibe, consuma la totalidad y, aun siendo muy endeble, es mayor que el universo entero, por más que el universo posea miríadas de galaxias que proyectan su luz en la infinitud de los tiempos.

»Esto es, pues, lo que llamo una anástasis. Una anástasis es el fenómeno en el que se produce un giro total, un giro absoluto, un giro radical, ya que el ser que no era nada se convierte de pronto en el ser que lo es todo. En cierto modo está envuelto en la materia, pero en cuanto surge como pensamiento, envuelve a la totalidad de la materia. Así es como yo imagino la primera anástasis, y veo en ella la imagen de lo que podría ser la segunda anástasis, la que llama-

mos resurrección, y sobre la que usted me pregunta, Padre Lagrange.

—Le escucho, me dijo el Padre Lagrange, y estoy muy atento. Le repito mi pregunta: ¿Cómo se representa usted, cómo concibe, cómo se figura la segunda anástasis, la que esperamos, ésa que todavía no somos?, porque la Escritura nos dice que todavía no somos lo que estamos llamados a ser un día.

—Le respondo, Padre, que la segunda anástasis se ha dado ya como en imagen, en prefiguración, en anuncio en la primera anástasis, en el sentido de que con el pensamiento envolvemos el cosmos, pero la acción no ha seguido al pensamiento. Lo repito: con la aparición del hombre en el seno de la materia hemos logrado la primera victoria. Esta primera victoria es lo que llamamos el pensamiento. Pero aún no hemos logrado la segunda victoria, es decir, hemos ganado con el pensamiento pero no hemos ganado con la acción. En otras palabras, la acción que está representada por lo que llamamos cuerpo, y todo lo que continúa y completa el cuerpo, por ejemplo, los inmensos progresos de la técnica en el siglo XX, aún no nos la hemos adueñado.

»Lo repito, hemos triunfado con el pensamiento, pero aún estamos vencidos por la acción. Dicho de otro modo, la segunda anástasis será una anástasis en la que, lo que ha sucedido desde el punto de vista del solo pensamiento sucederá desde el punto de vista del ser total, es decir, del ser que actúa, sucederá desde el punto de vista de lo que llamamos cuerpo, que será transformado con la creación entera en cuanto que la creación no es más que materia.

»Yo diría, pues, que en la historia total hay dos mutaciones, y en esto adopto el lenguaje qué usted conoce del Padre Teilhard de Chardin. La primera mutación ha transformado la biosfera en noosfera. Pero la segunda mutación, infinitamente más infinita, transformará la noosfera, es decir, una esfera habitada por el pensamiento, en lo que se puede llamar con la Escritura la pneumatosfera, es decir, una esfera habitada por completo por ese poder infinito que llamamos Espíritu Santo, es decir, espíritu de transformación, espíritu de supercreación, espíritu total, y, lo repi-

to, la transformación de la biosfera en noosfera anuncia la transformación futura de la noosfera en pneumatosfera, que será el fin de los tiempos, o el fin de un tiempo.

»Por otra parte, Padre, cuando considero a la humanidad del siglo XX, se me ocurre que en esta historia que nos concierne, que nos corta la respiración, una especie de prefiguración de la transformación total, de la transformación última, porque el estado en que se encuentra la humanidad de este siglo XX después de Jesucristo es una especie de callejón sin salida, es decir, un estado que se dirige hacia un muro y del que no se podrá salir más que por medio de una transformación profunda, y si muchos esperan con cierto temor mezclado de esperanza lo que se llama el año 2000, es probablemente porque ven en este años 2000 una especie de imagen de una emergencia final. Por eso, los estudios sobre la anástasis, que hasta ahora sólo interesaban a algunos contradictores o a algunos eruditos, reviste una cierta actualidad».

Éste fue el esquema, el desarrollo y la dialéctica de nuestra conversación sobre la razón y sobre la anástasis.

Encuentro entre mis notas el eco de otra conversación que uno a ésta porque, por así decir, es su conclusión o forma una última parte de ella. Fue el día en que el Padre Lagrange y yo nos detuvimos sobre un texto muy conocido de San Pablo, que aporta sobre este punto una luz bastante diferente de la que es propia generalmente de los filósofos o incluso de los teólogos. Esta luz puede resumirse en una frase muy sencilla: para la mayor parte de los espíritus, el hombre está compuesto de dos naturalezas, de dos elementos, de dos sistemas, de los que uno se llama alma y el otro se llama cuerpo, de suerte que todo espíritu que se interesa por la condición humana se atiene a una especie de esquema dicotómico, en el sentido de que divide el compuesto humano en dos pisos, en dos naturalezas, en dos elementos, de los que uno se llama espíritu, el alma, y el otro se llama cuerpo. Pero en San Pablo, como en ciertos estoicos, pero especialmente en San Pablo, hay otra concepción que sometí al Padre Lagrange y que no pudo dejar de admitir, a saber, que no hay dos elementos en el hom-

bre, que no podemos comprender al hombre con una visión dicotómica, es decir, dividido en dos partes, sino que en el hombre hay tres elementos y que, para comprender al hombre hay que recurrir a la cifra 3, y distinguir en el hombre tres pisos, uno de los cuales se llama evidentemente cuerpo, el otro se llama alma, pero el tercero se llama espíritu o, para decirlo en griego, *pneuma,* de suerte que el hombre es tripartito y, si queremos comprendernos a nosotros mismos, tenemos que comprendernos como en tres pisos, la planta baja, el primero y después el último piso, que está pegado al techo: el primer piso es la existencia corporal y somática en la que vivimos; el segundo piso es un piso un tanto ambiguo, equívoco, porque está hecho de una mezcla, es el piso psíquico; y el tercer piso es un piso en el que todavía no estamos plenamente satisfechos, que no hemos alcanzado plenamente, del que sólo hemos conocido las primicias y que es el piso de lo que los cristianos llaman la resurrección de los cuerpos y de lo que yo he llamado anástasis. Hay, pues, para comprender al hombre tres perspectivas o por lo menos una perspectiva con tres ramas, el cuerpo, el alma y el espíritu.

Es lo que dice San Pablo y se sirve de esta triple división para explicar la resurrección. Con esta triple división tenemos una explicación bastante sencilla de la resurrección, ya que la resurrección es el momento en que el alma, en lugar de estar unida al cuerpo, o lo que es lo mismo, la psiqué, en vez de estar unida al soma, cambia de estructura y se une al espíritu. Dicho de otro modo, a la primera situación del hombre, que es una situación adámica, en la que el alma está unida al cuerpo, sucede una situación que llamaremos espiritual o neumática, es decir, la de la resurrección y la anástasis, en la que el espíritu, gracias a Jesucristo resucitado, que nos ha precedido en esta transformación, será directamente unido al *pneuma,* es decir, al espíritu de Dios, renovador y creador. De modo que la vida presente, que es una vida intermedia entre el cuerpo y el espíritu, será provisional, y el alma, habiendo cumplido su función mediadora y provisional, será eliminada. Ésta es la idea que Pablo propone para explicar la resurrección. Cómo, habiendo nacido de Adán, después de la resurrección sere-

mos promovidos a un nuevo estado que es el estado pneumático, en el que Cristo y la Virgen han sido introducidos.

Así es cómo, tratando de pensar la resurrección, no sólo desde el punto de vista de la exégesis y del testimonio sobre Cristo resucitado, sino desde el punto de vista total que es el punto de vista del pensador, me he esforzado en transformar su noción y creo haber mostrado que la resurrección, lejos de ser un accidente, extrínseco a la razón, a la experiencia, a la noción que tenemos de la existencia, entra en el plan del devenir y no es más que una etapa del desarrollo total del ser.

Todo esto podría resumirse en una idea muy sencilla: la época que estamos viviendo, el tiempo que vivimos, el ser que somos, es no acabado, está inacabado. Somos como plantas en el mes de marzo, poco antes de la primavera. Somos como semillas enterradas que aún no han germinado. Somos seres incompletos que aspiran hacia su plenitud. Y todo lo que llamamos deseo, incluso lo que llamamos placer, es un esfuerzo para alcanzar esa plenitud demasiado temprano. Como decía San Pablo, y el Evangelio de San Juan lo dice de una manera más sencilla, ese estado de *nova creatura* es el que el Padre Lagrange y yo estabamos de acuerdo en escribirlo con letras de oro sobre nuestra sepultura: «Lo que seremos, aún no ha aparecido».

7.
LOS TRES TESTIGOS

Monsieur Pouget

Cuando yo comparaba a mis inspiradores secretos, Monsieur Pouget surgía invitablemente; en su destino se daban muchos rasgos comunes con el del Padre Lagrange, ya que en ambos casos el Pentateuco había sido su corona y su cruz. Monsieur Pouget había enseñado hacia 1890 que el libro de Moisés llamado Pentateuco no había sido escrito por Moisés, y que no era un documento mosaico, sino más bien un mosaico de documentos. Le habían prohibido la enseñanza y se retiró para siempre a su celda. En aquel momento, decía, Dios lo había tocado haciéndole perder casi toda la vista. Guardó silencio hasta su muerte, limitándose a pensar en él mismo. «He perdido mis ojos, decía, he perdido mi cátedra, lo he perdido todo; he trabajado como una máquina, soportando de continuo el peso de todo. Igual que el buey se deja uncir al yugo, igual que el campesino acepta a diario la pesada carga de la tierra».

En el fondo, el problema que se planteaba sin cesar en su noche era el mismo que el del Padre Lagrange. Pensaba que el cristianismo no había conocido nunca una prueba más dura que la crítica bíblica. Estaba cierto de que en el siglo XX el catolicismo naufragaría con armas y bagages si la crítica histórica demostraba que lo que consideraba como certeza, como revelación, era inexacto y falso. Sin ninguna duda, la crítica iba a obligar a lijar la fe, a limpiarla, como la piqueta limpia de enlucido una muralla antigua. Pero, igual que el Padre Lagrange, el Padre Pouget pensaba que esa limpieza haría a la fe más exacta y más verdadera. Igual que el Padre Lagrange, él también había sido víc-

tima inocente de la crisis del modernismo. Igual que el Padre Teilhard, él pensaba que la teología de Cristo no había sido todavía completamente desarrollada, y que ese desarrollo se llevaría a cabo con la intervención de la ciencia crítica. Pouget y Teilhard decían: «Mientras más la ciencia agranda el universo, más resplandece Cristo en él».

No puedo evitar imaginarme un «diálogo en los infiernos» de mis tres maestros, Lagrange, Teilhard y Pouget. Observo sus rostros, me parece oír sus palabras. En este bajo mundo en el que nos desconocemos, estos tres testigos no se han encontrado. Los grandes no se encuentran en este mundo. Y los leones del desierto se saludan únicamente con las melenas.

Teilhard

El proyecto del Padre Lagrange consistía en demostrar que Jesús era histórico.

El Padre Teilhard sobrevolaba este problema, que consideraba insoluble, al menos para una exégesis abandonada a sí misma. El pasado, si no era el pasado de la *prehistoria,* no le interesaba. Estaba inspirado y como aspirado por el futuro, y el futuro más lejano, el del fin de los tiempos.

Se comparaba con San Pablo, que no había visto nunca al Cristo de la Historia, que recogió lo que las primeras comunidades decían sobre Él, pero esta ignorancia de la Historia le había sido beneficiosa en cierto sentido, puesto que San Pablo había podido apasionarse no por el Cristo histórico, sino por el Cristo eterno, el que contemplaremos al final de los tiempos.

Cuando yo comparaba a Teilhard con Lagrange, me decía que su diferencia provenía de que no medían las cosas con el mismo metro. Y no podían ponerse de acuerdo. Teilhard tomó por unidad de medida no el millar, sino el millar de millones de años. Y yo me decía que para los físicos modernos que trabajan en temas espaciales la unidad de medida no es la mía. Es la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo.

He conservado en mis apuntes el eco de nuestras con-

versaciones. Un día, Teilhard me dijo: «Desde que un papirotazo lanzó al ser en el devenir (en nuestra época diría "desde el *Big bang*"), han pasado veinte mil millones de años. Pero un fenómeno inverosímil, imposible, se produjo (en África, en Asia, no lo sé), el animal pensante, la *humanidad.* La humanización duró alrededor de ochenta mil años: aún no ha terminado.

»Considere ahora la religión de Jesús desde que se separó de la religión de Moisés. ¡Dos mil años! Quizá somos los primeros cristianos».

En 1925, asistí a un retiro predicado por el Padre Teilhard. Nos hizo unas consideraciones sobre los tres votos: pobreza, castidad, obediencia. La pobreza, dijo, no es el despojo. El oro puede ser un medio eficaz. «¡Enriqueceos!». Junto a la castidad, que combate a la carne hay una castidad más elevada, que purifica a la carne y la sublima, como en el caso de Dante y Beatriz. La obediencia no consiste en ser un cadáver. La auténtica disciplina exige que en alguna ocasión se resista al superior, sin dejar de recordar que, si se equivoca, hay que someterse con la muerte en el alma. Esta opinión le habría gustado al Padre Lagrange.

Algunas veces, después de haber escuchado al Teilhard, iba a ver a M. Pouget y le contaba lo que Teilhard había dicho. M. Pouget meneaba la cabeza y decía: «Es eso, y no es eso».

Teilhard tenía una mirada de acero que os desconcertaba: los ojos de M. Pouget estaban vacíos como los ojos de Homero. Pouget era rechoncho, fornido, musculoso. Las manos de Teilhard eran musicales, como si tocara las teclas de un piano. Y a veces, tomaba con la punta de los dedos, como si fuera una hostia, el diente de un pitecantropus (de un homínido, de un neandertalense), para medir el *fenómeno humano* a partir de aquellas reliquias. Las manos de M. Pouger acariciaban las aristas de su mesa de trabajo.

Cuando se trataba de definir lo que es ser, se parecían. Para captar el *ser,* Pouget no había palpado ni un fragmento de materia. Se había zambullido en el agua de un Niágara de su Auvernia, que era un chorro inmóvil.

Uno y otro opinaban que la teología de Cristo aún no había sido plenamente desarrollada. Uno y otro decían que, mientras más la ciencia amplía el cosmos, más muestra la realidad, la profundidad, la inmensidad de la intimidad de Cristo en quien todo será, porque todo está ya en él: el cosmos les parecía un manto tachonado de estrellas echado sobre los hombros de un Dios crucificado.

Yo veía en Teilhard no un maestro, sino un pionero. Los pioneros se desgarran las manos con las espinas (hay que dejarles la libertad de errar). Los pioneros avanzan y no dejan huellas. Ante ellos, decía Newman que era pionero, nos sentimos «a la vez encantados y perplejos».

Lagrange era un compuesto de maestro y de pionero...

ÚLTIMAS PERSPECTIVAS

El siglo XX no tiene parangón con ningún otro en la historia de la especie humana.

El mundo ha cambiado menos en millones de siglos anteriores que lo que ha cambiado en este siglo XX. Ciertamente, podemos considerar una época comparable, como fue el fin del Imperio romano, como ha sido el fin de todos los imperios, Egipto, Babilonia, Oriente. Pero todos los Imperios se han sucedido en este planeta sin que la condición humana haya cambiado. Ahora bien, en este tiempo nuestro, es la *condición humana* la que corre el riesgo de transformarse ante nuestros ojos ciegos y deslumbrados.

Las transformaciones que se han producido a lo largo de la historia precedente han sido, en cierto modo, accidentales. No han puesto en juego la *esencia* de la humanidad. Ahora bien, estamos en vías de mudar, de mutar en lo más profundo de nosotros mismos. ¿Quién nos dice que los ordenadores no van a transformar nuestro modo de comunicarnos por signos, lo que llamamos lenguaje? ¿Quién nos dice que las máquinas no harán desaparecer ese esfuerzo agotador que llamamos trabajo? ¿Quién nos dice que los descubrimientos biológicos no darán lugar al nacimiento de sub-seres o de super-seres? Y entonces, ¿qué serán los *hombres*?

Entre todos los problemas que se van a plantear a la especie pensante, el que trata esta obra sobre el Padre Lagrange será siempre capital. Pues la relación del hombre con su pasado, que llamamos historia, y con su porvenir todavía incierto, que llamamos futuro, ¿no irá a modificarse de arriba abajo? Y la historicidad de Jesús, ¿no será puesta en duda de una manera más radical que nunca? Cuando

más tiempo transcurre entre Jesús y nosotros, más se aleja el acontecimiento histórico de Jesús. Cuanto más se amplíe la duración entre Jesús y nosotros, mayor riesgo corre Jesús de perder en intimidad, en densidad, en presencia invisible.

Los filósofos alemanes del siglo pasado (Feuerbach, Hegel, Strauss) han advertido siempre de esta dificultad de conservarle a Jesús su carácter histórico. Citaré un solo ejemplo, el de Lessing: «¿Se puede obtener a partir de la historia una certeza eterna? ¿Se puede fundamentar nuestra salvación en saber histórico? La fe del año 3000, ¿podrá descansar sobre el desciframiento de un papiro y sobre el testimonio de algunos judíos de tiempos pasados?

Y añadiré: ¿Quién nos dice que el fenómeno que llamamos *historia* no va a cesar? Seguimos hablando de prehistoria. Es prueba de que la historia no ha existido siempre. Después de la historia, ¿no aparecerá una fase de *posthistoria,* en la que la humanidad quedará fija en lo mejor o en lo peor, siendo la historia solamente un intermedio provisional, tumultuoso y vano?

La crisis de la exégesis

La crítica bíblica ha renovado la imagen de la Biblia. La ha rejuvenecido. Ha mostrado la verosimilitud histórica de determinados pasajes de la Biblia, al mismo tiempo que mostraba el carácter legendario de muchos de ellos. Para decirlo todo, nos ha revelado la Biblia de una manera nueva.

Podemos tener la seguridad de que el día de mañana la crítica bíblica perfeccionará aún más sus métodos y sus análisis, por una parte en las excavaciones y en las arenas, y por otra parte en las bibliotecas y en los congresos de los sabios. Haremos grandes progresos en el conocimiento de la Escritura.

Pero...

Pero el problema que se ha silenciado siempre porque es esencial volverá a aparecer: es un problema eterno en filosofía, desde los griegos. ¿Cuál es la relación entre la cau-

sa *material* y la causa *final*? Sobre todo, ¿en qué el análisis más perfecto de la causa material nos ilustra sobre la causa final?

«Una cosa, decía ya Platón, lo que es la causa; otra cosa, aquello sin lo cual la causa no sería la causa». Nosostros llamamos a esto la *condición*. Saber cómo Armstrong pudo alunizar no nos dice nada acerca de lo que es la luna.

Había que recordar estas evidencias. Saber cómo se ha producido un ser, no es saber lo que este ser es. La ilusión de las ciencias llamadas «ciencias humanas» es hacernos creer que el *cómo* puede sustituir al *por qué*. Conocer la génesis de un gran amor, no es saber lo que es amar.

Por supuesto, conocemos mejor que nuestros padres cómo fueron gestados, redactados, compuestos... transmitidos, predicados, discutidos, comentados los cuatro Evangelios. Pero hoy más que nunca se plantea la pregunta de si esos Evangelios contienen una historia o un mito. El conocimiento del mecanismo no nos da ninguna información sobre su esencia. Es más, hace aún más impenetrable el problema supremo en el que no cesamos de pensar.

Cuando le explicaban a Leibniz la *génesis* de la *razón*, respondía: «No hay nada en la razón que no pueda proceder de las experiencias sobre su génesis, si no es la razón misma. De un gran amor podría decirse: nada hay en este amor que no se explique por las circunstancias y los caracteres, si no es el amor mismo».

El estado poético, el estado inventivo, el estado místico, son inducidos por un mecanismo y, ciertamente, este mecanismo es necesario para suscitar, para llevar, para desarrollar, como el tallo lo es para la flor. Sin duda, por una especie de magia, el mecanismo puede suplir a la esencia. Pero el mecanismo no es la esencia más de lo que el lenguaje no es el pensamiento.

El lector me perdonará que recuerde estas evidencias en un momento en que las ciencias hacen unos progresos inmensos en el conocimiento de las génesis, de los mecanismos de las estructuras.

Mañana sin duda, esos tres precursores llamados Freud, Nietzsche y Marx quedarán superados. Los ordenadores nos revelarán los mecanismos del amor, de la mística y de

la poesía. Mañana, la máquina será más poderosa que el pensamiento. La máquina de calcular más exacta que el cálculo. La máquina, fabricada por la inteligencia humana para ser ayuda del hombre como antes lo hacían las herramientas, irá más de prisa, más lejos y superará a su inventor. ¿Incluso hasta quién sabe si un robot inteligente no llegará a amenazar la existencia del hombre? Pero la *esencia del hombre* permanecerá en su misterio absoluto. Y, volviendo a la obra del Padre Lagrange, que no he perdido de vista, el problema en el que profundizó sin descanso será más actual que nunca.

Me he pasado la vida reflexionando sobre un problema capital y supremo: la relación de lo eterno con el tiempo.

Y, durante todo ese mismo tiempo, no he parado nunca de plantearme un problema religioso propio de nuestra civilización occidental, el de la relación de Jesús con la duración histórica. Digamos, para emplear los términos usuales, la relación de la Iglesia con la Iglesia. El último concilio se ha inclinado continuamente sobre este problema situado en el contexto actual.

Pero me gustaría, para terminar esta obra, llevar la cuestión hasta el extremo.

En mi juventud, leí y releí a un pensador pagano célebre que vivió en Egipto dos siglos después de Jesucristo y que tenía relación con los cristianos; que había conocido su doctrina, y en particular sabía el carácter que los cristianos daban a Jesús histórico.

Ya entonces me había llamado la atención una cuestión que ese Plotino se planteaba y que nos sitúa en el corazón del misterio de toda la historia profunda: *«Dia ti nun, kai ouk aei autos?»*, «¿Por qué eso ha ocurrido ahora, por qué eso no ha sido siempre?».

Abriendo la Epístola a los Hebreos, en el Nuevo Testamento, leí la respuesta que se daba un discípulo de San Pablo: «JESUS HIERI; JESUS HODIE; JESUS IN SAECULA», «Jesús era ayer, es hoy, es por todos los siglos».

«Jesús está en agonía hasta el final de los tiempos» (Pascal).

Nos hallamos aquí en la profundidad misteriosa de la fe cristiana y en uno de los puntos de encuentro y de ruptura

de esta fe con la incredulidad. Pascal, que cree en la realidad de la historia de Jesús, se opone en esto a Spinoza, para quien todo es eterno.

En la religión católica, como en la ortodoxia rusa, la liturgia tiene como principio anticipar la eternidad y comenzar en el tiempo la contemplación eterna. Para un sacerdote, un *religioso* como fue el Padre Lagrange, no había una diferencia radical entre lo que es ahora y lo que es siempre. Para él, el *ahora* se eleva a la dignidad del siempre y la eternidad está ya presente en el tiempo, ya que la eternidad es la sustancia del tiempo.

La vejez

¿Por qué Cristo, que quiso conocer en su carne todas las etapas de la vida humana, no consintió en envejecer? Jesús fue arrancado a la edad de treinta y tres años, en la plenitud de su juventud y no en el ocaso de la vejez. De suerte que los cristianos no tienen modelo, cuando entran en la «tercera» edad. Esta ausencia es sensible en nuestro tiempo de reciclajes, cuando en mitad de la vida se comienza una nueva existencia.

Cuando yo hablaba con el Padre Lagrange, aún él no había entrado en la última fase de su vida. Le puse el problema de la muerte de Jesús, preguntándole por qué, a su parecer, el *Verbo hecho carne* no quiso envejecer. Me respondió que Cristo nos había dado dos modelos de envejecimiento en los dos seres que estuvieron a su lado en el momento de su último suspiro: La Virgen y San Juan. La tradición dice que la madre de Jesús le sobrevivió ampliamente; que Juan murió en edad muy avanzada, habiendo visto morir a los demás apóstoles, y sobreviviendo con tal estabilidad que sus discípulos pudieron imaginarse que no iba a morir nunca. ¡Se vio obligado a rectificarles!

La existencia humana lleva de por sí unas fases que se van sucediendo en metamorfosis. Tras la tercera edad, vendrá sin duda para nosotros lo que verdaderamente es la *vejez* y que los latinos llamaban *senectus.* Esta última edad es la preparación para la última metamorfosis. No estamos toda-

vía al final del camino, aún no somos cumplidos: «Lo que seremos, aún no ha aparecido». Y, al escribir ahora la vida del Padre Lagrange, la veo como un *punto indivisible,* que se difracta y se refracta en una larga duración de tiempo.

Al Padre Lagrange le gustaba citar el consejo del Evangelio según San Juan. «Caminad mientras tenéis luz». Creía que en la edad de la vejez, el deber consistía en avanzar en la luz a pasos cortos, según el versículo del Eclesiastés: «Antes de que el día baje ante las ventanas, antes de que la puerta se cierre sobre la calle, antes de que decaiga la voz de la muela, antes de que se detenga el canto del pájaro y que callen las canciones cuando se tema subir por la senda y se sientan los miedos del camino».

La muerte

Viendo envejecer al Padre Lagrange, yo recordaba el consejo de Nietzsche: «Deja crecer en madurez y en dulzura los frutos de tu existencia, a fin de que en ellos no se mezcle nada de ácido ni de amargo».

La última época del Padre Lagrange estuvo iluminada por la dulzura. Le habían aconsejado que abandonara Jerusalén cuyo clima era demasiado perjudicial para sus viejos huesos. Pero, como los veteranos y los monjes, sólo quería hacer su capricho: deseaba morir en su celda, en su puesto. Cuando, a finales de 1935, por deseo de su Padre General, el Padre Gillet, se le sugirió al león que eligiera su última guarida, aceptó retirarse a morir en Saint-Maximin, el lugar en que, cincuenta y siete años antes, había tomado el hábito blanco de Santo Domingo.

Tenía la esperanza de ver aparecer *por fin* su *Comentario sobre el Génesis.* Hasta a la sombra de la muerte, su Génesis era su cruz.

Creo que su pasión por el Génesis, ese relato de los orígenes, lo apartaba del *Apocalipsis,* que trata del final de los tiempos y de la consumación de la historia.

El último momento de la historia bajo la mirada del Eterno, ¿no ha precedido al primer momento? Para Dios, el punto Omega, ¿no es anterior al punto Alfa?

Nos entretenemos con los acontecimientos, las cosas, los seres que nos han hecho sufrir. El Génesis había sido para el Padre Lagrange el lugar de sus batallas y de sus dolores. El Génesis le velaba el Apocalipsis, pues la historia no es otra cosa más que el largo intervalo efímero entre un origen y una consumación.

El 4 de marzo de 1938, había iniciado un curso sobre «La Pasión en San Juan y en los Sinópticos» para los alumnos de Saint-Maximin. El 8 de marzo, la pluma se le cayó de las manos cuando corregía un artículo para la *Revue biblique* sobre la autenticidad mosaica del Pentateuco (decididamente, este tema le obsesionaba).

Se apagó el 10 de marzo por la mañana.

El Padre Bruckberger fue testigo de sus últimas horas en este mundo. Me limito a copiar su testimonio: «La congestión pulmonar de la que murió habría podido resolverse con los antibióticos. Los grandes enfermos, aunque sean "santos", murmuran: "Un instante todavía, Señor, en este bajo mundo". El médico había avisado al Padre prior. El Padre prior avisó al Padre Lagrange. Sorprendido, dijo con voz clara: "Que se haga la voluntad de Dios". Repitió: "Que se haga".

»Entre nosotros, los encargados de cuidar a los enfermos son los Padres jóvenes. A partir de la medianoche se observaba la regla del ayuno eucarístico. En cuanto sonaba la medianoche, el Padre joven debía llevar la Eucaristía al enfermo. El Padre Lagrange se impacientaba. Sabiendo que yo había nacido en Austria, me llamaba de broma "el caporal húngaro". Le oí decirme aquella última noche: "¿Qué está haciendo el caporal húngaro?".

»Cuando llegué a su celda revestido con los ornamentos, el Padre se incorporó en la cama. Se recogió. Tomó parte en nuestras oraciones con absoluta claridad. Siguiendo la costumbre, los dominicos que le rodeaban entonaron la *Salve Regina*. Uno de ellos me dijo que había oído al Padre Lagrange murmurar: "¡Jerusalén! ¡Jerusalén!".

»El sábado 12 de marzo, depositamos sus restos en el centro del cementerio conventual, en el recinto del jardín.

En 1967, sus cenizas fueron enterradas en Jerusalén al pie del altar de la basílica de Saint-Etienne».

Estos dos dominicos, tan distintos, se parecían, a mi entender, por su vertiente medieval. Recordemos que la Orden dominica es una Orden militar, una Orden tanto de combate como de doctrina; una Orden de independencia y de valor; una Orden de insumisión sumisa; o mejor, una Orden de sumisión insumisa.

«En su época, había escrito Bruckberger, Santo Domingo fundó una Orden de caballería, transponiendo las reglas de la caballería al ámbito espiritual. El combate (un cierto estilo de combate) pertenece a los caballeros: la victoria sólo pertenece a Dios. Al caballero le basta como recompensa haber participado en este hermoso combate, sin temor y sin reproche, por su Señor Jesús y por su Dama, la Iglesia».

Kra

Los acontecimientos son casualidades, pero esas casualidades dibujan en la noche constelaciones. El lector me permitirá abrir aquí un paréntesis. Para hablarle de Kra, cuya muerte imprevista está ligada para siempre, por mí, a la muerte tan prevista del Padre Lagrange.

El Padre Lagrange vino a Montpellier algunos meses antes de su muerte. Entonces pude recoger los últimos cantos del cisne. Estábamos a su alrededor tres discípulos: Antoine Guillaumont, profesor del Colegio de Francia; Daumas, el egiptólogo; y una joven, Christiane Joannier, a la que apodábamos Kra.

De Kra, Guillaumont escribe: «En el pequeño grupo de amigos que formábamos, ella se mostraba reservada y discreta, pero imaginativa, lúcida y realista. Se había entregado con fervor a sus actividades de enfermera primero y luego de asistente social, lo cual le había permitido conocer la extensión de la miseria. Pero pensaba que había algo más que hacer. Comprendí que para ella la vocación contemplativa, lejos de ser una evasión de la acción, nacía de

la sobreabundancia de la acción, del deseo de obrar de una manera soberanamente eficaz por medio de la unión con Dios. Christiane había tomado el hábito de carmelita en octubre de 1953».

A veces hacía versos para conocerse y profetizarse:

¿Qué dice el viento en el mar?
Canto del mar y
canto del viento,
traedme al que amo,
al que me espera.

Su voz era dulce y profunda,
fluye para siempre
en mi corazón.
Amado, ¿qué importa el tiempo?[1].

Pues bien, Kra fue víctima de un accidente de carretera el 28 de junio de 1983.

Si he interrumpido el relato de la muerte del Padre Lagrange para evocar el rostro de Kra, ha sido porque, a mi entender, no hay coincidencia entre ambos. El autor de los destinos hace que las coincidencias se conviertan en palabras divinas: lo que la Escritura llama «profecías».

La mascarilla mortuoria

El Papa Pablo VI me dijo que deseaba morir el día de la Transfiguración: Dios lo escuchó, se apagó el 6 de agosto. Los amigos del Padre Lagrange lo habían oído con frecuencia decir que deseaba morir el dia de Pascua: murió en la tarde del domingo de Resurrección.

El hombre desconoce el día de su partida; celebra únicamente el día de su nacimiento. Y cada año caminamos

[1] Que dit le vent sur la mer? / Chant de la mer et / Chant du vent / Apportez-moi Celui que j'aime / Celui qui m'attend. / Sa voix était douce et mouillée / Elle coule por toujours / Dans mon coeur. / Bien-Aimé qu'importe le temps?

sobre el aniversario de nuestra muerte, como sobre una lápida oculta por el césped... La muerte del Padre Lagrange fue banal como la de tantos muertos.

Digamos que, como todas nuestras muertes, fue una *interrupción*. La frase que había comenzado no fue acabada. Hubo un «último suspiro»: todo podía continuar. Pero, de repente, la vida del Padre Lagrange fue *interrumpida*. Le tomaron el pulso, ya no latía.

Como yo amaba a Pascal y era aficionado a pintar, y con preferencia a pintar rostros, había meditado con frecuencia sobre la mascarilla de Pascal, que ha llegado hasta nosotros. En 1992 podemos contemplar en la mascarilla el rostro que reprodujo Philippe de Champaigne y que conservo en mi habitación.

Y cuando M. Pouget murió, no me costó gran trabajo encontrar, en el barrio de Montparnasse, el preferido por los pintores, un especialista en hacer moldes. Lo difícil fue conseguir el permiso, pues los Lazaristas veneran la humildad.

El siglo XX situado en la historia

Habiendo nacido en el primer año del siglo XX, tengo la impresión de haber atravesado una época que no tiene equivalente en la historia de la especie pensante de este planeta. El mundo ha cambiado menos durante los millones de siglos anteriores que lo que ha cambiado en el siglo en que yo he vivido. Y, por supuesto, podemos pensar en los tiempos en que se desvanecieron los Imperios, como fue el caso del Imperio romano. Pero los Imperios se suceden en la superficie de la historia a la manera de las olas, que no modifican el océano. Pero, en el siglo que se acaba, parece como si la *condición humana* esté a punto de cambiar; como si entrásemos en un período final. No desde luego el «fin de los tiempos», sí el fin de un tiempo: el final de una era.

Me acerco al umbral lleno de misterio para toda vida humana en el que, como dice el Eclesiastés, las canciones callan y se sienten los temores del camino.

Si hubiera que fijar una fecha para la aparición de un tiempo nuevo, yo elegiría 1945. Pues estoy persuadido de que los historiadores del futuro dividirán la historia en dos partes: una «subatómica», que va desde el silex hasta Hiroshima, otra que comienza en Hiroshima y de la que no podemos prever la duración, corta o larga, dolorosa o radiante. Pero hay otra fecha capital que parece indicar el origen de un tiempo nuevo para la Iglesia, es el concilio Vaticano II. Mi vida se ha repartido en dos períodos casi iguales: la convocación del concilio y la explosión de Hiroshima han marcado esa línea divisoria. Doy gracias a Dios por haberme permitido asistir a la aparición de un fuego material nuevo (el fuego nuclear) y a la llamarada de un fuego espiritual nuevo, una especie de Pentecostés.

Silencio sobre lo esencial

No puedo por menos que repetir la pregunta que se ha planteado de continuo en este libro que se acaba. *¿Se hizo carne el Verbo?* Esta afirmación fundamental de la fe, ¿sigue siendo creíble en este fin del siglo XX, después de las mutaciones de nuestros criterios? En otros términos, el espíritu positivo, científico, crítico que se extiende sobre el planeta, ¿no va a hacer improbable, casi imposible, el carácter histórico de Jesucristo? Y los siglos que han precedido a Hiroshima y al Vaticano II, ¿no van a ser considerados como un nuevo Antiguo Testamento, tan admirable como el primero pero que es figurativo y superado? ¿No estaremos entrando en un tercer Tiempo, que sucederá al tiempo del Padre y al tiempo del Hijo, y que será el reino del Espíritu? Ése es el problema que se plantea al final de esta obra y que debe proponerse a plena luz y en pleno silencio, pues es inevitable.

En mi larga vida, he reflexionado en el problema de la relación de la eternidad con el tiempo. En el último concilio, los padres conciliares se plantearon el problema de la relación entre el Evangelio y la Iglesia, que no ha cesado de dividir a los cristianos, sobre todo desde la Reforma protestante. ¿Qué relación existe entre el momento inicial

del cristianismo que llamamos Evangelio y la Iglesia que es su prolongación?

Este lazo de Jesús con el tiempo nos permite alcanzar una concepción más profunda del acto litúrgico. Pues la liturgia es un anticipo sobre la eternidad. Inaugura en el tiempo la contemplación eterna. Para un religioso como era el Padre Lagrange, no había diferencia capital entre lo que es ahora y lo que es siempre. El *ahora* se elevaba a la dignidad del *siempre.* La eternidad estaba ya presente en el tiempo.

Hacia un nuevo Pentecostés

Vamos ahora a abandonar la escena de la actualidad y, al modo de los escritores de la Biblia, que se llamaban profetas, intentemos penetrar en el misterio del futuro.

En la hora presente (1992), el rostro del mundo parece modificarse profundamente a causa de unos acontecimientos ayer imprevisibles. Y muchos espíritus anuncian una especie de nuevo resurgimiento del cristianismo, al que llaman reevangelización. Hace tiempo escribí, comentando a Newman, un texto que me parece tan actual como hace cincuenta años y, como no he conseguido resumirlo, pido permiso al lector para citarlo:

«Cuanto más el hombre, liberado de las coacciones sociales, disponga de ocio, más reflexionará en las cuestiones fundamentales. Y es posible que, de repente despierte una inmensa necesidad religiosa en este planeta desgajado de Dios, y que tomará conciencia de lo absurdo de ser si Él no está. La desesperación puede ser la solución para algunos ilustrados, pero no será jamás la religión de las masas. Éstas no permanecerán siempre bajo el dominio del ateísmo. Pero, para conseguir este despertar de salvación, será necesario que la religión sea propuesta en mayor medida a la inteligencia y que no parezca contraria a la ciencia y a sus progresos que estallan ante los ojos de los hombres.

»Entonces, *no se tratará de anunciar, sino de reanunciar el Evangelio a quienes lo han conocido, luego abandonado, creyendo conocerlo y juzgándolo inútil.*

»Esta misión de reconversión, de despertar y de hacer regresar es más difícil que la primera. No existe en ella el factor sorpresa. El anuncio "kerygmático" de la fe a un pueblo que la ha perdido no podrá hacerse (como toda *reconquista*) más que molécula a molécula, barrio por barrio. Cada pequeño grupo de hombres, cada familia espiritual, cada comunidad se ha convertido ya en un universo mental muy avisado, muy exigente. Se tratará de *reevangelizarlo.* Entonces será necesario que cada seglar *dé razón* a su compañero de trabajo de *la esperanza que hay en él,* como recomendaba en los orígenes el primer Pastor responsable. Y este *rendimiento razonable de cuentas* exige un conocimiento profundo de las fuentes, una adaptación al espíritu contemporáneo, en cualquier caso una prolongada paciencia en medio de la luz y del amor. Cada uno deberá imitar el trabajo de los orígenes, dar testimonio ante escasos compañeros difícilmente atentos.

»Ha llegado la hora de emprender una nueva evangelización.

»Actualmente, la indiferencia religiosa y la ausencia total de significación que se le atribuye a Dios ante problemas graves de la vida no son menos preocupantes ni deletéreas que el ateísmo declarado. La fe cristiana, aunque sobrevive en algunas de sus manifestaciones tradicionales y rituales, tiende a ser alejada de los momentos más importantes de la existencia, como los momentos del nacimiento, del sufrimiento y de la muerte. Surgen, pues, inevitablemente preguntas y enigmas terribles que, al quedar sin respuesta, exponen al hombre de hoy a la decepción desesperada o a la tentación de destruir la vida humana misma, que plantea tales problemas.

»En otros países o naciones, por el contrario, se conservan muchas tradiciones muy vivas de piedad y de sentimiento cristiano; pero ese patrimonio moral y espiritual corre el peligro también de desaparecer bajo el empuje de numerosas influencias, sobre todo las de la secularización y la difusión de las sectas. Solamente una nueva evangelización puede garantizar el crecimiento de una fe clara y profunda, capaz de hacer de esas tradiciones una fuerza de auténtica libertad.

»Sin ninguna duda es urgente rehacer en todas partes el tejido cristiano de la sociedad humana. Pero hay que rehacer *el tejido cristiano de las comunidades eclesiásticas mismas* que viven en esos países y esas naciones.

»Vuelvo a Newman:

»"Llegará un tiempo, profetizaba Newman, en el que un nuevo diluvio inundará el mundo y no dejará emerger más que unas escasas cumbres; en el que los hombres creerán en el ateísmo antes de descubrir la revelación"

»Una noche, hacia el final de su vida, Newman entreveía la época en la que la gran mayoría de los hombres tendrían por cierto que el cristianismo había sido refutado. "En cuanto a los que se obstinaran en seguir creyendo en él, no se consentiría ni en oírlos ni en discutir con ellos. Todo lo que se les diría, podría resumirse en esto: ha sido refutado, no tenemos por qué refutarlo de nuevo"».

Después de la muerte de un amigo, uno se pregunta lo que pensaría si volviera entre nosotros. No me resistí a hacerle esta pregunta al Padre Lagrange. Se la había hecho antes a Bergson y a Teilhard. Estos espíritus de tipo profético, que se inclinaban hacia el futuro tratando de perfilar su imagen. Pero ni Bergson ni Teilhard habían tenido el presentimiento de lo que se vería en la próxima generación. *L'Evolution créatrice* de Bergson, *Le Milieu Divin* de Teilhard contemplaban un progreso continuo en el que la misma muerte sería vencida, en el que el punto Omega haría coincidir el cristianismo con el término de la evolución.

Son pensadores malditos de su tiempo, como Nietzshe, Dostoyevski o Léon Bloy, que habían previsto las catástrofes, las mutaciones últimas. Y ciertamente el Padre Lagrange no las había previsto.

Sin embargo, al examinar al final de este libro la esencia de su testimonio, estoy persuadido de que su concepción de la Encarnación en cuanto histórica (la cual es el centro de la fe) puede permitir afrontar, quizá más todavía que la evolución, el problema actual de la metamorfosis suprema.

Como dijo profundamente Bossuet, citando a Oríge-

nes, la innovación no basta: «Lo nuevo debe ser él mismo renovado»: *«Ipsa etiam novitas innovanda est».*

He vuelto a abrir el libro que el Padre Lagrange colocaba casi al nivel de la *Imitación,* los *Pensamientos* de Pascal, y he leído: «Lo que nos perjudica cuando comparamos lo ocurrido en otro tiempo en el seno de la Iglesia con lo que ahora se ve, es que, ordinariamente, miramos a San Atanasio, a Santa Teresa y a los demás como unos seres coronados de gloria y como dioses. Ahora, cuando el tiempo ilumina las cosas, así lo parece. Pero, en la época en que se le perseguía, ese gran santo era un hombre que se llamaba Atanasio; y Santa Teresa, una joven. "Elías era un hombre como nosotros y sometido a las mismas pasiones", dice Santiago. [...] Eran santos, decimos nosotros, no son como nosotros. ¿Qué ocurría entonces? San Atanasio era un hombre llamado Atanasio, acusado de varios crímenes, condenado en tal y tal concilio, por tal y tal crimen; todos los obispos estaban de acuerdo en ello, y el Papa también». Y Pascal añade: «Los desgraciados, que me han obligado a hablar del fondo de la religión».

Pascal estaba equivocado. Yo diría: «¡Los bienaventurados, que me han obligado a hablar del fondo de la religión!». En esta obra que se acaba, no he dejado de pensar, en cada página y en cada línea, en *el fondo de la religión.*

Y para terminar esta obra, elevándome más alto aún, y en un ámbito lleno de misterio, el más allá –penetrando en una nube como en el Tabor–, quiero citar este pensamiento de M. Oliver, el fundador de los sulpicianos: «Jesús, que abarcaba en sí a todos los santos, cuando se comunica a un santo, le comunica también todos los santos que están en Él».

Si el Padre Lagrange es canonizado un día por la Iglesia, todos los que han buscado con él la verdad en materia bíblica le estarán eternamente asociados.

ANEXO

OBSERVACIONES SOBRE LA SITUACIÓN EN QUE HAN SIDO PUESTOS LOS SABIOS CATÓLICOS DE FRANCIA EN LO QUE SE REFIERE A LOS ESTUDIOS BÍBLICOS (OCTUBRE DE 1936)[1]

En Francia, entre los miembros de la Iglesia católica, hay espíritus cultivados y de fe muy sólida, que tienen que vivir en medios no creyentes; han sido formados en las Universidades del Estado, especialmente en la Escuela Normal Superior, en la Sorbona, en la Escuela de Altos Estudios, en el Colegio de Francia; varios de ellos ocupan cátedras importantes en la Enseñanza superior y en la Enseñanza secundaria; un gran número de ellos forman parte de la Enseñanza primaria y primaria superior. Ahora bien, en esos medios diferentes en los que esos católicos instruidos ejercen su profesión y en los que bastantes de ellos se entregan a un apostolado prudente y discreto, aunque muy eficaz, la fe católica es atacada o, lo que es peor, silenciada y en cierto modo despreciada: las razones para creer, que en otro tiempo habrían parecido suficientes a espíritus crédulos o mal informados, han sido destruidas, nos dicen, por la aplicación del método crítico al estudio de los datos históricos sobre los que se fundamentaba la fe. En otras palabras, no se puede ser al mismo tiempo un sabio *honrado*, es decir preocupado por aplicar los métodos de la crítica y un católico *honrado*, es decir, un católico sometido a los dogmas y a las directrices de la Iglesia: hay que elegir. Y se citan ejemplos ilustres de esta elección: hay en Francia mu-

---

[1] Documento totalmente *inédito*, escrito en defensa del Padre Lagrange (a quien Jean Guitton había visitado en Jerusalén en 1935), destinado a llamar la atención de la Santa Sede sobre la necesidad de favorecer la investigación de los exégetas católicos en materia bíblica. Firmado por cierto número de universitarios franceses y remitido a Pío XI por intermedio del Cardenal Tisserant, fue tenido en cuenta en la redacción por Pío XII de la encíclica *Divino afflante Spiritus* (1943), como una comparación entre ambos textos pone de manifiesto.

chos sabios, prestigiosos en su medio, que han abandonado la Iglesia después de largas deliberaciones, diciendo que no podían admitir determinados datos «que consideraban como enseñanzas impuestas por a autoridad de la Iglesia».

Esta desagradable apariencia de desacuerdo entre la enseñanza común de la Iglesia (que, a los ojos de los laicos, coincide absolutamente con la fe) y la enseñanza de los sabios autorizados tiene consecuencias lamentables tanto entre las clases superiores como entre los humildes. Examinemos estos dos puntos.

I

1.–*En las clases superiores* está difundida la opinión de que la Iglesia no ha seguido el ritmo de las ideas y de los métodos, y que ha intentado frenar el progreso de los estudios.

Los no creyentes ven, por ejemplo, en el decreto sobre la autenticidad del *Comma Johanneum* un hecho análogo a la condena de Galileo por el Santo Oficio: en ambos casos se imponía a la enseñanza, si no a la conciencia católica, determinadas proposiciones que parecen claramente erróneas a la opinión prudente y razonable de los investigadores independientes. De ahí a decir que la enseñanza oficial de la Iglesia es contraria a la ciencia, y que el conflicto entre las exigencias de la crítica y los dogmas debe resolverse abandonando éstos, sólo hay un paso que se franquea de inmediato ocultamente, aunque no se manifieste.

En cuanto a los sabios católicos, algunos están descorazonados, hecho que se manifiesta de varias maneras: muchas mentes plenas de vigor intelectual y movidas por el celo del apostolado intelectual en su ambiente, vacilan en dedicarse a unos estudios en los que no podrían luchar con las mismas armas que sus adversarios, ya que están obligados en conciencia a tener en cuenta unos decretos disciplinares que paralizarían sus investigaciones. Baste citar aquí el decreto de la Comisión bíblica sobre la autenticidad de la segunda parte del libro de *Isaías*. Esto, a los

ojos de los no creyentes, disminuye el valor científico de sus trabajos. Así, las recensiones protestantes de obras católicas, sin ser tan despectivas como en el siglo pasado, manifiestan con satisfacción que los autores católicos no son libres.

Si los sabios católicos a los que aludimos se aventuran a no tener en cuenta un decreto limitativo, corren el riesgo de ver sus obras incluidas en el Índice o de adquirir una fama que, sin atentar contra su honor de cristianos y de hijos devotos de la Iglesia, será no obstante, en Francia, como una tacha difícilmente borrable. En estas condiciones, esos jóvenes trabajadores que podrían aportar a la Iglesia la consagración entera de su trabajo y de sus obras, que podrían, con el prestigio científico y crítico que han adquirido o que van a adquirir, ser por su sola presencia en medio del mundo una prueba viva de que los métodos críticos no están en oposición con la fe católica y que incluso corroboran sus bases, esos jóvenes trabajadores, decimos, vacilan en comprometerse por esos caminos peligrosos para ellos y donde sus fatigas no tendrían provecho. Se dedican, entonces, a trabajos de erudición pura, o a trabajos literarios o filosóficos o históricos, que no comprometen. Conocemos así varios sacerdotes o religiosos que se han negado a entrar en la enseñanza de la Sagrada Escritura, porque les parecía casi imposible conciliar la obediencia a determinadas decisiones eclesiásticas con el respeto a la verdad. El silencio es, pues, su refugio.

Resumamos este primer punto. La disciplina actualmente en vigor presenta un doble inconveniente, que se alza contra su objeto, el cual es esencialmente la salvaguarda de la fe. Por una parte, los no creyentes anotan a su favor este aparente desacuerdo entre la enseñanza aprobada y la enseñanza crítica, de ahí su profunda satisfacción. Por otra parte, los sabios católicos están paralizados para responderles: saben lo que habría que decirles para salir vencedores y no pueden decirlo. En cuanto a los jóvenes, esperanza del futuro, se lanzan a los estudios que no les crearán complicaciones.

2.–Consideremos ahora las consecuencias de este esta-

do de espíritu en lo que se refiere a *las masas.* En Francia, la enseñanza primaria del Estado, a la que la 3ª República ha prestado el mayor cuidado, alcanza a más de las tres cuartas partes de la nación. La escuela libre sólo florece en regiones profundamente ancladas en la fe tradicional, como Bretaña, Vandée, Alsacia. En el resto de la nación sólo existe de manera esporádica y las dificultades financieras hacen esta existencia siempre precaria, y a menudo perjudican a la calidad de la enseñanza. La escuela estatal es neutra, y se puede decir de manera general que en estos momentos en que escribimos (octubre de 1936) las maestras y los maestros católicos no son importunados por sus opiniones y que incluso son apoyados y respetados por sus superiores jerárquicos, a pesar de que sus colegas no creyentes, que confunden laicismo y neutralidad, los califiquen de traidores. Sin embargo, de hecho, es muy difícil para un joven o una joven católicos conservar la fe durante los tres años de su permanencia en esos seminarios laicos que son las Escuelas normales del Estado, creadas en cada departamento. Y, cuando el joven maestro comienza a ejercer su profesión, se le solicita que entre en los sindicatos profesionales, los cuales no se limitan en absoluto a su papel de defensores de los intereses de los funcionarios, y sugieren de muchas maneras en sus órganos semanales la incompatibilidad substancial entre la razón y la religión. El más difundido de estos órganos, llamado *L'Ecole libératrice,* tiene una tirada de 80.000 ejemplares y llega a los dos tercios del cuerpo enseñante. Pues bien, en este periódico muy bien hecho, no hay semana sin que la religión sea atacada de una manera o de otra. En él escriben profesores distinguidos como M. Bayet, M. Chartier (Alain).

Al parecer nos hemos alejado de los Estudios Bíblicos; volvemos a ellos y en ellos estamos. En los órganos de este tipo, la religión católica no es atacada de manera directamente agresiva. Se recuerdan las obras de sabios conocidos y respetados de la Sorbona, o del Colegio de Francia, o de la Escuela de Altos Estudios Religiosos, como M. Guignebert, M. Loisy, M. Goguel. Un lector de buena fe y no advertido saca de ahí la idea de que la Iglesia está superada y que, desde hace cincuenta años, el problema de los oríge-

nes cristianos ha sido renovado de arriba abajo, que *el cristianismo ha sido refutado* por la crítica. Muchos espíritus que estarían dispuestos a creer se retraen de hacerlo.

Añadamos finalmente que esta impresión latente de un conflicto entre la crítica independiente y la fe tradicional tiene una influencia lamentable incluso sobre la fe misma. Hemos visto que, en determinados casos, puede dar lugar a dudas que pueden retroceder hasta la incredulidad. Afortunadamente este caso es raro. Pero lo que sí puede pasar es esto: Se conserva la fe, pero se piensa que es peligroso profundizar demasiado, que hay algo de absurdo en la creencia, y que hay que someterse a la enseñanza de la Iglesia que nos presenta los Evangelios (*non crederem Evangelio, nisi me cogeret Ecclesiae docentis auctoritas,* según un pensamiento mal comprendido de San Agustín), sin querer estudiar uno mismo los motivos. Quién no ve que la fe, en esas condiciones, corre el peligro de fundamentarse en ella misma y que esta postura puede llevar prácticamente a un semifideísmo, muy poco conforme con la frase del apóstol Pedro: «Estad siempre dispuestos a responder a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (*I Petri* III. 15). Y quién no ve que los no creyentes no pueden por menos que alegrarse de nuevo por esta postura de los católicos y que difunden ampliamente la idea de que la fe comienza por una renuncia a la crítica.

II

Lo que agrava este peligro de crisis es que el clero no está preparado, de manera general, para ser ayuda y guía de estos laicos que, sin haberlo querido, están situados en plena batalla y se encuentran por así decir en las trincheras de primera línea, centinelas avanzados de la fe.

Y también conviene distinguir aquí dos puntos y examinar una tras otra las relaciones del clero con la «elite» y del clero con el pueblo.

1.–Hay en el clero francés, tanto sacerdotes como religiosos, hombres de una notable profundidad de pensa-

miento y que honran tanto a la Iglesia como a la ciencia humana. Hay algunos que, siguiendo su vocación, se han dado como San Jerónimo al estudio de las Escrituras, o también al de los orígenes cristianos. Los jóvenes cristianos de quienes hemos hablado encuentran en esos sabios religiosos la dirección, los consejos, las aclaraciones que necesitan. Y, en conversaciones privadas, en charlas técnicas, esos sacerdotes *pie docti,* como decía San Agustín, pueden ponerlos al corriente de los últimos hallazgos de la crítica y al mismo tiempo situar a éstos en su justo alcance. Pero, esto que hacen en un trato íntimo amistoso, no pueden hacerlo tan libremente en público, en las revistas católicas o en obras señaladas con el *Imprimatur* eclesiástico. Y precisamente ahí está el inconveniente. Los sabios religiosos o eclesiásticos a los que nos acabamos de referir son necesariamente un pequeño número, muchos viven en comunidades religiosas y no están mezclados con los afanes del mundo; son difícilmente accesibles. Por otra parte, estas conversaciones prudentes y confiadas exigen una recíproca apertura, que no puede ser fruto del azar, de un encuentro o del tiempo. Lo lamentable es que esos trabajadores de Iglesia no puedan hacer participar al público cultivado de sus reflexiones, cuando éstas se refieren a las cuestiones sobre las que se les pide luz. Estos hombres de Dios, que no ambicionan fama ni honores, emprenden sin embargo trabajos indispensables, sin esperanza de verlos publicados durante su vida; poniendo en Dios su confianza, fabrican las municiones y las armas necesarias para que la lucha de mañana no sea demasiado desigual, pero las guardan en las casamatas. Públicamente, estudian las cuestiones que no ofrecen dificultades, pero que, a pesar de todo, son secundarias para la fe. Así, el Padre Lagrange ha hecho un comentario completo del *Génesis,* que habría rendido los mayores servicios a la juventud intelectual, pero que no ha sido nunca puesto en circulación. El Padre Condamin, un sabio jesuita, ha escrito una introducción a *Isaías* que sólo él conoce. Ningún libro serio escrito por un católico ha aparecido ni sobre el *Pentateuco* ni, de una manera más general, sobre el método crítico aplicado a los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento, y en particular sobre

el valor histórico que debe ser atribuido a los diferentes libros de historia del Antiguo Testamento, compuestos mucho tiempo después de los acontecimientos por autores orientales y sin nuestra precisión occidental. Es verdad que existe sobre este tema el libro del Padre Lagrange llamado el *Método histórico*, que reúne unas conferencias pronunciadas en Toulouse en 1902; pero este libro es imposible de encontrar: se vende a 150 francos en las librerías de ocasión; y esta falta de reedición deja suponer que las ideas expresadas por el sabio religioso, sin estar formalmente desaprobadas, no gozan de favor. Es fácil comprobar que, desde esa época, es decir, desde hace unos 35 años, estas cuestiones capitales no han sido estudiadas por los católicos, que las han rodeado de una especie de conspiración de silencio. Y lo que más llama la atención es que cierto partido ha dado reputación de modernismo a autores que precisamente eran los mayores adversarios del modernismo, puesto que, si se les hubiera seguido, el modernismo habría sido cortado de raíz, no habría tenido razón de ser. Varios escritos que intentaban rectificar la impresión de desacuerdo entre la ciencia crítica y la fe y que han aparecido después de la guerra de 1914-1918, y una vez conjurado claramente el peligro modernista, han sido censurados: así, el artículo de M. Touzard sobre Josué y Moisés en el *Dictionnaire Apologétique* del R. P. d'Alès. En ese mismo diccionario es inútil buscar un artículo sobre el libro de *Daniel*. ¿Quién de ellos se expondría a dar un curso o a publicar un trabajo sobre el libro de *Daniel* o el segundo libro de los *Macabeos*? Y es un hecho que en el Instituto bíblico de Roma las cuestiones de este tipo no se abordan realmente. Así resulta que los sacerdotes particularmente cualificados para facilitar estudios religiosos a los sabios laicos no pueden tener toda la actividad deseable y se encuentran reducidos a no ilustrar más que a personas aisladas.

2.–En lo que se refiere al clero medio formado en los seminarios eclesiásticos diocesanos, se puede decir que, de manera general, no puede luchar con *armas iguales* sobre las cuestiones bíblicas contra los no creyentes instruidos y a los que tienen ocasión de tratar en las profesiones libera-

les. Aunque no tenga oportunidad de relacionarse con esos no creyentes que desconfían de una sotana, un sacerdote de parroquia en nuestras grandes ciudades puede con frecuencia coincidir con una esposa, una hija, una hermana, un hermano, un amigo que le repite las objeciones oídas en el círculo de la familia o en la escuela. Y entonces causa mala impresión si no sabe qué responder, o si emplea argumentos de autoridad y se escandaliza de que «se atrevan a pensar así». Esto tiene el peligro de confirmar la sensación de que el sacerdote no es el especialista de la verdad, sino el ministro de una religión que quiere imponer sin ser capaz de decir por qué. Las cuestiones bíblicas tocan los *fundamentos* históricos de las creencias: por medio del estudio de los textos históricos y bien fechados contenidos en las Escrituras es como podemos probar la historicidad de Jesús, sus milagros, su misión divina, y también por medio de ellos sabemos que fundó la Iglesia y que le transmitió sus poderes divinos, que es Dios y hombre, como la Iglesia enseña. Y estos son los puntos más atacados por nuestros contemporáneos. Convendría que también fueran los puntos sobre los que el clero estuviera más instruido, no con una formación detallada y técnica, pero sí con una buena formación general de conocimiento de las cuestiones, de inteligencia de las dificultades, con idea de las soluciones, con información sobre obras notables y seguras a las que se puede remitir a un hombre instruido. En otro tiempo, las clases de Sagrada Escritura eran confiadas en los seminarios al ecónomo, porque se tenía la idea de que era una enseñanza secundaria, dirigida hacia la piedad y que no exigía una iniciación especial. En nuestros días ya no es así. Pero los temores a cometer imprudencias, que hemos indicado antes, por parte de nuestros pioneros en estos estudios, pesan también, y aún más, en los profesores del seminario que tienen a su cargo jóvenes almas sacerdotales. Los manuales son todavía insuficientes. ¿Qué sucede? Pues sucede que, cuando en una ciudad populosa, un grupo de profesores, de maestros, de doctores, de ingenieros, quiere encontrar un sacerdote capaz de proporcionarle orientaciones o indicaciones sobre estos estudios, ese grupo se siente defraudado. Y, en las grandes ciudades, los

sacerdotes capaces de dedicarse a este apostolado intelectual son escasos y están sumergidos por sus ministerios.

En lo que se refiere a la catequesis dada a los niños en los pueblos y en las parroquias de las grandes ciudades, esta ignorancia de los problemas bíblicos tiene graves consecuencias a la hora de enseñar la Historia Sagrada. En nuestros días ya no se puede, así nos parece, contar la Historia Sagrada como se contaba antes, es decir, insistiendo en lo maravilloso y dando como realidades históricas determinadas imágenes que son la envoltura de la verdad religiosa, como por ejemplo la creación de la mujer a partir de una costilla del hombre, o el comer del fruto prohibido, o la historia de Jonás. En la escuela, y con frecuencia en la misma familia, el niño vive en un ambiente en el que ya no reina la fe tranquila y sencilla de tiempos pasados y que, se quiera o no, se considera ilustrada: quienes le rodean leen el periódico diario, que hace referencias a la razón, a la conciencia, a la autenticidad; es cierto que estas grandes palabras se emplean con fines tenebrosos, pero eso no impide que así se despierten las facultades críticas del pueblo. Pero si se le da al niño de diez años la idea de que el fruto del Paraíso, el pez de Jonás o los días que preexistían antes de la creación de los astros tienen tanta realidad como el árbol de la Cruz, la Resurrección de Jesús o la multiplicación de los panes, las dudas que no dejará de experimentar sobre los primeros prodigios amenazarán con trasladarse a los milagros o a los hechos narrados en los testimonios evangélicos. Y el joven perderá la fe por haber asimilado a la fe y confundido con ella las expresiones orientales destinadas a proporcionar la verdad religiosa a la inteligencia de sus padres, que, en determinados aspectos, eran más infantiles que él. A este respecto se han hecho progresos: basta con citar el libro del P. Bouvet llamado *Historia bíblica*, con prefacio del inolvidable cardenal Dubois y que es un modelo en su género. Pero aún queda mucho que hacer en el campo de la enseñanza de los niños y en la predicación popular. Ante el temor de asombrar un poco a algunas personas de devoción estrecha, pero profundamente enraizadas en la fe, se corre el peligro de dejar a los niños desarmados ante objeciones sin impor-

tancia y que deben su peso solamente a nuestra ignorancia.

III

Después de haber examinado bajo diversos aspectos la crisis de los Estudios Bíblicos en los católicos franceses, querríamos indicar que esta crisis podrá resolverse en un momento, y que los estudios de la crítica, si los llevaran libremente a cabo los pensadores católicos, se convertirían en defensa e ilustración de nuestra fe, que recibiría así un argumento de refuerzo especialmente adaptado a las necesidades de la conciencia moderna.

Conviene en primer lugar subrayar que las orientaciones o las enseñanzas *positivas* establecidas por la crítica de los exégetas independientes *–si se limitan a ser historiadores y exégetas y no mezclan a sus observaciones y a sus conclusiones consideraciones filosóficas a priori–*, no se dirigen nunca contra la fe católica propiamente dicha y la enseñanza solemne e infalible de la Iglesia, inluso la corroboran demostrando la historicidad y solidez de los documentos sobre los que se apoya la apologética. Es más, en lo que se refiere al Antiguo Testamento, se puede observar que los resultados del examen crítico, lejos de perjudicar a la trascendencia de los libros que el canon contiene, conducen a afirmarla con más seguridad y a descubrirla bajo una luz nueva. En primer lugar, porque al permitir escalonar en el tiempo unos documentos que se suponían contemporáneos, la crítica ayuda a discernir mejor el desarrollo siempre progresivo de la verdad moral y religiosa en Israel y las sublimes esperanzas. Y después, porque al permitir la comparación de los documentos bíblicos con los textos sagrados de las civilizaciones vecinas, se puede ver que el autor inspirado es original incluso en sus plagios y que, cuando utiliza material ajeno, lo corrige radicalmente para hacerlo conforme a las exigencias de la razón, de la conciencia, de la verdad religiosa. En estas condiciones, la obra de la verdadera crítica, lejos de oscurecer los datos de la fe, los ilustra, y aquí,

más que en cualquier otro campo, la verdad da testimonio de la verdad, según la expresión de Santo Tomás.

Por todo esto, es extraño, lamentable y doloroso que los católicos permitan que la incredulidad se adorne, en cierto modo, con las luces de los métodos críticos para atacar la fe con armas en apariencia positivas. Es cierto que nuestros adversarios, consciente o inconscientemente, mezclan con el método crítico presupuestos filosóficos que lo alteran y lo corrompen, y la encíclica *Pascendi* ha purificado la atmósfera mostrando con claridad sistemática los pormenores de esta filosofía nueva. Pero lo que es tan doloroso para las conciencias de los católicos instruidos es que bastaría muy poca cosa, una insignificancia apenas perceptible, para que se les permitiera avanzar por el camino de su vocación y ensanchar sus corazones; bastaría con que se eliminara la lamentable apariencia de esta oposición entre las censuras que hemos señalado y las conclusiones generales de la ciencia crítica.

Cuando estos católicos tienen que responder a unos adversarios incrédulos o tienen que allanar a no creyentes de buena fe el acceso a la fe, sólo pueden tomar como punto de partida datos que son inmediatamente aceptables por la razón y por la historia, sin ninguna ayuda procedente de fuera. En particular, para este tipo de apostolado, no pueden apoyarse en los decretos de la Comisión bíblica, que suponen ya admitida la autoridad de la Iglesia católica; estas decisiones prudentes sirven de norma para la enseñanza, y hay que reconocer que con frecuencia han ayudado a los sabios a evitar la precipitación y la influencia de las modas. Pero estas decisiones son sólo disciplinares: como no exponen razones, no pueden tener autoridad científica. Y, como la Comisión bíblica no participa de la infalibilidad doctrinal y sus decisiones no tienen la finalidad de definir la fe, sino de regular la enseñanza común, son susceptibles de verse precisadas, restringidas o ampliadas con el transcurso del tiempo.

Sería, pues, muy deseable que los decretos de la Comisión Bíblica de los Estudios Bíblicos dejasen mayor libertad a los sabios católicos. Las cuestiones de origen, de fecha, de autores, de composición de los libros contenidos en el

canon de las Escrituras dependen directamente del testimonio histórico y del examen de la crítica. Sin este examen independiente y sin esta certeza histórica, toda la demostración evangélica y apologética cristiana caerían en un círculo vicioso. Sería, pues, altamente deseable que la autoridad soberana dejase a los historiadores cualificados el examen de los problemas puramente históricos, y que no interviniera más que cuando hubiera sido lesionado, directa o indirectamente, el depósito revelado que tiene a su cargo y para cuya salvaguarda ha recibido promesas imprescriptibles. Entonces veríamos aparecer muchas obras que no pueden ser publicadas en las condiciones actuales. Entonces, los sabios católicos no temerían abordar unas partes soberanamente importantes de la apologética, que se refieren a los fundamentos de la religión y que son duramente criticadas por las inteligencias que se dicen ilustradas. Entonces, podrían aparecer manuales calificados para poner al alcance de los clérigos jóvenes los conocimientos necesarios en su ambiente para ilustrar la fe.

Se planteó el problema (al principio de este siglo) de la adaptación de la enseñanza religiosa a las necesidades y a los métodos de la edad moderna. Algunos pensadores arriesgados dieron una solución. Esta solución fue justamente condenada: fue el modernismo. Pero, que la solución de los modernistas sea errónea y peligrosa, no evita que el problema siga planteado. En la vida de la Iglesia se observa que, cuando se ha visto obligada a condenar a algunos de sus hijos desviados, al paso del tiempo, después de haber precisado bien la naturaleza del error, ha vuelto a tomar el problema y ha aportado soluciones equilibradas que han contribuido grandemente a la explicación del depósito y a una mayor inteligencia de la verdad revelada: es lo que el cardenal Newman llamaba un desarrollo. Es muy probable que este progreso del pensamiento cristiano continúe en el tiempo venidero. Después de las condenas necesarias y de las restricciones protectoras, llega el tiempo de las explicaciones prudentes y de los desarrollos conservadores.

Muchas son las causas por las que el pueblo, en gran parte, se haya apartado de la Iglesia, pero de todas esas

causas la más importante es sin duda que las inteligencias ya se habían apartado antes. Para que el pueblo regrese a la fe, son muchos los trabajos que se les exigen a los apóstoles; pero uno de los más urgentes es hacer que regresen a ella las inteligencias.

Jean GUITTON

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE
ENCUENTROS